



Stoessel, Soledad

Las categorías de hegemonía, antagonismo y populismo en la teoría política contemporánea: Una aproximación desde los estudios post-marxistas de Ernesto Laclau

Tesis presentada para la obtención del grado de Licenciada en Sociología

Director: Retamozo, Martín

Este documento está disponible para su consulta y descarga en [Memoria Académica](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar), el repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata**, que procura la reunión, el registro, la difusión y la preservación de la producción científico-académica editada e inédita de los miembros de su comunidad académica. Para más información, visite el sitio

www.memoria.fahce.unlp.edu.ar

Esta iniciativa está a cargo de BIBHUMA, la Biblioteca de la Facultad, que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados. Para más información, visite el sitio

www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar

Cita sugerida

Stoessel, S. (2010) *Las categorías de hegemonía, antagonismo y populismo en la teoría política contemporánea: Una aproximación desde los estudios post-marxistas de Ernesto Laclau* [en línea]. Trabajo final de grado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.528/te.528.pdf>

Licenciamiento

Esta obra está bajo una licencia Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina de Creative Commons.

Para ver una copia breve de esta licencia, visite

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>.

Para ver la licencia completa en código legal, visite

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode>.

O envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA

LICENCIATURA EN SOCIOLOGÍA

TESINA

*Las categorías de hegemonía, antagonismo y populismo
en la teoría política contemporánea.*

*Una aproximación desde los estudios post-marxistas
de Ernesto Laclau.*

Alumna:	Stoessel, Soledad
Legajo:	84.766/7
Correo electrónico:	soledadstoessel@yahoo.com.ar
Director:	Dr. Retamozo, Martín
Fecha:	29 de Noviembre de 2010

Resumen de la Tesina

La siguiente tesina consistirá en un trabajo teórico-conceptual en el cual reconstruiremos las categorías de hegemonía, antagonismo y populismo desarrolladas en la obra teórica de Ernesto Laclau, considerado uno de los máximos referentes de la teoría post-marxista. A partir del recorrido teórico por los escritos de Laclau intentaremos dar cuenta de cómo operan dichas categorías en tres niveles de análisis: lo político-ontológico, lo sociológico-óntico y lo identitario.

Desde esta clave de lectura, daremos cuenta de algunos de los debates y críticas que suscitó el planteamiento de Laclau en la teoría social y política contemporánea. Asimismo, reflexionaremos acerca de una posible articulación entre las tres nociones expuestas con el objeto de abrir algunas pistas analíticas para pensar dichas categorías como posibles aportes en tanto herramientas analíticas desde las cuales analizar los procesos políticos contemporáneos.

Tanto la constitución del orden social contemporáneo como su desinstitución a partir del conflicto social, el surgimiento de sujetos sociales e identidades colectivas a partir de lógicas específicas y la proliferación en América Latina de ciertos procesos cuyas lógicas podríamos denominar populistas amerita el estudio en profundidad de estas categorías ya que pueden contribuir a allanar el camino, o al menos, dejar planteado ciertos nudos teóricos-analíticos, en torno a los problemas de la política contemporánea.

Términos claves

Teoría post-marxista – hegemonía - antagonismo – populismo

Las categorías de hegemonía, antagonismo y populismo en la teoría política contemporánea.

Una aproximación desde los estudios post-marxistas de Ernesto Laclau.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
CAPÍTULO I: Hegemonía	
1. Introduciéndonos en la categoría de hegemonía	13
2. La genealogía de la categoría: entre la necesidad y la contingencia	16
3. Hacia una teoría post-marxista de la hegemonía	
3.1. De la determinación en última instancia a la articulación discursiva	21
3.2. Fronteras antagónicas y significantes.....	31
4. Reconceptualización de la categoría laclausiana de hegemonía...	38
5. Críticas y discusiones a propósito de la teoría de la hegemonía laclausiana	40
CAPITULO II: Antagonismo	
1. Introducción: Reconstrucción de la categoría.....	51
2. Lo ontológico: dislocación y heterogeneidad como condiciones de posibilidad	52
3. El registro sociológico-óntico.....	58
4. El antagonismo en el registro de las identidades colectivas.....	66
5. Repensando la noción de antagonismo.....	71
6. Debates y controversias en torno al antagonismo laclausiano.....	73
CAPITULO III: Populismo	
1. Repensando la categoría de populismo	82
2. Lo ontológico: entre la política-como-populismo y el populismo como una posibilidad presente.....	83
3. Lo sociológico-óntico: la constitución del actor político “pueblo”	90
4. El campo de las identidades colectivas: la identidad popular laclausiana	104
5. Disputas alrededor del populismo	110

CAPÍTULO IV: Reflexiones finales	124
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	131

INTRODUCCIÓN

La presente tesina consistirá en un ejercicio teórico-conceptual cuyo objetivo general será la reconstrucción de las categorías de hegemonía, antagonismo y populismo desarrolladas en los estudios de Ernesto Laclau, considerado uno de los fundadores y referentes de la teoría post-marxista. Analizaremos desde sus primigenias obras los principales aportes teóricos a la teoría social y política contemporánea a partir de una específica clave de abordaje.

Partimos de la siguiente hipótesis de lectura: las nociones sobre las cuales trabajaremos operan en tres niveles de análisis diferentes: el registro político-ontológico, el registro sociológico-óntico y el registro identitario. En este sentido, argumentaremos que algunos de los equívocos en el debate sobre los aportes de Laclau se producen por no diferenciar los campos en que los conceptos operan y que muchas veces –incluso en la obra del autor- se superponen. A partir de este ejercicio analítico intentaremos aportar a ordenar ciertas discusiones. Asimismo, exploraremos una posible articulación entre las tres nociones expuestas con el objeto de dejar abiertas ciertas pistas analíticas para pensar dichas categorías como posibles aportes en tanto herramientas analíticas desde las cuales analizar los procesos políticos contemporáneos.

Tanto la constitución del orden social contemporáneo como su “desinstitución” a partir del conflicto social, el surgimiento de sujetos e identidades colectivas a partir de lógicas específicas y la proliferación en América Latina de ciertos procesos cuyas lógicas podríamos denominar populistas amerita el estudio en profundidad de estas categorías ya que pueden contribuir a allanar el camino, o al menos, dejar planteado ciertos nudos teóricos, en torno a los problemas relevantes de la política contemporánea.

En las últimas décadas, han proliferado debates alrededor de estas pistas analíticas acerca de qué se entiende por lo político, la política, la sociedad y el orden social. El pensamiento post-fundacional (Marchart, 2009) que surgió a raíz de los aportes de la

teoría post-estructuralista y la teoría psicoanalítica se basa primariamente en la idea de la primacía de lo político sobre lo social y ha adquirido cierta relevancia en la teoría política contemporánea para entender una serie de procesos políticos, tales como la institución del orden social y colectivo, su disputa y transformación en torno a conflictos y antagonismos y la constitución de los sujetos sociales y sus identidades.

En el presente trabajo, retomamos los aportes de Oliver Marchart (2009) quien define al pensamiento post-fundacional como aquel que cuestiona la existencia de un fundamento último externo a lo social, en contraposición a algunas corrientes teóricas, como el marxismo ortodoxo, según el cual la dimensión económica de toda sociedad determina en última instancia el orden político. El post-fundacionalismo consiste en la interrogación por las entidades instituyentes como la totalidad y el orden y gira en torno a la idea de la necesidad de la existencia de *algunos* fundamentos que reposan en el terreno de la contingencia radical. Por lo tanto, el post-fundacionalismo no es anti-fundacionalista pero sí se basa en la imposibilidad de hallar un fundamento último. Precisamente, la distinción entre lo político y la política constituye el síntoma de la ausencia de *un* fundamento que explique el orden social.

Ya Paul Ricoeur (1990) en el año 1957 había percibido la necesidad de devolver a la política su perdida especificidad y autonomía relativa. Introdujo una diferencia conceptual entre lo político, aquellas relaciones humanas que no pueden reducirse a los conflictos de clases y que tienen una racionalidad específica, y la política, entendida como una esfera de poder en donde se libran luchas estratégicas y contrapuestas. La diferenciación que él establecía entre lo político (“polity”) y la política (“policy”) tenía como objetivo demostrar la autonomía de lo político frente a otros dominios sociales como el económico pero sin caer en el fundacionalismo. Esta distinción fue reconceptualizándose a lo largo de los años hasta asumir, según Marchart, “el rol de un

indicador o síntoma del fundamento ausente de la sociedad”, y esta diferencia presenta una

“escisión paradigmática en la idea tradicional de política, donde es preciso introducir un nuevo termino -lo político- a fin de señalar la dimensión ‘ontológica’ de la sociedad, en tanto que ‘política’ se mantuvo como el término para designar las prácticas ónticas de la política convencional” (Marchart, 2009: 19).

Esta diferencia ontológica entre lo político y la política, anteriormente expresado por Ricoeur y desarrollada en extenso por Marchart, remite a dos paradigmas provenientes de la filosofía y teoría política del siglo XX. La tradición influenciada por Hannah Arendt (1997) , la cual ha retomado y politizado el pensamiento de Heidegger (Marchart, 2009), pone el acento en el momento asociativo de la acción política, es decir, aquel momento en el cual una sociedad libre y plural puede gozar de momentos de comunalidad a través de las deliberaciones públicas, las cuales impulsan a que el poder político se utilice para promover el bienestar de la colectividad; el rasgo principal de la política consiste en actuar conjuntamente por el cuidado de lo común. Este *espacio plural* de acción en el que se manifiesta la libertad humana y se toman decisiones no está exenta de tensiones. Si por un lado la política es la acción “pacífica” y dialógica, por otro lado, es el *momento contingente* de institución del orden a partir de la toma de decisiones.

En contraposición a esta visión asociativa y “armónica” de la política, la teoría política liberal de Carl Schmitt (1998) enfatiza el *momento disociativo* de aquella. La distinción entre amigo y enemigo es el criterio que garantiza la autonomía de lo político. Esta “intensa” diferencia según Schmitt no sólo le otorga su especificidad a la política como esfera sino también cierta primacía por sobre los demás campos como momento

instituyente del orden social. El *antagonismo* entre un nosotros-ellos no sólo es inerradicable del momento sino que constituye su condición de posibilidad.¹

De esta manera, si bien Arendt y Schmitt no establecieron en sus estudios una diferencia explícita entre lo político y la política, sus disímiles planteamientos han sido retomados por una gran variedad de teóricos políticos contemporáneos (Castoriadis, 2007; Laclau, 1993; Laclau y Mouffe, 2004; Lefort, 1991; Ranciere, 1996; Ardití, 1995, 2004 y 2005) quienes se han basado en alguna de sus contribuciones para pensar rigurosamente esta distinción y así poder explicar la constitución del orden social y su reverso, el conflicto, temática que se remonta a los orígenes de la filosofía política y sociología (Serrano, 1998).

En el presente estudio teórico, adoptaremos las contribuciones de la perspectiva de Laclau las cuales profundizan en la distinción que bosquejamos anteriormente entre lo político, la política y lo social. Partimos del supuesto de que la perspectiva laclausiana no sólo forma parte del pensamiento post-fundacional desde el momento en que sostiene como premisa la desestimación de la fijación de un principio o criterio a priori de institución del orden, como analizaremos en los siguientes capítulos, sino también constituye el momento fundacional de la teoría post-marxista.

El adjudicarle el calificativo de post-marxista se debe menos a una actualización de la teoría marxista que a una profunda superación y revisión crítica de sus postulados “deterministas” y “materialistas”. Laclau y Mouffe autodefinen a su perspectiva de post-marxista (Laclau y Mouffe, 2004) al sostener que en las sociedades contemporáneas las categorías marxistas han llegado ser anacrónicas para comprender los procesos políticos actuales, por ende, el marxismo “constituye nuestro pasado” (Laclau y Mouffe, 2004: 28) y sólo

¹ Hay que tener en cuenta que esta distinción entre amigo y enemigo fue propuesta por Schmitt originariamente para describir las relaciones internacionales, es decir, las relaciones entre los Estados, las fronteras exteriores de las unidades políticas.

“renunciando a toda prerrogativa epistemológica fundada en la presunta posición ontológicamente privilegiada de una “clase universal”, que es el grado de validez actual de las categorías marxistas, puede ser seriamente discutido (...) hoy nos encontramos ubicados en un terreno claramente pos-marxista” (Laclau y Mouffe, 2004: 28).

Es, por lo tanto, retomando y transformando algunos conceptos marxistas e incluso abandonándolos, cómo Laclau construye su perspectiva teórica alrededor de las tres categorías que constituyen el eje de nuestro trabajo teórico. Si bien el marxismo fue la base de su planteamiento teórico, el post-estructuralismo también constituyó un gran insumo. Laclau sostiene que

“El post-estructuralismo es el terreno en el que hemos encontrado la principal fuente de nuestra reflexión teórica, y dentro del campo posestructuralista, la deconstrucción y la teoría lacaniana han tenido una importancia decisiva en la formulación de nuestro enfoque acerca de la hegemonía” (Laclau y Mouffe, 2004: 11).

El método deconstructivo propuesto por Derrida (1998) fue retomado por Laclau como estrategia metodológica para desarrollar su teoría de la hegemonía, y posteriormente, del populismo al proponerse una revisión de las dicotomías que hasta ese momento imperaban en la teoría política contemporánea. Asimismo, analizaremos la incorporación de los aportes de la teoría lacaniana para el estudio de lo político, específicamente a partir de una batería de conceptos tales como *significante flotante* y *vacío*, *point de capiton* y lo Real. Desde estos enfoques teóricos, Laclau delineó los nudos problemáticos en torno al status de lo ontológico, lo óntico e identitario.

Laclau hace una distinción precisa entre lo social y lo político a partir de la cual éste ejerce una primacía insoslayable al constituir el momento de la institución del orden y de reactivación de la naturaleza contingente de aquellas prácticas discursivas

sedimentadas que Laclau denomina “lo social”. Este concepto tiene diversas interpretaciones de las cuales retomaremos dos de ellas para comprender su relación con lo político. Por un lado, se lo puede asimilar al conjunto de prácticas sedimentadas que actúan como el trasfondo de las relaciones y prácticas hegemónicas (lo Social) y como un intento de constituirse en sociedad. Desde otra mirada, lo social se relaciona como el complejo de prácticas que han sido naturalizadas y cuyos orígenes han sido olvidados precariamente hasta el momento en el que empieza a operar el momento de reactivación e institución, es decir, lo político. Por ende, lo político constituiría el momento ontológico de todo orden social que interviene a través de una articulación de decisiones contingentes, fijando sentidos y conduciendo a la sedimentación de las prácticas (lo Social). ¿Y cuándo opera el momento de la política? En palabras de Laclau,

“Cuando el proceso de institución a partir de lo político ha sido exitoso, y avanza el olvido de la contingencia, el sistema opera con una lógica delimitada por el acto hegemónico fundacional” (Laclau, 1993:51).

Dicha lógica delimitada constituye la lógica de la política entendida como la administración de lo dado, de lo instituido, es el momento socio-político-óntico en el que se estabiliza, por un tiempo, lo instituido y sedimentado a través de prácticas e instituciones establecidas. Esta precariedad del orden se debe precisamente a que lo social se estructura por y a través de un doble movimiento de fijación/desfijación de sentidos y antagonismos, por lo tanto, es contingente y no está dado a priori. Lo social está siempre desbordado por el exceso de significación que lo rodea y en consecuencia, su significado mismo deviene desfijado en un juego infinito de diferencias al que Laclau llama lo discursivo, como estudiaremos en detalle. Por último, este trasfondo sobre el que opera lo político y discursivo a partir de los antagonismos también genera las condiciones para la constitución de las identidades colectivas y los sujetos. Si bien

Laclau no dedicó gran parte de su obra a desarrollar esta temática, sí desarrolló un andamiaje conceptual a partir del cual pensar lo identitario: analizó cómo a partir de relaciones discursivas hegemónicas se constituyen los sujetos y qué papel cumplen éstos en la institución del orden a partir del ejercicio de lo político.

Para adentrarnos en el estudio de estas tres categorías tal como operan en los registros de análisis ontológico, óntico e identitario, hemos estructurado los capítulos de la siguiente manera.

En el primer capítulo, realizaremos una reconceptualización de la teoría de la hegemonía desarrollada por Laclau desde una perspectiva post-marxista. A partir de la revisión que Laclau realiza de la genealogía de la noción en la teoría marxista, observamos cómo oscilaba preponderantemente entre una lógica de la necesidad y una lógica de la contingencia. Una vez presentada la teoría laclausiana, intentaremos dar cuenta de sus potencialidades como categoría analítica así como de las críticas y debates que generó en el ámbito de la teoría política contemporánea.

En el siguiente capítulo, nos desplazaremos al terreno de la categoría de antagonismo cuyo análisis constituye un terreno prácticamente inexplorado en las ciencias sociales. Si bien la teoría social y política dedicó gran parte de su existencia a reflexionar en torno a la noción de conflicto social entendido como el reverso del orden de una sociedad, Laclau retoma la teoría del conflicto social, específicamente la lucha de clases marxista, con el objeto de problematizarlo. El autor se embarca en la ardua tarea de reflexionar acerca de los conflictos sociales en las sociedades contemporáneas, proponiendo para ello la noción de antagonismo, dentro de la cual no descartará la lucha de clases. Como mencionamos previamente, el pensamiento post-fundacional revitaliza la idea del conflicto como inherente y constitutivo a la política y Laclau retoma esta idea con el objetivo de ofrecer un andamiaje conceptual para entender el antagonismo – como rasgo inherente a toda disputa política- y los antagonismos sociales –aquellas

luchas parciales que han venido surgiendo a raíz del colapso de los socialismos reales y del capitalismo moderno- que va ligado a la teoría de la hegemonía. Toda práctica hegemónica –discurso- llevará implícito relaciones antagónicas a partir de las cuales el campo social se dividirá en dos esferas y proveerá las condiciones para el ejercicio de prácticas y relaciones hegemónicas. A partir de su argumento, veremos los diferentes usos de la noción de antagonismo y de esta manera su planteamiento nos ofrecerá ciertas pistas desde las cuales pensar la estructuración del orden a la vez que la conformación de los sujetos sociales –clasistas y no clasistas- y sus identidades colectivas. Por último, en este capítulo, bosquejaremos las principales controversias y debates que surgieron a propósito de la teoría del antagonismo de Laclau.

En el tercer capítulo intentaremos dar cuenta de la propuesta de Laclau acerca de la teoría del populismo. Observaremos cómo esta noción ha sufrido ciertas modificaciones desde su primera obra “Política e ideología en la teoría marxista” (1977) hasta llegar a ser una de las propuestas más sofisticadas y sugerentes para comprender los fenómenos populistas y la construcción de sujetos populares, con su última publicación “La razón populista” (2005). Por supuesto, como toda teoría social, la teoría del populismo laclausiano no estará exenta de limitaciones y ciertos problemas para comprender determinados procesos, los cuales serán revisados en el último apartado del capítulo con el objeto de reflexionar, finalmente, acerca de su potencial heurístico.

Capítulo I: HEGEMONÍA

1- Introduciéndonos en la categoría de hegemonía

La teoría de la hegemonía desarrollada por Ernesto Laclau ha sido objeto de múltiples debates y discusiones en el ámbito de la teoría política contemporánea.² Construida desde una perspectiva intelectual post-marxista, tal como el teórico político argentino denomina al enfoque desde el cual la formula, la teoría de la hegemonía ha atravesado diversas etapas a lo largo de la obra de Laclau. Si bien la introducción del concepto hegemonía se inicia en escritos previos a “*Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*” (de ahora en adelante *HyES*), publicado junto a Chantal Mouffe en el año 1985, es en este trabajo en el que con mayor énfasis queda expuesta su concepción y constituye una lectura obligada para recuperar el concepto de hegemonía.

En el presente capítulo, nos focalizaremos especialmente en esta obra a los fines de comprender el andamiaje teórico-conceptual desde el cual fue elaborada esta teoría que se convirtió en el punto de referencia de las posiciones post-marxistas cuya influencia puede reconocerse tanto en el debate intelectual anglosajón como en los debates teóricos y políticos de la izquierda en América Latina. Asimismo, analizaremos cómo esta perspectiva fue sufriendo modificaciones a largo del recorrido intelectual del autor hasta su postrera obra “*La razón populista*” (de ahora en adelante *LRP*), publicada en el año 2004.

El análisis de la categoría de hegemonía constituye una tarea central tanto por la proliferación del uso del vocablo hegemonía en el lenguaje periodístico y político, como por su frecuente utilización en teorías políticas y sociológicas que raramente recurren a una sólida teorización del concepto. Así, si bien hegemonía constituye una palabra

² Las críticas más contundentes a la teoría de la hegemonía de Laclau provinieron de Borón y Cuellar (1983), Geras (1987), Borón (1996), Rush (2001), Kohan (2005), Veltmeyer (2006) y Howarth (2008), entre otros.

presente en el vocabulario sociológico, los tratamientos exhaustivos de la categoría no abundan. En este sentido David Howarth sostiene que a pesar de la plétora de estudios desarrollados que han incorporado el concepto de hegemonía para comprender los fenómenos sociales y políticos a nivel descriptivo y explicativo, ninguno de ellos ha elaborado un análisis riguroso de la categoría hegemonía, lo cual ha conducido a una serie de desusos (y “malusos”) del concepto. En este campo de indefinición,

“una excepción a esta regla es la obra de Ernesto Laclau, quien ha desarrollado un concepto de hegemonía sofisticado y apremiante articulando los pensamientos estructuralista, post-estructuralista y psicoanalítico con la tradición marxista de la teoría política” (Howarth, 2008: 317-318).³

Más allá de las críticas enarboladas a la concepción de hegemonía de Laclau hay un reconocimiento bastante extendido de su intento por teorizar una noción con potencial heurístico y problemática en especial para el pensamiento marxista.⁴

Laclau reconstruye desde una mirada histórico-crítica la genealogía del concepto “hegemonía” tal como se inició en la teoría marxista del siglo XIX sosteniendo que éste

“(…) no surgió para definir un nuevo tipo de relación en su identidad específica sino para llenar un hiato que se había abierto en la cadena de la necesidad histórica (…). Los contextos de aparición del concepto serán los contextos de una *falla* (...), de una grieta que era necesario colmar, de una contingencia que era necesario superar (...), la ‘hegemonía’ será la respuesta a una crisis”. (Laclau, y Mouffe, 2004:31).

Esta crisis, según los autores, es la del marxismo histórico en todas sus versiones debido al surgimiento en dicho paradigma de dos anomalías relacionadas con el problema del

³ No obstante el elogioso comentario de Howarth, más adelante desarrollaremos brevemente las críticas que formula en cuanto a la teoría de la hegemonía laclausiana.

⁴ De todas maneras, no ha sido Laclau el primero ni el único en plantear tal empresa. Autores como Perry Anderson (Anderson, 1981), Raymond Williams (Williams, 1997) y Stuart Hall (Hall, 1984) por citar algunos, han centrado parte de sus preocupaciones en desentrañar la categoría de hegemonía con referencias ineludibles al pensamiento de Antonio Gramsci.

etapismo, la constitución del sujeto y el problema de la estrategia política. En relación al concepto de hegemonía tal como fue incorporado por la tradición marxista, Laclau y Mouffe adoptan como blanco principal de sus críticas aquellos aspectos que reconocen dominados por el esencialismo, el determinismo economicista y el reduccionismo de clase presente en gran parte del marxismo.⁵

No se proponen como tarea intelectual rechazar todo el marxismo sino aquellos aspectos que dificultan la comprensión de las realidades generadas por el capitalismo contemporáneo. Su proyecto intelectual –y político- consiste en reapropiarse de las categorías marxistas para pensar los problemas contemporáneos, incorporando también desarrollos teóricos actuales provenientes de otras corrientes y disciplinas. A partir de los aportes gramscianos, los autores se embarcaron en la tarea de elaborar un nuevo concepto de hegemonía que dismantelara la dicotomía marxista base “económica” – superestructura “ideológica” y el supuesto determinista que subyace en ésta, intentando liberar a la forma hegemónica de la política de las leyes immanentes de la historia y de la clase obrera como sujeto fundamental de la historia.

Los autores han empleado como estrategia metodológica en *HyES* la deconstrucción, concepto proveniente de la filosofía heideggeriana y retomado por el filósofo francés Jacques Derridá. La práctica deconstructiva, basada en una crítica y análisis de las condiciones de posibilidad de los sistemas conceptuales, se orienta a revisar profundamente, a subvertir, las condiciones que hicieron posible el surgimiento de las dicotomías rígidas que identifica Laclau en el marxismo. Un conjunto de nociones clásicas del pensamiento social y político como poder, orden y sociedad y de dicotomías como universalidad/particularidad y política/político será revisado por Laclau siendo consciente de la necesidad de complementar la operación deconstructiva con una teoría

⁵ La interpretación del marxismo que presenta Laclau ha sido frecuentemente cuestionada bajo el argumento de que la misma constituye una visión simplificada, débil y distorsionada del marxismo. Las críticas que han elaborado autores como E. Dussel (2007), A. Borón (1983 y 1996) y H. Veltmeyer (2006) provenientes de diversas tradiciones, serán analizadas a lo largo del trabajo.

de la hegemonía que diera cuenta de la “contaminación” de los extremos opuestos de dichas dicotomías. De esta manera, se podrían establecer nuevos juegos de lenguaje que tengan en cuenta las condiciones de posibilidad históricas de todo orden. No sólo poder visualizar la necesidad de la articulación entre dichos elementos/extremos para que pueda hablarse de teoría de la hegemonía sino concebir la idea de que la misma opera en un terreno indecible. La deconstrucción disuelve la ilusión de objetividad y positividad de los hechos sociales, señalando la contingencia en su origen. La deconstrucción muestra la indecidibilidad de áreas cada vez mayores de lo social, expandiendo así el área de operación de los posibles actos de institución políticos.

En este contexto, es imperioso analizar la construcción de la teoría de la hegemonía desarrollada por Laclau a lo largo de su carrera intelectual. Una vez expuesto este recorrido, intentaremos dar cuenta del conjunto de debates, discusiones y críticas que suscitó no sólo la lectura genealógica realizada por Laclau acerca del concepto en cuestión sino la misma formulación de la teoría y su uso en los escritos del autor.

El estudio de la categoría de hegemonía es imprescindible en la teoría política contemporánea para analizar aspectos tales como la institución del orden social y su carácter contingente. Veremos cómo a partir de la reconceptualización que realizó Laclau de la categoría, ésta cobró perspectiva para comprender ciertos aspectos del mundo social y político: tanto el estudio de los conflictos sociales, como de la acción colectiva destinada a transformar la realidad y la constitución de los sujetos sociales constituiría una tarea inaprensible si no recurriéramos a esta noción laclauiana de hegemonía.

2- La genealogía de la categoría: entre la necesidad y la contingencia

Los autores reconstruyen la tradición marxista para reformular la concepción de hegemonía sosteniendo las ventajas teóricas y políticas que ofrece este desplazamiento

del concepto. Al identificar una tensión entre la lógica de la necesidad y la lógica de la contingencia están haciendo referencia a una tensión entre las leyes del capitalismo defendidas por el materialismo histórico y la práctica articuladora –la alianza de clases en el caso de Lenin, el bloque histórico en Antonio Gramsci- la cual no daría por sentado un curso de acción revolucionaria ni una clase fundamental que la llevaría cabo.

Los autores afirman que el concepto de hegemonía se inició en el discurso marxista de manera ad hoc, como una herramienta provisional destinada a remendar las anomalías halladas en la teoría marxista clásica. Sostienen que desde R. Luxemburgo y Kautsky y desde Lenin a Gramsci, el materialismo histórico había alentado una política que oscilaba entre una lógica de la contingencia y una lógica de la necesidad, resolviendo esta tensión a favor de esta última.

Rosa Luxemburgo hacía referencia a la lógica de la espontaneidad la cual renegaba de un proceso lineal de etapas planificadas para llevar a cabo la revolución proletaria. (Laclau y Mouffe, 2004). El concepto de espontaneidad fue introducido para analizar la efectividad política de la huelga de masas como herramienta para la lucha política en el contexto político alemán a fines del siglo XIX. A partir de la teoría del espontaneísmo, se intentaba dar cuenta de la imposibilidad de prever el apoyo “natural” de ciertos actores políticos a la lucha proletaria dada la complejidad y variedad que podría adquirir un proceso revolucionario.

En otra línea de análisis, Karl Kautsky retomó la idea de necesidad histórica como principio subyacente a todo vínculo hegemónico. Para el autor, el avance del capitalismo comprendía la constitución de un sujeto político determinado por la estructura económica –la clase obrera- como el protagonista de llevar a cabo el cambio social. Esta necesidad derivada de un principio subyacente fijaba a los sujetos dentro de una totalidad y le adjudicaba un papel como consecuencia del lugar ocupado en la

estructura económica, universalizando los modos de ser y hacer, proponiendo la existencia de un núcleo inmutable.

Según Laclau y Mouffe, Vladimir Lenin concebía a la alianza de clases como la estrategia que necesariamente tenía que darse el proletariado, el único sujeto posible que conquistaría el poder político. Esta conquista significaba incluir dentro del programa político los intereses de los campesinos y realizar ciertas concesiones a las demás clases subalternas, incluidas ciertas fracciones de las clases dominantes. Lenin afirmaba que sólo estableciendo una relación de amplia alianza con los campesinos el proletariado podría convertirse en fuerza dirigente de la revolución y romper el nexo entre la revolución democrática y la hegemonía burguesa. Lo político aparecía en Lenin en su exterioridad, es decir, encarnado en una “dirección política” que se ejercería por fuera de los vínculos que estructuran la alianza, los cuales respondían a intereses de clases. Estos eran considerados fijos y universales. En este sentido, Lenin no puso en cuestión el carácter clasista “necesario” de los agentes sociales.

La crisis profunda que se inicia a principios del siglo XX en el pensamiento marxista ante los desafíos de construir un proyecto político en términos de luchas y alianzas de clase en un contexto de nuevas contradicciones y de profundas fragmentaciones obliga a la teoría política a construir nuevas herramientas con las cuales concebir las luchas sociales como prácticas articuladoras. Será Gramsci quien, dentro del horizonte marxista, comenzará a considerar a lo político como articulación y a través del concepto de “bloque histórico” complejizará el problema de la hegemonía y la constitución de las identidades colectivas, aspectos que rescatará Laclau para formular su teoría de la hegemonía.

Gramsci transforma esta categoría tal como fue utilizada en el discurso marxista con el objetivo de teorizar acerca de las estructuras políticas del capitalismo y la dominación

de la burguesía en Europa occidental que no se habían desarrollado en la Rusia zarista.⁶ Mientras que en Lenin el vínculo hegemónico propone a la clase obrera el reclamo de sus intereses particulares de clase, en Gramsci la clase se abre a la defensa de los intereses de otros sectores. Aquí aparece un primer atisbo del traspaso de la mirada de la hegemonía como “conducción/dirección política” de Lenin a la hegemonía como “conducción moral e intelectual” de Gramsci, la cual supone una articulación de ideas, valores, concepciones del mundo, conductas y marcos de interpretación. Los sujetos son entendidos no en términos de clase sino como voluntades colectivas que exceden la dimensión economicista que intenta limitarlos a la posición que ocupan dentro de las relaciones de producción.

Lo novedoso en la concepción de Gramsci, según Laclau, es el papel que le otorga a la ideología al no identificarla con un sistema de ideas o con la “falsa conciencia” sino con un todo orgánico encarnado en aparatos e instituciones que lograría la unificación de un bloque histórico en el cual una multiplicidad de voluntades dispersas con intereses heterogéneos se articulan sobre la base una misma concepción del mundo. En palabras de Laclau, la hegemonía gramsciana amplía el campo de la contingencia histórica en tanto los elementos articulados pierden el vínculo esencial que caracterizaba las relaciones sociales en el marxismo “etapista” y “determinista”. En palabras de Néstor Kohan y coincidiendo con Laclau respecto al determinismo imperante en el marxismo clásico⁷,

“la teoría de la hegemonía constituye en los escritos gramscianos la específica manera según la cual el italiano logró reconstituir el filón más crítico del

⁶ El primer capítulo de *HyES* (Laclau y Mouffe, 1985) elabora una genealogía rigurosa del concepto de hegemonía tal como se inició en la socialdemocracia rusa de la mano de R. Luxemburgo, pasando por K. Kautsky, V. Lenin y finalmente A. Gramsci. Asimismo, para una mayor profundización de la aparición del concepto de hegemonía en los debates de teoría marxista en el siglo XX, ver Perry Anderson (1981) quien ha realizado un análisis implacable de aquella.

⁷ Sin embargo, veremos más adelante la crítica que Néstor Kohan realiza al “post-marxismo” de Laclau.

pensamiento marxiano, ya completamente desgajado del economismo grosero dentro del cual había estado aprisionado durante más de cuarenta años de 'ortodoxia' (...) La doctrina política de la hegemonía fue la piedra de toque de su "traducción" filosófica del marxismo como filosofía de la praxis" (Kohan, 2004: 36)

Laclau, al retomar la construcción gramsciana para formular su teoría de la hegemonía, al mismo tiempo señala los límites de la misma en tanto "reposa sobre una concepción finalmente incoherente que no logra superar plenamente el dualismo del marxismo clásico". (Laclau y Mouffe, 2004: 103). Para Gramsci, aún cuando los elementos tengan una identidad relacional, dependiendo de su relación con la fuerza que los hegemoniza, tiene que haber siempre un principio unificante que refiera a una clase fundamental, es decir, toda lucha hegemónica tendrá lugar necesariamente en un marco estructural liderado por la clase fundamental, es decir, proletaria. La hegemonía de clase en última instancia, sigue teniendo un fundamento ontológico necesario y no como resultado de la práctica articuladora. Así, en el pensamiento de Gramsci persistirá el sesgo determinista y esencialista del marxismo tan cuestionado por Laclau, dificultándose entonces la posibilidad de embarcarse en la tarea deconstructiva de la hegemonía. Vemos nuevamente como en Gramsci el juego entre contingencia y necesidad, entre particularidad y universalidad, termina resolviéndose del lado de ésta.

No obstante, los aportes que genera la teoría gramsciana para la construcción de la teoría de la hegemonía de Laclau son invalorable desde el momento en que contribuye a plantear la pregunta por la acción colectiva y las luchas sociales a partir de la idea de la articulación contingente de los elementos, la pregunta por la conformación de los sujetos sociales y la constitución de las identidades colectivas.

3- Hacia una teoría post-marxista de la hegemonía

Es necesario realizar un recorrido teórico de la batería de conceptos que desarrolla Laclau para comprender cómo construye teóricamente la noción de hegemonía. Las cuatro nociones básicas que examinaremos son *articulación*, *discurso*, *punto nodal* y *significante*, las cuales se interrelacionan mutuamente y el significado de una se comprende en relación al significado de las restantes.

D. Howarth (2008) considera que la teoría de la hegemonía desarrollada por Laclau ha atravesado a lo largo de su obra tres modelos, los cuales corresponden a tres tradiciones y problemáticas teóricas diferentes y por ende, orientaciones políticas diversas. Sostiene que el primer modelo de hegemonía construido por Laclau corresponde a la década del 1970 en el cual incorporó los escritos de Gramsci y Althusser para criticar y reelaborar las teorías marxistas, de los cuales se apropió de la categoría de *articulación*, central en la teoría de la hegemonía. En la década del 80, su modelo de hegemonía se nutrió de las contribuciones post-estructuralistas de Foucault y Derrida, específicamente la noción de *discurso* y *deconstrucción e indecibilidad* respectivamente⁸. El tercer y último modelo sobre el cual reelaboró su concepción de la hegemonía, Howarth lo ubica en la década del 90 con los aportes derivados de la teoría psicoanalítica lacaniana⁹, de la cual extrajo los conceptos de *puntos nodales* y *significante*.

3.1- De la determinación en última instancia a la articulación discursiva

Según los autores de *HyES*, “el concepto de hegemonía supone un campo teórico dominado por la categoría de *articulación*” (Laclau y Mouffe, 2004: 129), entendida

⁸ Sin embargo, hay que resaltar que la influencia de Foucault en la teoría de Laclau es explícitamente desdeñada por éste: “El trabajo de Foucault sólo tuvo una limitada influencia en mi enfoque y sólo me despierta una simpatía muy restringida” (Laclau, 2003:285).

⁹ Si bien el concepto de *significante* flotante ha sido desarrollado por la teoría estructuralista de C. Levi-Strauss y por la lingüística de F. Saussure, Laclau se reapropia de dicha noción tal como fue empleada por el psicoanálisis de J. Lacan.

ésta no como el nombre de una relación determinada sino como una *práctica* que conlleva la posibilidad de identificar los elementos que se intenta recomponer en una unidad. Dichos elementos son considerados fragmentos de una totalidad o unidad perdida. La reconducción de éstos hacia una nueva forma de unidad es lo que Laclau denomina articulación, unidad que es contingente y no trasciende a los elementos que unifica pero modifica su identidad.¹⁰ En palabras de los autores,

“Llamaremos *articulación* a toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica. A la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora la llamaremos '*discurso*’.” (Laclau y Mouffe, 2004:142-143).

Si bien las raíces teóricas del concepto de articulación empezaron a vislumbrarse en las lecturas gramscianas de Laclau, no debemos omitir la gran influencia que los escritos de Althusser ejercieron en los primigenios trabajos políticos de Laclau, los cuales fueron escritos desde una perspectiva de neto corte althusseriano.

En “*Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo*” (de ahora en adelante *PITM*) publicado en 1977, Laclau buscaba analizar la constitución del fenómeno populista menos en su relación con los elementos constitutivos del mismo sino por la forma en la que los contenidos se articulaban discursivamente. Althusser había iniciado su trayectoria teórico-intelectual distanciándose del pensamiento de Hegel en lo que concernía a su concepción de la sociedad. El autor alemán la concebía como una totalidad compuesta de una pluralidad de elementos que tendería al progreso a través de un proceso de autodespliegue. Althusser la entendía como un conjunto - totalidad- estructurado complejo basado en un proceso de sobredeterminación. En el capítulo tres de *HyES*, Laclau reconoce explícitamente cuáles fueron las contribuciones

¹⁰ Según Critchley y Marchart (2008), el concepto de articulación ha tenido un gran impacto en los estudios culturales, acercándose Stuart Hall a la concepción de Laclau con respecto al giro discursivo de la teoría de la hegemonía, las cuestiones de la democracia y la epistemología.

de la escuela althusseriana al incorporar sus conceptos básicos de formación social y sobredeterminación.¹¹

Para Althusser, la noción de sobredeterminación acentuaba el papel que jugaban en la conformación de la formación social (la concreción real de la sociedad de acuerdo a un modo de producción) dos aspectos que en el marxismo economicista se habían omitido: la coyuntura política y la dimensión ideológica-significante. Si bien la base económica es determinante en última instancia, la política e ideología no pueden concebirse como epifenómenos de aquella ya que cada esfera posee una autonomía relativa y cierto grado de determinación sobre las esferas restantes. De esta manera, según De Ípola (2007), Althusser estaba abriendo el campo teórico para introducir la idea de contingencia, problema que ya había introducido Gramsci y de quien Althusser reconoció su influencia.

Laclau sostenía que la noción de articulación había aparecido en los trabajos de Althusser para describir la relación entre las tres esferas clásicas – economía, política e ideología- que se fusionaban en una formación social. En consecuencia nos encontramos con una noción de articulación utilizada para pensar la constitución de, en términos althusserianos- una formación social específica. Ésta no se fija causalmente sino que constituye el resultado de la fusión simbólica de encuentros plurales. Los aportes de Althusser habilitan a Laclau a introducir la caracterización de lo social como simbólico para romper con la noción reduccionista de totalidad social del marxismo. La siguiente cita de Laclau, que nos permitimos reproducir en extenso, contribuye a comprender la vinculación que se establece en este capítulo entre la noción de sobredeterminación y la propia concepción de lo social:

¹¹ De acuerdo a la investigación dirigida por Sergio Caletti titulada “Marxismo, psicoanálisis, comunicación: discusiones althusserianas”, una gran porción de estudios filosóficos-políticos contemporáneos de autores como Etienne Balibar, Jacques Ranciere, Alain Badiou y Slavoj Zizek está, sino influenciada, inspirada por los aportes de los trabajos de Althusser, si bien no todos reconocen su herencia. (Caletti, 2006).

En palabras de Laclau,

“(…) el sentido potencial más profundo que tiene la afirmación althusseriana de que no hay nada en lo social que no esté sobredeterminado es la aserción de que lo social se constituye como orden simbólico. El carácter simbólico- es decir sobredeterminado- de las relaciones sociales implica, por tanto, que éstas carecen de una literalidad última que las reduciría a momentos necesarios de una ley inmanente (...) La sociedad y los agentes sociales carecerían de esencia, y sus regularidades consistirían tan solo en las formas relativas y precarias de fijación que han acompañado a la instauración de un cierto orden.” (Laclau y Mouffe, 2004:134)

De esta cita se desprende la idea que ya había iniciado Laclau en sus primeros escritos y que cobraría mayor fuerza y despliegue con la aparición de *HyES* relacionada con la negación de un fundamento último de lo social, así como la precariedad y no fijación de toda estructura. Sin embargo, el “problema althusseriano” que encuentra Laclau concierne a su idea de “determinación en última instancia de lo económico”, lo cual contradiría la idea inaugurada por la noción de sobredeterminación y la autonomía de lo político-ideológico.

La concepción althusseriana resultaba ahora inconsistente con el principio de negatividad de lo social asumido por Laclau, por implicar una concepción esencialista y racionalista de las instancias estructurales (lo económico, lo ideológico, lo político), las identidades (las clases y sus intereses) y las relaciones sociales (expresión de esos intereses a nivel político). Como consecuencia de este replanteo radical, el althusserismo es despojado de su estatuto de base teórica de sustentación.

Los aportes de Wittgenstein, Derrida y Lacan enmarcados en una matriz post-estructuralista marcarán un giro en el pensamiento de Laclau quien reverá los aportes

althusserianos a la luz de estas contribuciones. La lectura post-althusseriana del concepto de sobredeterminación radicalizará a su vez la concepción de lo social concibiéndolo como un espacio dislocado que nunca logrará constituirse como totalidad. Esta ruptura que Laclau realiza con el estructuralismo, lo conducirá a reforzar su idea de la imposibilidad de hallar un principio ordenador a priori del orden social y por ende la constitución de un sistema cerrado, así como a introducir el problema del lenguaje y el discurso, poniendo en cuestión una de las premisas básicas del estructuralismo: la concepción de una totalidad cerrada.

Laclau sostiene que el carácter incompleto de toda totalidad lleva necesariamente a abandonar como terreno de análisis el supuesto de la sociedad como totalidad suturada.¹² Al ser lo social un espacio que no puede suturarse completamente, las prácticas hegemónicas intentan colmar dicha falta originaria en la medida que su campo de acción está determinado por la apertura de lo social, por el carácter no-fijo de todo significativo. ¿Quiénes son los que llevan a cabo una práctica articuladora? La relación de articulación no es una relación de necesidad. Según el marxismo, incluido Gramsci, era una clase social fundamental la protagonista de llevar a cabo algún tipo de “articulación”. En contra del esencialismo y determinismo a partir de los cuales se erige la teoría de la hegemonía de Laclau, éste sostiene que el sujeto “articulador” debe ser parcialmente exterior a lo que articula. Si lo político es considerado por Laclau constitutivo de lo social, primario, y por ende no deriva de ninguna otra instancia, entonces se deduce que ningún actor social puede reclamar una posición privilegiada en la sociedad. De ahí que la clase como actor social y político pierda, en la teoría laclausiana, su status ontológico.

¹² La categoría de sutura también proviene del psicoanálisis lacaniano la cual hace referencia a una estructura de falta.

En el inicio del presente apartado habíamos definido a la articulación en términos laclausianos como aquella práctica que reúne en una totalidad a diversos elementos cuyas identidades se ven modificadas como consecuencia de dicha articulación. Esta constituye una de las primeras condiciones para que pueda hablarse de una relación hegemónica: una fuerza social particular debe asumir la representación de una totalidad que es inconmensurable con ella, con la particularidad en cuestión. Por ende, la universalidad que surge es

“contaminada”:1) ella no puede escapar a esta tensión irresoluble entre universalidad y particularidad; 2) su función de universalidad hegemónica no está nunca definitivamente adquirida, sino que es, por el contrario, siempre reversible” (Laclau y Mouffe, 2004: 14)

Laclau enfatiza que una de las condiciones de posibilidad para la existencia de una práctica hegemónica es la no-fijación del sentido de los elementos. El campo en el que surgen prácticas hegemónicas es aquel en el que los elementos no han cristalizado en momentos, es decir, no se ha fijado completamente el sentido de cada uno, de lo contrario, no habría posibilidad de una práctica hegemónica. Los autores al criticar toda pretensión de principios universales, evaden identificar qué elementos se articularían para evitar caer en particularismos lo cual implicaría un nuevo cierre o esencialismo, por lo que aclaran que la articulación no puede concebirse puramente como un vínculo entre elementos diversos y plenamente constituidos (Laclau y Mouffe, 2004).

“No hay ningún *substrato* fundamental, ninguna *natura naturans*, a partir de la cual puedan explicarse las articulaciones sociales existentes. Las articulaciones no son las superestructuras de nada (...) Esto implica que son esencialmente contingentes, pues se componen de conjuntos relacionales que no obedecen a ninguna lógica interna” (Laclau, 2006:27).

A su vez, habíamos mencionado que a la totalidad resultante de la práctica articuladora los autores la denominaban *discurso*. ¿Qué relación entraña la categoría de articulación y de discurso en la teoría de la hegemonía propuesta por Laclau? Esa totalidad constituye el intento frustrado de completar de una vez y para siempre la estructura, operación que Laclau denomina discurso. El teórico argentino hizo de la categoría de discurso una noción central de su andamiaje conceptual al identificar el carácter ontológicamente constitutivo de dicha categoría con respecto a la realidad social y las identidades colectivas, a tal punto que la teoría política elaborada por Laclau ha sido denominada o es conocida como “Teoría del discurso”. (Soage, 2006).

Laclau reconoce la influencia de tres de las principales corrientes intelectuales del siglo XX: la filosofía analítica (la obra del último Wittgenstein), la fenomenología (Heidegger) y el estructuralismo (y la crítica postestructuralista del signo), enfatizando que esta última ha sido el terreno en el que encontró la mayor fuente de reflexión teórica. El discurso es un complejo en el cual las *relaciones* tienen una función constitutiva. Por eso sostiene que el discurso es el terreno primario de constitución de la objetividad como tal. Esto significa que los elementos no preexisten a las relaciones: son el resultado de éstas últimas. Todo elemento en una totalidad discursiva adquiere su sentido sólo por la diferencia con otros elementos.

El isomorfismo construido por Laclau entre lo social y lo discursivo a partir del cual lo social es reconceptualizado en términos discursivos ha sido objeto de discusiones. Lo discursivo, según el autor, comprende tanto el plano lingüístico como el pragmático, constituye aquella “totalidad que incluye dentro de sí a lo lingüístico y a lo extralingüístico” (...) el habla y el lenguaje son tan solo componentes internos de las totalidades discursivas” (Laclau, 1993: 114). Foucault, por el contrario, como afirma Buenfil Burgos (2005), marca una distinción categorial entre el carácter lingüístico del discurso y lo extralingüístico como las condiciones que posibilitan al primero. Según la

autora, para Laclau no existe lo discursivo y lo extra-discursivo. Todo objeto se constituye como objeto de discurso, aunque la autora nos sugiere evitar caer en el malentendido de

“confundir la propuesta de la discursividad post-estructuralista (*la propuesta por Laclau*)¹³ con la idea de que entonces "todo es discurso" (...) Es necesario distinguir el equívoco de que "todo es discurso" de la propuesta de abarcar conceptualmente los límites mismos del ámbito discursivo, su otro radical, esto es, lo que estaría marcando lo que no es discursivo (...) este otro radical del discurso en ningún caso correspondería a la distinción sustancial entre lo lingüístico y lo no lingüístico como aparece en Foucault” (Buenfil Burgos, 2005:6).

Para Laclau, el discurso, lejos de hacer referencia a la palabra oral y escrita, es entendido como práctica que constituye las posiciones de los sujetos como agentes sociales, y no por el contrario, los agentes quienes constituyen el origen de los discursos. Aquí vemos la influencia que ha tenido el concepto de “juegos de lenguaje” de Wittgenstein en esta definición de discurso, la cual constituye la respuesta que brindó Laclau a las duras críticas realizadas por Norman Geras a su teoría del discurso, las cuales serán analizadas más adelante.

La práctica de articulación es una práctica discursiva que se lleva a cabo en un terreno contingente en donde la no-fijación es el principio que las rige. La identidad que surge se torna precaria, provisoria y parcial. “Toda configuración social es una configuración significativa (...) el conjunto sistemático de relaciones es lo que llamamos discurso” (Laclau, 1993:114-115). El hecho de reconceptualizar lo social en términos de articulación discursiva ha llevado directamente a Laclau (1993) a plantear, indefectiblemente, “la imposibilidad de la sociedad”, afirmación que asimismo

¹³ La fuente en cursiva es nuestra.

constituye el título de un breve y provocador artículo escrito por Laclau en el año 1983, en el cual esboza las pautas de su crítica al esencialismo presente en el marxismo desde una perspectiva discursiva. El cambio de paradigma en el que incurren Laclau y Mouffe conlleva el planteamiento del carácter primario de lo discursivo con respecto al orden social, entonces la sociedad nunca podrá encontrar un fundamento último ni alcanzar una totalidad cerrada. La no correspondencia entre el sujeto y un “otro” que no puede ser representado, es decir, lo Real en términos lacanianos, impide el cierre del orden social como pleno. Sin embargo ese intento de completar dicha falta es imposible. Es la imposibilidad de un cierre total del sistema significante. Esto es aún más evidente en las sociedades contemporáneas que muestran la heterogeneidad, la proliferación de diferencias, y la dificultad que la práctica articuladora encuentra para lograr una estructuración, siempre precaria y amenazada.

“Si la plenitud de la sociedad es inalcanzable, los intentos por lograrlo fracasarán necesariamente, aun pudiendo, en la búsqueda de ese objeto imposible, resolver una variedad de problemas parciales” (Laclau, 1998; citado por Slavoj Žižek, 2003:98)

En ese sentido, Laclau afirma que los discursos estructuran el campo social sin llegar nunca al cierre definitivo, es decir, el campo de la discursividad no puede ser agotado completamente ya que lo desborda un exceso de sentido, debido a la polisemia y no escasez de significados. ¿Con qué criterio los discursos estructuran lo social? ¿Cómo se lleva a cabo esa selección? De aquí se deslinda la pregunta por la eficacia/efectividad hegemónica que conlleva toda práctica articuladora-discursiva. El discurso adquiere centralidad en tanto se transforma en una categoría para comprender la lógica de la disputa política.

La hegemonía es precisamente el concepto necesario para hacer referencia a la estructura selectiva del campo social en torno a puntos nodales. La teoría lacaniana de

los “*puntos nodales*” fue utilizada para construir el concepto de hegemonía y poder dar cuenta de los procesos de fijación parcial en todo discurso. Toda articulación hegemónica requiere de la producción de fijaciones parciales que detienen el flujo de las diferencias anudando de este modo el discurso. A partir de esa articulación de los puntos nodales, se evita el desplazamiento infinito de la cadena significante. El punto nodal, cuyo nombre genera la unidad de una formación discursiva -el objeto *a* de Lacan - no tiene ninguna identidad positiva propia. En palabras de Žižek,

“ si sostenemos que el *point de capiton* constituye un “punto nodal”, una especie de nudo de sentidos, esto no implica que es simplemente la palabra más “rica”, la palabra en la cual se condensa toda la riqueza de sentido del campo que “fija nodalmente”: el *point de capiton* es más bien la palabra que, como *palabra*, en el nivel del significante mismo, unifica un determinado campo, constituye su identidad: es, para decirlo de alguna manera, la palabra a la cual las “cosas” mismas se refieren para reconocerse a sí mismas en su unidad. (Žižek, 2005. Citado por Laclau, 2005:134)

Sin puntos nodales, no existiría configuración alguna, los elementos quedarían dispersos sin llegar a articularse en una totalidad significativa. La noción de discurso propuesta por Laclau “implica la articulación de las palabras y las acciones, de manera que la función de fijación nodal nunca es una mera operación verbal, sino que está inserta en prácticas materiales que pueden adquirir fijeza institucional” (Laclau, 2009: 138).

Žižek, ante la pregunta acerca de qué es lo que crea y sostiene la identidad de un terreno ideológico determinado mas allá de las variaciones posibles, sostiene que

“*Hegemonía y estrategia socialista* traza (...) la respuesta: el cúmulo de ‘significantes flotantes’ (...) se estructura en un campo unificado mediante la

intervención de un determinado punto nodal que los ‘acolcha’, detiene su deslizamiento y fija su significado” (Zizek, 2009:125)

Aquí es necesario introducir otra temática concerniente a la teoría de la hegemonía. Estas prácticas que pueden adquirir una fijeza contingente están enmarcadas en un contexto en el que los límites de la totalidad, las fronteras, que separan unas de otras son inestables. Laclau afirma que:

“Las dos condiciones de una articulación hegemónica son, pues, la presencia de fuerzas antagónicas y la inestabilidad de las fronteras que las separan. Sólo la presencia de una vasta región de elementos flotantes y su posible articulación a campos opuestos-lo que implica la constante redefinición de estos últimos- es lo que constituye el terreno que nos permite definir a una práctica como hegemónica. Sin equivalencia y sin fronteras, no puede estrictamente hablarse de hegemonía” (Laclau y Mouffe, 2004: 179).

De esta cita se deduce que no alcanza con que existan elementos cuyos sentidos no sean fijados completamente para que tenga lugar una relación hegemónica. Las fronteras, los significantes y antagonismos son categorías –y condiciones- a las que indefectiblemente también es necesario referir para dar cuenta de las prácticas hegemónicas.

3.2- Fronteras antagónicas y significantes

“La presencia de significantes vacíos (...) es la condición misma de la hegemonía” (Laclau, 2005)

“La política es posible porque la imposibilidad constitutiva de la sociedad solo puede representarse a si misma a través de la producción de significantes vacíos” (Laclau, 1996)

La categoría de signifiante se inició en los estudios lingüísticos de Ferdinand de Saussure y luego fue reapropiado por el psicoanálisis lacaniano. Su incorporación en los estudios políticos ha constituido un gran aporte al avance de la teoría política

contemporánea y la recuperación por parte de Laclau es clave para comprender no sólo en qué consiste todo vínculo hegemónico, sino específicamente cómo es posible.

El signo, para Saussure, consistía en la relación de los dos elementos delimitados, vinculados entre sí arbitrariamente de los cuales no era posible pensar en un desplazamiento. A cada significante le correspondería, según su análisis, un significado particular. Siguiendo a Saussure, en el lenguaje no encontramos entidades positivas, sino diferencias. La totalidad de la lengua está implicada en cada acto individual de significación ya que los valores significantes son estrictamente relacionales.

Lacan desmantela esta idea e invierte la relación afirmando que el significante es determinante en ese vínculo y el significado no será más que el efecto de la relación entre varios significantes unidos en una cadena signifiante. Los significantes, de ahora en más, no poseen un sentido fijo, no están asociados a un significado determinado. En palabras de Laclau

“La teoría freudiana a través de enfatizar el proceso de sobredeterminación que interviene en la constitución de todas las formaciones psíquicas, ya había insistido en la imposibilidad de fijar el significado a través de una estricta correlación entre significante y significado. Esta tendencia se radicaliza en la teoría lacaniana, en la llamada lógica del significante, el deslizamiento permanente del significado bajo el significante (este último se convierte en el elemento estable” (Laclau, 1993a: 4).

Laclau retoma esta lectura lacaniana del significante y en el trabajo *HyES* introduce la problemática de los significantes relacionados con la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia, ambas subyacentes a toda relación y proceso hegemónicos.¹⁴ La

¹⁴ Hillis Miller sostiene que la equivalencia y la diferencia son transposiciones lógicas de los términos tropológicos “metáfora” y “metonimia”. “Un acto de hegemonía es un momento en el que un segmento contingente o metonímico no totalizado del todo heterogéneo se hace cargo de la tarea de representar el todo, mediante un movimiento que podría definirse tropológicamente como el paso por el cual la

lógica de la diferencia constituye el conjunto de fijaciones parciales dentro de un todo tendencialmente estructurado y la lógica de la equivalencia son las articulaciones entre elementos dislocados que tienden a la creación de una frontera interna a través de una cadena equivalencial.

Si bien es en *HyES* donde inicia la temática, en donde mayormente se ve desplegada la definición de significante en su vinculación con la teoría política es en el artículo publicado en 1996 en el libro *“Emancipación y diferencia”* (Laclau, 1996), titulado *“¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”*. Aquí, Laclau sostiene que la lógica que rige la relación entre significado y significante puede ser traspolada al vínculo entre particularidad y universalidad, es decir, a la relación hegemónica. Si, siguiendo a Lacan, los significantes en sí no poseen significado, y es otro significante el que otorga su sentido, la lucha por imponer el significante fijador de significado es la lucha por la hegemonía. Ésta puede existir en la medida en que existe un proceso de fijación mediante el cual *un* significado hegemoniza un significante en detrimento de otros potenciales significados. Es inherente al proceso político esta operación hegemonizante llevada a cabo por un significado, por un contenido particular entre otros posibles. A su vez, este significante hegemonizado se caracterizará por la tendencia a vaciarse nuevamente para poder ser recapturado por otros significados.

El vaciamiento de todo significante es la condición para poder evocar la figura retórica del oxímoron: la plenitud ausente.

“Son significantes que no tienen ningún vínculo necesario con un contenido preciso, significantes que simplemente nombran el reverso positivo de una experiencia de limitación histórica (...) Como estos términos evocan la plenitud imposible de un sistema existente (...) pueden en diferentes momentos

metonimia contingente se transforma en metáfora sinecdótica, la parte que representa al todo y actúa políticamente en nombre del todo hacia un futuro mejor.” (Hillis Miller, 2008:272).

identificarse con los objetivos sociales o políticos de varios grupos divergentes.”

(Laclau; 2003b, 188).

Laclau no sólo habla de significantes vaciados o caracterizados por una tendencia al vaciamiento, sino que incorpora a la batería de conceptos las nociones de “significante flotante”, “significante vacío” y “significante amo”, identificándose éste en los últimos escritos de Laclau (2003) con la noción de *point de capiton*. Estas variedades de significantes conllevan diferentes funciones teóricas en la obra de Laclau, las cuales veremos a continuación.

El significante flotante es aquel que no puede ser fijado completamente debido a su ambigüedad, a una sobredeterminación, o por el contrario, subdeterminación, de significados. Su sentido está “suspendido”, permanece indefinido, entre fronteras equivalenciales alternativas. Vayamos a un ejemplo claro que desarrolla Laclau en *LRP*. En un régimen opresivo existe una serie de demandas (significantes) particulares y diferentes entre sí que se integran en una cadena de equivalencia no por algún contenido positivo similar entre ellas sino por su oposición común al régimen (otro significante), es la única positividad que las articula, es decir, la negatividad del otro. Una de las demandas de la cadena equivalencial construida por el campo popular intervendrá y se convertirá en el significante de toda la cadena, en la “representante” de esa negatividad, cadena que existirá siempre y cuando exista una frontera; sin esta frontera antagonista, la relación equivalencial se derrumbaría y la identidad de cada demanda se eliminaría en su particularidad. Es esta común oposición lo que primero los aglutina; no es un contenido positivo que ellos tendrían dado de antemano, sino su común obstáculo, este rasgo de negatividad, lo que les permite equivalerse. En este sentido, el exterior sería constitutivo:

...la presencia del Otro me impide ser totalmente yo mismo (...) La relación no surge de entidades plenas, sino de la imposibilidad de constitución de las

mismas. (...) es porque un campesino no puede ser un campesino, por lo que existe un antagonismo con el propietario que lo expulsa de la tierra. (Laclau y Mouffe, 2004:168).

Cuando la frontera es interrumpida por el régimen opresivo a través de la construcción de una nueva cadena equivalencial, alternativa a la ideada por el campo popular, que absorbe alguna o algunas de las demandas populares que estaban articuladas en la otra cadena “popular”, el particularismo, el contenido de dichas demandas absorbidas se vuelve flotante, su significado se vuelve indeciso entre fronteras equivalenciales antagónicas, posible de ser disputado por ambas. Las mismas demandas estarían bajo la presión estructural de dos proyectos alternativos y rivales pero ambos con pretensiones hegemónicas. La condición para hablar de la “flotación” de los significantes es la existencia de proyectos antagónicos que rivalicen por apropiarse de la particularidad de un signifiante.

En el artículo mencionado anteriormente, Laclau (1996) amplía la noción de signifiante y define al signifiante vacío como un signifiante sin significado, lo cual, como él lo anticipa, constituye la enunciación de un problema ya que surgiría la pregunta de la posibilidad de que un signifiante sin significado continúe perteneciendo a un sistema de significación. La función de todo signifiante vacío es la de renunciar a su identidad diferencial con el fin de representar la identidad equivalencial de un espacio comunitario, representar una plenitud ausente, por ende, la emergencia de un signifiante vacío es precisamente el surgimiento de la falta, de la evocación de la totalidad imposible/ausente. Puesto que el signifiante vacío resulta de pura cancelación de toda diferencia que impone en primer plano lo que cada entidad diferencial tiene de idéntico, dicha función puede ser ocupada (lógicamente) por cualquier signifiante inscrito dentro del sistema. De tal manera, en determinada coyuntura histórica particular, la selección de determinado signifiante (vaciado de su contenido original)

como significante del colectivo ausente es lograda a través de una operación hegemónica, la que permitirá la presentación de la particularidad de un grupo como la encarnación que hace referencia al orden comunitario ausente, no realizado. En *LRP*, Laclau nos esclarece el concepto diciéndonos que si bien

“la noción de un ‘significante sin significado’ es para comenzar inadecuada, (...) sólo podría significar ruido, (...) existe un punto, dentro del sistema de significación, que es constitutivamente irrepresentable; que (...) permanece vacío, pero es un vacío que puede ser significado porque es un vacío dentro de la significación” (Laclau, 1996:136).

Será la inclusión del concepto de significante vacío lo que permitirá a Laclau reintroducir en la discusión de la concepción de hegemonía la dimensión estrictamente política. Esta categoría de “significante vacío” ya había sido utilizada en *HyES* aunque en ese texto todavía sin alcanzar una distinción tajante respecto de la de “significante flotante”. Tal es, justamente, una de las innovaciones de *LRP*: mientras que el significante “vacío” condensa una única cadena equivalencial en un ámbito en el que la frontera entre los dos campos políticos es estable, el significante “flotante” implica, por el contrario, la movilidad de dicha línea divisoria y la tensión entre dos cadenas de equivalencias que disputan su sentido. Sin embargo, Laclau advierte que

“en la práctica (...) la distancia entre ambas no es tan grande. Las dos son operaciones hegemónicas y, lo más importante, los referentes en gran medida se superponen. Una situación en la cual sólo la categoría de significante vacío fuera relevante, con exclusión total del momento flotante, sería una situación en la cual habría una frontera completamente inmóvil, algo difícil de imaginar. Inversamente, un universo puramente psicótico en el que tuviéramos un flotamiento puro sin ninguna fijación parcial, es también impensable. Por lo tanto, significantes vacíos y flotantes deben ser concebidos como dimensiones

parciales –y por lo tanto analíticamente delimitables– en cualquier proceso de construcción hegemónica del ‘pueblo’ ” (Laclau, 2009: 167-168).

Frente a la pregunta-crítica que Howarth formula acerca de la noción laclausiana de punto nodal y significante vacío, “¿son sinónimos, al ser el último un refinamiento del primero, o refieren a dimensiones diferentes de la realidad social”? (Critchley y Marchart, 2009:397), Laclau responde que la distinción radica en que el primero se refiere a la función articuladora mientras que el segundo se relaciona con la vacuidad del significante en lo que respecta a su significación universal.

La teoría de los significantes elaborada por Laclau se ve complejizada finalmente con la adición a la misma de la noción de *significante Amo*. En el Prefacio a la segunda edición en español de *HyES* escrito en 2002, Laclau reconoce el aporte de la teoría lacaniana al brindar herramientas decisivas en la formulación de su teoría de la hegemonía con la noción de *point de capitón* o *significante Amo*, último concepto que introduce en la teoría de los significantes y que en sus primeros escritos como *HyES* y *Emancipación y diferencia* no figuraba y tampoco era asociado el *point de capiton*. El significante amo

“implica la noción de que un elemento particular asumen una función ‘universal’ estructurante dentro de un cierto campo discursivo (...) sin que la particularidad *per se* del elemento predetermine a esta última. (Laclau y Mouffe, 2004: 11-12).

Que un significante sea adjetivado como *amo* no significa que tenga un significado básico, independiente a toda articulación discursiva. En el ejemplo acerca de la significación que adquiere el significante “negro” en el contexto político de Sudáfrica, Laclau afirma que el mismo constituirá un significante amo ya que organizará todo el conjunto de posiciones discursivas y su significado dependerá de su posición dentro de la cadena significativa. (Laclau, 2003). En la respuesta que Laclau elabora al conjunto de ensayos compilados en “*Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*” publicada en el

año 2008, sostiene que la característica de un significativo amo es su eficacia hegemónica al erigirse como punto donde aparece lo universal reconciliado consigo mismo. En términos de Laclau, sería el punto de la “universalidad plena y transparente, o de otra manera, la plenitud ausente, inalcanzable, siendo su función la de suturar el discurso” (Laclau, 2008: 392). El significativo amo no es el que “más” significa, sino que es el significativo puro. En el análisis que E. Balibar realiza en “*Lugares y nombres de la verdad*”(1995) habla de las *maîtres-mots* –palabras maestras- las cuales están investidas de una potencia nueva de fundación o de dirección, constituyen el lugar de la “verdad”. Es el lugar donde el discurso se detiene y hace aparecer aquello que le da el carácter de verdadero. Precisamente el punto de sutura es aquel donde aparece la plenitud y aflora la verdad.

4- Reconceptualización de la categoría laclausiana de hegemonía

Luego de haber bosquejado las principales nociones básicas de lo que constituye la teoría de la hegemonía, a continuación intentaremos dar cuenta de los aportes que un enfoque de la hegemonía nos brinda para analizar los problemas contemporáneos políticos. Según Laclau, la hegemonía conforma más que una categoría en tanto se erige como el terreno donde toda relación política se constituye. Es el basamento y condición de posibilidad de la existencia de lo político en tanto institución del orden social, de la política, es decir, el propio funcionamiento de lo instituido y de las identidades colectivas. La relación entre universalidad y particularidad, entre necesidad y contingencia, entre el nivel ontológico y el nivel óntico, que comienza a

delinearse desde los orígenes de la teoría marxista tal como lo explica Laclau¹⁵, sobrevuela toda su obra, desde sus primigenios trabajos hasta los más recientes.

En este juego dialéctico, las lógicas de la diferencia y de la equivalencia, dos formas de construcción de lo social, juegan un rol significativo: el primer movimiento consiste en la articulación de las particularidades a partir de una diferencia mientras que el segundo implica una claudicación parcial de las particularidades destacando lo que todas tienen en común, lo cual implica el trazado de una frontera antagónica. Hay que tener en cuenta que la equivalencia no elimina las diferencias, sino que las debilita, siguen operando dentro de esa lógica. Ambas lógicas son incompatibles entre sí pero se necesitan mutuamente como condiciones necesarias para la constitución del orden social.

Para llevar a cabo dichas operaciones, es imperioso la producción de significantes tendencialmente vacíos, los cuales “mientras mantienen la incomensurabilidad entre universal y particulares, permite que los últimos tomen la representación del primero” (Laclau, 2003: 62) La representación es constitutiva de la relación hegemónica: la eliminación de toda representación es la ilusión que acompaña a la noción de emancipación total. Para que exista una relación hegemónica el concepto no puede tener una primacía sobre el nombre, porque de esta manera la producción de significantes tendencialmente vacíos no se llevaría a cabo. Como lo expresa Laclau,

“para tener hegemonía necesitamos que los objetivos sectoriales de un grupo actúen como el nombre de una universalidad que los trasciende, ésta es la sinécdoque constitutiva del vínculo hegemónico. Si el nombre (significante) está tan unido al concepto (significado), no hay posibilidad de desplazamiento en la

¹⁵ Según Laclau, la introducción de la “Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel” escrita por Marx podría considerarse “el grado cero de la hegemonía” en donde toda particularidad desaparecería para encarnarse en una universalidad pura, sin mediación” (Laclau, 2003:49).

relación entre los dos, no podemos tener ninguna rearticulación hegemónica”
(Laclau, 2003: 63).

Lo universal es un lugar vacío, una falta que solo puede ser llenada por lo particular que es contingente, pero es debido a esta vacuidad que produce efectos en la estructuración de las relaciones sociales. Llenar ese vacío es imposible pero el intento es necesario para que pueda hablarse de una relación hegemónica. La plenitud de la sociedad es un objeto imposible que sucesivos contenidos contingentes tratan de personificar a través de desplazamientos catacréticos, es decir, desplazamientos por medio de los cuales la nominación va mas allá de lo que es nombrable. Como sostiene Laclau, si

“el proceso de representación (...) tiene una función constitutiva, en ese caso, en el proceso de representación vamos a estar en el campo de la catacrexis, porque vamos a estar creando algo en sentido figural (...) al cual no corresponde literalmente ningún referente” (Laclau, 2003:6).

Luego del recorrido de este capítulo, estamos en condiciones de afirmar que la categoría de hegemonía nos muestra las potencialidades que nos brinda para comprender no sólo los procesos y fenómenos instituyentes de lo social, su funcionamiento y reproducción y los procesos de dominación y conformación de los sujetos e identidades políticas sino también las condiciones en las que se construyen discursos políticos y sus efectos en términos de eficacia hegemónica. Por supuesto, para ello es fundamental que la categoría de hegemonía sea complementada con otras categorías teóricas provenientes de la teoría laclausiana que desarrollaremos a lo largo de este trabajo, como es el *antagonismo* y el *populismo*.

5- Críticas y discusiones a propósito de la teoría de la hegemonía laclausiana

La obra de Laclau y su concepción de hegemonía provocaron una serie de debates en la teoría política contemporánea.

Una de las primeras críticas efectuadas a los lineamientos incipientes de lo que constituiría luego la teoría de la hegemonía laclauiana fue encabezada por Nicos Mouzelis (1978). Cuestiona el hecho de que Laclau analice en sus primeros trabajos (Laclau, 1978) las prácticas hegemónicas en un vacío institucional, omitiendo la construcción de un aparato conceptual que pueda explicar y analizar las instituciones sociales.

Otra de las críticas concisas efectuadas con anterioridad a la publicación de *HyES* provino de los trabajos de A. Borón y O. Cuellar (1983), quienes sostuvieron que la teoría de Laclau constituía uno de los esfuerzos más interesantes tendientes a fundamentar una teoría política marxista despojada de elementos reduccionistas tal como Laclau caracterizaba la teoría marxista desarrollada hasta Gramsci. En palabras de los autores,

“la discusión sobre la hegemonía ha merecido la atención preferente de una serie de autores, pero ha sido Ernesto Laclau quien ha logrado articular de una manera integral toda una densa problemática teórica, presente, en grado variable, en algunas de las demás contribuciones” (Borón y Cuellar, 1983: 4).

No obstante dicho esfuerzo, Borón y Cuellar afirman que dicha tentativa teórica terminó cayendo en el idealismo. Al poner en tela de juicio el marxismo por su reduccionismo de clase y la concepción empirista de las clases -las cuales ya fueron analizadas al comienzo de este capítulo- Laclau habría elaborado su teoría de la hegemonía poniendo en cuestión “las bases mismas del marxismo al presentárselo en la imagen de un reduccionismo al que solo habría escapado Gramsci”, (Borón y Cuellar, 1983:4), tal como analizamos previamente. Asimismo, Laclau, en opinión de Borón, habría erigido al reduccionismo como un enemigo poco relevante que carecería de importancia en la discusión científica que atañe a esta problemática. A continuación, pasaremos revista

de las críticas que Borón y Cuellar realizan a la concepción de la hegemonía construida por Laclau según el orden que realizamos en nuestra exposición.

En primer lugar, respecto al corte que Laclau encuentra entre la introducción del concepto de hegemonía en la teoría leninista y la reconceptualización de Gramsci a través de los conceptos “bloque histórico”, “voluntad nacional-popular” y “articulación”, que consistiría en una superación de la concepción “estrecha” leninista, los autores demostrarán en su artículo que “el supuesto neo-estructuralista de la ruptura teórica entre Lenin y Gramsci es falso (...) sólo si se lo abandona habrá posibilidades objetivas de desarrollar una teoría materialista de la hegemonía” (Borón y Cuellar, 1983:21) Esta afirmación la argumentan a partir de la idea de que los planteamientos de Lenin y Gramsci podrán ser divergentes en varios aspectos pero precisamente en la problemática de la hegemonía sus concepciones son “significativamente coincidentes”: comparten una base clasista de la teoría de la hegemonía; la alianza de clases (en Lenin) y la articulación (Gramsci) van en la misma línea de análisis al reconocer ambos que la hegemonía proletaria debería ceder parte de sus intereses para incorporar los intereses de las masas y otras capas sociales; la importancia del partido de vanguardia en su función directiva-política (Lenin) y educadora-ideológica (Gramsci) para recomponer la hegemonía; la relación entre la hegemonía y la dictadura del proletariado.

Tal como sostiene Borón en un artículo posterior (1996),

“Donde Laclau y Mouffe se equivocan (...) es en su apreciación de que en Gramsci los sujetos políticos se difuminan en enigmáticas voluntades colectivas y en su negación del hecho de que los ‘elementos ideológicos articulados por la clase hegemónica’ tengan una pertenencia de clase necesaria” (Borón, 1996:16).

Por lo tanto, Borón desestima la recuperación que en teoría hubiera hecho Laclau de la teoría gramsciana en detrimento de la leninista para su formulación de la teoría de la hegemonía. En definitiva, luego de lo expuesto podríamos señalar que, según Borón, el ejercicio genealógico realizado por Laclau a partir del cual comienza a perfilar lo que será su teoría de la hegemonía, reposará en una lectura sesgada e incompleta de la teoría marxista.

Con respecto a la crítica althusseriana y al pasaje al post-estructuralismo, Borón indica que al rechazar la idea de determinación en última instancia y reemplazarla en su lugar por la idea de sobredeterminación para indicar la eficacia de lo ideológico (“lo discursivo” en los trabajos posteriores laclausianos) en la conformación de los sujetos y las identidades, Laclau estaría empleando el mismo mecanismo althusseriano: cambiando el sentido de las palabras, es decir, invirtiendo el estructuralismo materialista de Althusser sin resolver el problema del determinismo estructuralista que critica. Este neo-estructuralismo, diría Borón, caería en las redes del idealismo al construir su proyecto intelectual en “un” Gramsci renovador y “democrático-pluralista”.

Sin pretender una defensa a ultranza de la concepción laclausiana, debemos tener en cuenta que la crítica efectuada por Borón al cierto determinismo hallado en aquella, ha sido realizada con anterioridad a la publicación de *HyES* (1985), obra en la que expone la tesis que sería el basamento teórico más importante a lo largo de su trabajo intelectual: la imposibilidad de encontrar fundamentos últimos y esencialistas para la constitución de lo social y de las identidades colectivas, es decir, la necesidad de la contingencia en todo orden social.

Con respecto a la problemática del sujeto como algo distinto de la “clase”, la teoría de la hegemonía de Laclau se inició como una posibilidad de comprender la autonomía de las “superestructuras” en la conformación del sujeto. En los trabajos iniciales de Laclau (Laclau, 1978) lo ideológico aparecía como una superestructura que perfomaría a los

sujetos, para pasar luego a una concepción de lo ideológico como discursivo, como práctica articuladora significativa que constituiría a los agentes como sujetos, lo cual, según Borón, caería en un idealismo metafísico.

Pasando ahora al crítico artículo de Borón publicado en 1996, en éste desestima enfáticamente que Laclau y Mouffe insistan en posicionarse desde el marxismo para elaborar su teoría de la hegemonía:

“Lo que introduce un elemento inaceptable de confusión (...) es el hecho de que Laclau y Mouffe pretendan referir los frutos de su idiosincrática teorización sobre la hegemonía a un añoso tronco, el marxismo, que a estas alturas les es completamente ajeno (...) el prefijo "pos" remitiría a un dato pueril: la mera sucesión temporal (...) oculta que se trata en realidad de una ruptura y un abandono, en vez de ser la continuidad –renovada, crítica, creativa– de un proyecto teórico.” (Borón, 1996:14-15).

El abandono del que habla Borón se refiere a la concepción de lo social que sostienen Laclau y Mouffe, al concebirlo como la articulación discursiva contingente llevada a cabo por una operación hegemónica

“(...) no se comprenden las razones por las cuales Laclau y Mouffe refieren permanentemente sus elaboraciones a un aparato teórico y conceptual como el marxismo, que postula una lógica de lo social irreconciliable con la que brota de sus peculiares reelaboraciones argumentativas”.

Borón sostiene que no son los discursos hegemónicos quienes crean a los sujetos de la historia y al reducir todo al discurso no sólo se elimina la diferencia entre base y superestructura sino también la idea de una totalidad concreta y la posibilidad de una contradicción “real”, de la objetividad de toda contradicción, producto del sistema capitalista. El objeto real (por ejemplo, la explotación capitalista) debería concebirse

exclusivamente, desde la perspectiva laclausiana, argumenta Borón, como “discurso” el cual produciría a los sujetos, pareciendo excluir la dimensión coercitiva de toda dominación. Concluye su artículo catalogando a la teoría de la hegemonía como un “nuevo reduccionismo”, pero en este caso, discursivo.

En esta línea de análisis, Norman Geras (1987)¹⁶ también acusa a Laclau de caer en un “idealismo discursivo”. En coincidencia con Borón, argumenta que el pensamiento de Laclau, lejos está de poder ser denominado post-marxista debido a su completa oposición con las bases mismas del materialismo histórico.¹⁷ Los ejes sobre los que formula sus críticas giran en torno a la categoría central del andamiaje teórico de Laclau: el discurso. Geras cuestiona la definición de discurso que toma Laclau que parte de rechazar la distinción entre lo discursivo y lo extra-discursivo porque de esta manera, al negar dicha separación, se estaría negando al mismo tiempo la existencia de las entidades a las que los discursos hacen referencia. Afirmar el carácter discursivo de todo objeto, según Geras, implicaría negar la realidad externa. Laclau, cómoda e irónicamente a través del ejemplo de la construcción de un muro junto a otro albañil (Laclau, 1993), le responde que considerar todo objeto como discursivo significa que fuera de todo contexto discursivo/relacional, los objetos son meras abstracciones, son nada. Los objetos significan en la medida en están articulados discursivamente.

Alan Rush (2001) amplía estas controversias entre Laclau y Geras y sale en defensa del primero al considerar como un acierto el hecho de haber renovado la categoría gramsciana de hegemonía en una época en la que el capitalismo se ha modificado, sino en su esencia, en los efectos que produce,

¹⁶ Tal como explica Rush (2001), el intercambio tuvo estos momentos: Norman Geras: “Post-Marxism?”, *New Left Review*, N° 163, mayo-junio 1987, págs. 3-27; la réplica de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe: “Post-Marxism without Apologies”, *NLR*, N° 166, nov.-dic.1987, págs. 79-106; y la contrarréplica de Norman Geras: “Ex-Marxism without Substance: being a real reply to Laclau and Mouffe”, *NLR*, N° 169, mayo-junio 1988, págs. 34-61.

¹⁷ Una de las primeras críticas con respecto al “anti-marxismo” de Laclau y Mouffe fue la de Ellen Meiksins Wood, *The Retreat from Class. A New ‘True’ Socialism*, Londres: Verso, 1ª edic. 1986.

“en la época (...) del imperialismo global fuertemente estructurado por símbolos e imágenes, que es también una época en que la crisis sistémica y el entrelazamiento de las distintas esferas de actividad llevan a la politización general de la vida social” (Rush, 2001),

cuando Geras pareciera haberse quedado en un anacronismo al aferrarse de la tradición marxista clásica de Luxemburgo o Lenin. No obstante, Rush, contradiciendo la teoría anti-esencialista de Laclau, sostiene que los discursos políticos están entretejidos con la lógica capitalista, con una base material que no es contingente, por ende, las luchas que se erijan como contra-hegemónicas, indefectiblemente surgen contra el capital.

Por su parte, H. Veltmeyer (2006) también considera el análisis de Laclau acerca de la hegemonía como un reduccionismo afirmando que el autor, al querer combatir el reduccionismo clasista del marxismo, cae en uno de tipo discursivo: reducción de la realidad al concepto, transformando las cosas en palabras. Los aspectos contradictorios del capitalismo son convertidos desde el discurso post-estructuralista -en el que sitúa a la perspectiva laclauniana- en un problema de semiótica y de lenguaje.¹⁸ Veltmeyer concluye negando, a partir de una crítica dirigida al proyecto político de Laclau y Mouffe, que la teoría que proponen constituya un post-marxismo como ellos se adjudican. Para el autor, se trata de un abandono del proyecto marxista para lanzar otro

¹⁸ Petras (1990), en esta misma línea de análisis, considera esta desmovilización intelectual a la que alude Veltmeyer como un resultado de la perspectiva de Laclau, calificada de “ex-marxista” y “apóstata”, la cual elaboró el supuesto de la muerte del marxismo sobre la base de supuestos pseudocientíficos, fetiches y mitos y razonamientos teóricos y metodológicos “flojos”. El énfasis en la indeterminación, la contingencia y los discursos hizo perder de vista el avance del capitalismo contemporáneo, así como el protagonismo que está adquiriendo la clase trabajadora (diferente al de hace algunas décadas, pero protagonismo en fin). Para el post-marxismo, “no es la estructura del capitalismo, sino la estructura del lenguaje la calve para entender la condición de las clases en la sociedad; los símbolos se aseguran el derecho de prioridad sobre la esencia” (Petras, 1990:101), afirmación tan cuestionada por Petras.

que intente unir un esfuerzo en pro de la desmovilización intelectual y política de la lucha de clases contra el sistema opresivo. Si bien Veltmeyer reconoce que

“no hay dudas de que el libro de Laclau y Mouffe (*HyES*) persiste como un punto de referencia crítico en el debate aún vigente que rodea a lo que algunos prefieren ver como un impasse teórico, como una crisis que pone en cuestión no sólo al marxismo, también a todas las formas de análisis estructural, lo mismo que a la construcción de grandes teorías asociadas al proyecto Iluminista del siglo XVIII para establecer una mejor forma de sociedad en la cual haya progreso económico, justicia social y democracia” (Veltmeyer, 2006:1)

Sostiene que es legítimo preguntarse, como lo hizo Borón, hasta qué punto dicha perspectiva como proyecto político ha tenido un impacto en las luchas actuales y movimientos sociales, y ofrece herramientas para el análisis social y político de los procesos latinoamericanos.

Con respecto a la reconceptualización gramsciana del concepto de hegemonía, Veltmeyer, al igual que Borón, critica la interpretación que Laclau y Mouffe realizaron de aquél. Sostiene que los autores tergiversaron la perspectiva de Gramsci al desestimar la existencia y acción de la clase social dominante y dirigente formada a partir de la propiedad de los medios de producción. Su contenido de clase desaparece, disuelto en una concepción del “bloque histórico” conformada por difusos e indeterminados “sujetos sociales” y un poder encarnado en “su voluntad colectiva” y expresado por ellos bajo “condiciones históricamente específicas y concretas pero indeterminadas. El autor se pregunta,

“¿qué queda de la pretensión de Laclau de decir que el post-marxismo es una forma del marxismo, una renovada versión que captura más adecuadamente y comprende lo que otros definieron como la “condición posmoderna”? (...) ¿O,

por el contrario y como nosotros sostenemos, se trata de una abandono de este proyecto para lanzar otro distinto que, en efecto, diagrama e intenta unir un esfuerzo actualmente establecido en pro de la desmovilización intelectual y política de la lucha de clase contra un sistema opresivo y explotador?” (Veltmeyer, 2006:9).

Siguiendo esta lógica de crítica al sistema capitalista, Néstor Kohan también desestima la construcción de la concepción de la hegemonía de Laclau por eclipsar la existencia de un “enemigo” al que hay que enfrentar y considerar las diversas opresiones y luchas sociales como ajenas a las relaciones sociales capitalistas, “congeladas en su dispersión”. Kohan le critica a Laclau -y a otras perspectivas por él consideradas post-estructuralistas y post-marxistas como el análisis realizado por Žižek- concebir dichas opresiones como particularidades que sólo tienen de equivalente su negatividad frente al “otro”. En palabras de Kohan, dichas relaciones opresivas fueron enaltecidas por estas perspectivas

“en su carácter de singularidades irreducibles a toda convergencia política que las articule contra un enemigo común: la explotación generalizada, la subordinación (formal y real) y la dominación del capital. Bajo la apariencia de haber superado por anticuada la teoría marxista de la lucha de clases en función de una supuestamente ‘radicalizada’¹⁹ teoría de la multiplicidad de puntos de fuga (...) lo único que se obtuvo (...) fue una frustración política al no poder identificar un enemigo concreto contra el cual dirigir nuestros embates y nuestras luchas”. (Kohan, 2005: 86-87).

¹⁹ Con este concepto, está haciendo referencia al proyecto político propuesto por Laclau y Mouffe acerca de la “democracia radical y plural”. Para una mayor ampliación ver Laclau (2003) y Laclau y Mouffe (2004).

Parte de la crítica realizada por Kohan radica en su asimiento a la concepción leninista-gramsciana de hegemonía en cuanto a considerar a la sociedad constituida en torno a las clases sociales marxistas y lo que se deriva de ello, es decir, la necesidad de la organización política a partir de la construcción de un “bloque histórico” y la puesta en práctica de luchas contra-hegemónicas contra el capital como enemigo a eliminar. Kohan sostiene que mientras la clase dominante debe “manipular” a los sectores dominados mediante la incorporación de ciertos elementos de su cultura para que la hegemonía sea efectiva, la clase dominada no necesita recurrir a esa “manipulación”, a esa articulación de elementos, para derrocar definitivamente al “otro”. Esta idea, claramente, contradice la propuesta de Laclau no sólo en sus aspectos epistemológicos -reduccionismo/empirismo- sino también en sus aspectos teóricos -imposibilidad de sutura social y articulación de elementos y antagonismo como inherentes a todo orden social- .

En este sentido, por último, una de las críticas efectuadas por Howarth (2008), radica en la imposibilidad de extraer de la teoría de la hegemonía laclausiana la elección de un criterio para definir cuándo una relación -un proyecto político particular, por ejemplo - se ha vuelto hegemónica, es decir, en qué medida un proyecto se ha vuelto “exitoso” en universalizar un conjunto de demandas, volviendo invisibles las tensiones que persisten. Por ende, uno de los déficits de la teoría de la hegemonía propuesta por Laclau -“tarea pendiente”, según Howarth- consistiría en no haber desarrollado una teoría de la *institucionalización* de las prácticas sociales.

Luego de haber bosquejado esta serie de críticas y cuestionamientos a la teoría de la hegemonía laclausiana, vemos cómo los mismos se han dirigido no sólo a poner en tela de juicio la interpretación que Laclau y Mouffe realizaron de la noción de hegemonía gramsciana, sino también el situarla en un nivel ontológico. Entender a la hegemonía en términos discursivos ha llevado a los críticos a catalogar el planteamiento de Laclau de

“reduccionismo” y a entenderlo como un obstáculo para el cambio social desde el momento en que la lucha de clases tal como la concibe el marxismo no es la única capaz de desarrollarse en la teoría de la hegemonía de Laclau. Sin embargo, a continuación analizaremos cómo el tema del conflicto social -antagonismo- ha sido uno de los pilares sobre los que se ha concentrado la teoría laclausiana y el cual posibilita pensar en las formas de institución de lo social y de las identidades políticas.

Capítulo II: ANTAGONISMO

1- Reconstrucción de la categoría

Varias corrientes de pensamiento enmarcadas en la teoría política contemporánea han analizado el tema del conflicto social desde diversas estrategias conceptuales. Unas más orientadas a tratarlo como una característica inherente al orden social y político, otras focalizadas en dilucidar su papel en la conformación de los sujetos sociales, pasando por aquellas que intentan analizar su procesamiento a partir de la relación con las instituciones sociales y políticas. No es objetivo del siguiente capítulo realizar un análisis pormenorizado de cada una de ellas sino centrarnos en el lugar que ocupa el “conflicto social” - antagonismo- en la teoría post-marxista. Para ello realizaremos una reconceptualización de la categoría de antagonismo a lo largo de la obra teórica de Laclau, retomando sus principales aspectos.

La teoría del antagonismo comenzó a bosquejarse en *HyES* - si bien ya se habían esbozado ciertos indicios de la misma en *PITM*-, luego fue resignificada intensamente en “*Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*” (de ahora en adelante *NRR*), publicado en 1990, y por último, revalorizada y “reexplicada” en “*Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* (CHU), compilación de artículos en los que Laclau intercambia discusiones y críticas con Žižek y Judith Butler.

Dicha reconceptualización no será elaborada a partir de un criterio cronológico en relación al orden de aparición de las obras de Laclau sino que reconstruiremos la categoría de antagonismo partiendo del supuesto de que opera en diversos registros de análisis dependiendo de la dimensión que de ella se tenga en cuenta. Los niveles ontológico, óntico e “identitario” serán los campos en los que la noción de antagonismo operará y a través de los cuales se irá desplazando, provocando ciertos equívocos en

cuanto a su status y alcance teórico. Con el objeto de rescatar de la categoría de antagonismo en tanto herramienta teórica, en el siguiente pasaje analizaremos cómo dichos desplazamientos van ocurriendo y qué usos de la noción se van alternando en la obra laclausiana. A lo largo de este capítulo, seguiremos esta hipótesis de lectura para poder comprender esta categoría tan desarrollada por Laclau en su obra teórica.

2- Lo ontológico: dislocación y heterogeneidad como condiciones de posibilidad

Como hemos visto anteriormente, el momento de lo político constituye aquel en el cual se revela la contingencia del lo instituido y se abre la posibilidad de pensar en órdenes alternativos. Siguiendo la distinción de Husserl entre sedimentación y reactivación, Laclau sostiene que el antagonismo podría ubicarse del lado del segundo ya que constituye la instancia en la que se hace plenamente visible la idecibilidad del sistema de otras posibilidades al orden ya establecido y la posibilidad de institución de un nuevo orden. A través del antagonismo es que se revela la contingencia de éste y se resuelve la elección de las alternativas a través de relaciones de poder. En palabras del autor, “no entiendo por lo político ningún tipo de área regional de acción, sino la construcción contingente del nexo social”. (Laclau, 2006:28). El orden establecido, sedimentado, cuyos orígenes son olvidados, es denominado por Laclau “lo social”. La distinción entre lo social y lo político es constitutiva a las relaciones sociales y esta frontera entre uno y otro se desplaza constantemente.

La noción de antagonismo es resaltada por su función en el proceso instituyente del orden, la cual tiene efectos concretos sobre lo social. La imposibilidad de sutura social, como vimos en el capítulo anterior, ofrece la posibilidad de poner sobre el tapete la opción de pensar en órdenes alternativos, de recordar la contingencia y heterogeneidad propia de todo ordenamiento, de reactivar el orden social. Esta grieta o falla es inherente

al orden social y posibilita la apertura de lo político, un nuevo momento “refundador” y por ende el surgimiento de los antagonismos sociales. La idea que reverbera a lo largo de la obra de Laclau es que es a partir del antagonismo en el registro ontológico en el que se hace plenamente visible el carácter indecible y contingente de las alternativas, en donde lo político, su resolución a través de relaciones de poder, juega un papel trascendente. Como sostiene Laclau, “el antagonismo tiene una función *revelatoria* ya que a través de él se muestra el carácter en última instancia contingente de toda objetividad” (Laclau, 1993:35). El antagonismo, en este sentido, constituye el límite de toda objetividad. Es por la existencia de los antagonismos que la “sociedad” no puede constituirse completamente, de ahí la “imposibilidad de la sociedad” de la que hablábamos anteriormente. Es en *HyES* donde se expresa con mayor énfasis esta noción de antagonismo ubicado en un nivel ontológico: muestra el carácter instituyente y contingente de lo social. El antagonismo no tiene un sentido objetivo sino que es aquello que impide constituir a la objetividad en cuanto tal.

Esta falla o “grieta” estructural que presenta todo ordenamiento es la condición de posibilidad de pensar diversas formas de rupturas y subversión del orden el cual está condenado a la repetición, lo cual es denominado por Laclau “espacialidad”, por contraposición a la “temporalidad”, que constituye el momento de la dislocación.²⁰ La dislocación es la forma de la temporalidad, por oposición a la espacialidad en donde la repetición estructura el espacio. (Laclau, 1993). No debe confundirse contradicción con dislocación. La primera es un momento necesario de la estructura y es, por lo tanto, interior a ella. La contradicción tiene un espacio de representación. La dislocación, no es un momento necesario para que la estructura se modifique sino que es el fracaso de la constitución de ésta, es pura temporalidad y abre posibilidades para la transformación de la estructura. Volvemos a la misma paradoja de la que hablábamos al inicio acerca

²⁰ El concepto de dislocación empleado por Laclau constituye una radicalización de la noción de crisis orgánica propuesta por Gramsci.

del antagonismo: si por un lado la dislocación es una de las condiciones de posibilidad de la institución de todo orden social, al mismo tiempo constituye un factor de quiebre de aquél que habilita pensar en nuevas formas de orden social, nuevas posibilidades de acción histórica.

Aquí cabría preguntarse cuál es la relación entre antagonismo y falla porque si por un lado la falla constitutiva del orden pareciera una condición de posibilidad para el surgimiento del antagonismo, por otro lado se puede considerar, a raíz del planteamiento de Laclau, que es el antagonismo el que produce constantes grietas en el orden y por ende, imposibilita un cierre definitivo del mismo. Y paralelamente, podríamos preguntarnos si acaso el antagonismo no constituiría el nombre de la falla inherente a todo orden social. Estos supuestos parecieran superponerse en los escritos de Laclau y precisamente esta indefinición del concepto proviene de los diversos usos que la noción de antagonismo conlleva en la teoría laclausiana así como de la dificultad de la teoría política contemporánea al momento de explicar ciertos aspectos ontológicos del orden social.

Estos intentos por comprender cómo se instituye el orden han conducido a que diversas disciplinas y corrientes teóricas ajenas -pero posibles de ser relacionadas- a la teoría política intentaran un tratamiento de los mismos desde otras categorías. El caso del psicoanálisis es paradigmático. Como sostiene Stavrakakis,

“lo político parece adquirir constantemente una posición paralela a la de lo Real lacaniano; no puede dejar de impresionar el hecho de que lo político se revela como una modalidad particular de lo real. Lo político se convierte en una de las formas de encuentro con lo real”. (Stavrakakis, 2007:114).

El mismo Laclau reconoce el “parecido de familia” con la teoría de Lacan al afirmar que “si bien nuestro análisis del antagonismo no se deriva de la teoría lacaniana, puede superponerse en gran medida con la noción de Lacan de lo Real como un núcleo básico

que resiste la simbolización” (Laclau, 2003:83). En este sentido, Laclau piensa la construcción del orden social retomando la noción lacaniana de lo *Simbólico*, es decir, de la inscripción a partir del discurso, inscripción que es subvertida constantemente por lo *Real*, el cual impide el pleno cierre.

Lo Real lacaniano es aquello que resiste a toda simbolización, causando la falla eterna propia de toda estructura e imposibilitando su cierre total. Lo Real se sitúa como límite interno de lo simbólico, es la negación imposible de erradicar, en torno al cual fracasan todos los intentos de simbolización. Como sostiene Laclau en relación al discurso como intento de cierre, “el antagonismo escapa a la posibilidad de ser aprehendido por el lenguaje en la medida en que el lenguaje sólo existe como intento de fijar aquello que el antagonismo subvierte” (Laclau y Mouffe, 2004: p.169) y posteriormente sostiene que “nuestra noción de antagonismo como límite de la objetividad es otra forma de denominar lo Real y su condición previa es que nos alejemos de cualquier espacio suturado “A-no A” (Laclau, 2006:27). Es necesario tener en cuenta que para Laclau esta “subversión” de la estructura a partir del antagonismo no viene dada por la acción de un sujeto en particular tal como afirma el marxismo acerca de una clase fundamental. Aquí es necesario remitir a la categoría ontológica de heterogeneidad social con la cual Laclau se refiere a la proliferación de diferencias sociales.

La heterogeneidad constituye el presupuesto irreductible para que exista el antagonismo ya que denota la imposibilidad de captar completamente lo conceptual. Como afirma Laclau, los dos polos del antagonismo están interconectados entre sí pero son heterogéneos, remiten a distintos campos de representación ya que el antagonismo tiene lugar entre la relación de producción y algo externo a ella. Como la sociedad está entrecruzada por antagonismos, la heterogeneidad existe en el centro mismo de las relaciones sociales. “Un antagonismo surge de una heterogeneidad insuperable, lo cual implica que la relación antagónica es conceptualmente inaprensible”. (Laclau, 2006:24).

Heterogeneidad es otro nombre para lo Real, ya que el antagonismo implica un exterior radical que no puede ser dominado simbólicamente. (Laclau, 2006).

Siguiendo un trabajo de S. Barros (2006) para clarificar el concepto de heterogeneidad, podemos relacionar este concepto con el de *espectralidad* proveniente de la obra de Derrida “*Espectros de Marx*” (Derrida, 1995). Este hace referencia a lo constitutivo de las totalidades sociales, que desajusta toda posible representación y al estar siempre presente es un espectro, que se mantiene como amenaza a todo intento de institucionalización plena. Un espectro se mueve entre dos extremos, cuerpo y espíritu, contaminados por la imposibilidad de decidir entre ambos. Como afirma Derrida,

"el espectro no es sólo el fantasma, el (re)aparecido, lo que a contratiempo vuelve a recordarnos una herencia, sino también lo que no está ni muerto ni vivo, lo que no es real ni irreal, lo cual reintroduce la dimensión de lo fantasmático dentro de lo político y nos ayuda asimismo a entender algunas estructuras del espacio público” (Derrida, 2001).²¹

Esta heterogeneidad se expresa en el hecho de no poder definir a priori qué sujeto será el protagonista del antagonismo. Con esta idea de heterogeneidad, Laclau está discutiendo con el reduccionismo y determinismo de clase analizado en el capítulo anterior²². Laclau afirma en *NRR* que

“la lucha de clases no puede darse por sentada como la forma necesaria que deba asumir la conflictividad social. La pregunta previa y más fundamental es ¿hasta qué punto los enfrentamientos colectivos que construyen la unidad de las posiciones de sujetos de los agentes sociales constituyen a estos últimos como clase? La respuesta será evidentemente distinta en cada caso específico” (Laclau, 1993:54)

²¹ Fragmento extraído de una entrevista televisiva realizada a Derrida (2001).

²² Cuando abordemos la temática del populismo desde la teoría laclausiana, veremos cómo el concepto de heterogeneidad asumirá otra dimensión en relación a las demandas sociales.

Esta afirmación acerca de la no necesidad de un sujeto de clase como protagonista de las luchas es enfatizada por Laclau en *CHU* al responder a una serie de críticas provenientes de Žizek, quien sostiene que no todos los antagonismos tienen el mismo peso ontológico, siempre hay uno -el de clase- que sobredetermina al resto de los conflictos (Retamozo, 2006a). Žizek se pregunta ante un contexto en el que surge una pluralidad de antagonismos, “¿no hay siempre una lucha que, aunque parezca funcionar como una en la serie, efectivamente provee el horizonte de la serie como tal? “ (Žizek, 2003: 105). Según Laclau, y respondiendo a este interrogante, la teoría de las clases en el marxismo no da cuenta de la heterogeneidad social que existe por fuera de la contradicción principal entre burguesía y proletariado. La puesta en valor de la heterogeneidad social permite un análisis de la sociedad que ponga de relieve la articulación de demandas en cadenas equivalenciales para plantear una oposición global a un determinado sistema. Y en relación a esta idea, en otro artículo posterior Laclau sostiene que

“El capitalismo contemporáneo genera todo tipo de desequilibrios y áreas críticas: crisis ecológicas, marginalidad y desempleo, desniveles en el desarrollo de diferentes sectores de la economía, explotación imperialista, etc. Eso significa que los puntos antagónicos van a ser múltiples y que cualquier construcción de una subjetividad popular tendrá que comenzar a partir de esa heterogeneidad. Ninguna limitación basada en una estrecha noción de clase servirá a esos efectos” (Laclau, 2006:25).

Hasta ahora hemos visto la noción de antagonismo en un nivel de análisis ontológico influenciada por la perspectiva post-estructuralista. Podemos afirmar, entonces, que el antagonismo es al mismo tiempo estructurador del orden social y desestabilizador del mismo al ser el momento de institución y dislocación respectivamente: pensar la conformación del orden y al mismo tiempo, su reverso, el conflicto. Esto nos lleva a

pensar el doble papel que juega la categoría de antagonismo en un nivel ontológico, de constitución y “desinstitución” del orden social.

A continuación veremos cómo aquella sufre desplazamientos hacia otros registros de análisis. En la obra primigenia de Laclau *PITM* la categoría de antagonismo sí estará definida más en términos marxistas que post-estructuralistas, lo cual llevará a ubicarla dentro del registro de lo sociológico e identitario, dejando de lado el plano ontológico que venimos analizando.

3- El registro sociológico-óntico

Si bien hemos analizado la noción de antagonismo a partir de la obra *HyES* y *NRR*, dicha categoría fue introducida por Laclau en 1977 en su trabajo *PITM* con el objeto de estudiar el fenómeno populista en tanto articulación discursiva a partir de la cual surgía la contradicción pueblo/bloque de poder. Esta contradicción, al depender de la contradicción determinante en última instancia proletariado/burguesía, dada en el nivel de las relaciones de producción, era, según Laclau, susceptible de ser articulada a ambos actores de la lucha de clases en base a sus respectivos intereses estratégicos. Quedaba así explicado el carácter intrínsecamente ambiguo del populismo, es decir, su capacidad de recibir tanto una dirección revolucionaria como conservadora.

El antagonismo pueblo/bloque de poder²³ entendido como la contradicción dominante respecto de la formación social es de raíz althusseriana. Laclau incorporó en su análisis la categoría de antagonismo con el objeto de superar el reduccionismo que implicaba identificar las clases con el grupo observable. Como lo hemos analizado en el capítulo anterior, Laclau proponía definir las clases no a partir de un principio económico, político e ideológico, sino determinadas por la forma (y no contenido) a partir de un

²³ Profundizaremos esta idea en el siguiente capítulo al abordar la teoría del populismo desde la perspectiva laclausiana.

principio articulador. De todas maneras, en ese texto Laclau siguió inspirado en el marxismo y mantuvo la categoría de “clases”, que con el transcurrir de los años, será sustituida por el de heterogeneidad social tal como vimos en el apartado anterior, para dar cuenta de la multiplicidad de sujetos y demandas que surgen en el espacio político. El mismo Zizek sostiene que en *HyES* aún persiste la dimensión económica marxista como punto de anclaje ontológico para las luchas por la hegemonía. (Zizek, 2003).

Esta idea de antagonismo asociada a la lucha de clases fue resquebrajándose a lo largo de la obra intelectual de Laclau hasta adoptar una completa resignificación en su trabajo *HyES*. Nuevas influencias tales como las de Derrida, Lacan y Wittgenstein, producirán un giro en el pensamiento de Laclau que lo alejará de la perspectiva althusseriana que había constituido una gran influencia teórica. Con la aparición de este libro, el acercamiento a la cuestión sufre una profunda transformación. La concepción althusseriana resultaba ahora inconsistente con el principio de negatividad de lo social asumido por Laclau y Mouffe por implicar una concepción esencialista y racionalista de las instancias estructurales, las identidades políticas y las relaciones sociales.

El interés en *HyES* consiste, por ende, en desentrañar el status de la categoría de antagonismo que en opinión de Laclau fue desatendido por el marxismo y por las diversas “teorías del conflicto”, perspectivas que dieron por sentado en qué consistía el antagonismo y pasaron a analizar sólo porqué surgen aquellos y qué modalidad adquieren en el orden social.²⁴ El análisis que el marxismo había realizado acerca de la relación entre las nociones de contradicción, oposición y lucha es discutido por Laclau y revisado con el objetivo de cuestionar, nuevamente, el reduccionismo imperante en el marxismo, el cual oscurecía el análisis de las relaciones sociales contemporáneas.

²⁴ Más aún, Laclau afirma la necesidad de cuestionar aquellas perspectivas que sostienen la desaparición de los conflictos y antagonismos sociales en el capitalismo contemporáneo, como los análisis de U. Beck y A. Giddens, conocidos como “Tercera Vía”. (Laclau y Mouffe, 2004).

Laclau, a partir del análisis profundo que había realizado Lucio Colletti acerca de las nociones de “contradicción” y “oposición”, desarrollará una teoría del antagonismo que explique la constitución del vínculo antagónico *tout court* para diferenciar a éste de aquellas relaciones y prácticas que sólo pueden ser consideradas como contradicciones u oposiciones. En este sentido, la noción de antagonismo que desarrolla en discusión con el marxismo, se ubica en el registro relacionado con lo sociológico en el sentido de constituir una herramienta para comprender las relaciones sociales y los procesos contemporáneos. Vemos de esta manera cómo en la misma obra, la noción en cuestión se ubica en un continuo que va desde un nivel ontológico a uno de índole sociológica.

Colletti, influenciado por la filosofía kantiana, sostenía la necesidad de distinguir entre *oposición* (real) y *contradicción* (lógica). La primera hacía referencia a la positividad propia que tiene cada elemento de la relación, independientemente de la relación entre ellos, es decir, cada elemento tiene lugar en el campo de los objetos reales, su existencia no se debe a su relación con otros elementos, sino que existe independientemente. En palabras de I. Kant, “en toda oposición real ambos predicados deben ser positivos, pero en tal forma que sus consecuencias, en su unión en el mismo sujeto, se anulen mutuamente” (citado por Laclau y Mouffe, 2004:165). En la contradicción, por el contrario, cada elemento *es* en relación a los otros elementos, por ende, el vínculo de la contradicción será lógico, no real, ya que la relación ocurre a nivel conceptual. Según Colletti, el marxismo habría confundido los antagonismos con contradicciones, cuando este concepto hace referencia a una cuestión lógica más que real. Así, argumenta que el marxismo tendría que haber hablado de oposiciones. Laclau parte del problema planteado por Coletti para ubicar su noción de antagonismo fuera de las dos definiciones analizadas, como contradicción y oposición. La crítica que Laclau realiza a Colletti es concebir sólo la posibilidad de la dicotomía oposición-contradicción, realidad-pensamiento. Según Laclau, el antagonismo no podría definirse

como una oposición real ya que “no hay nada de antagónico en un choque entre dos vehículos, es un hecho material que obedece a leyes físicas positivas”. (Laclau y Mouffe, 2004: 166). Tampoco podría ubicarse todo antagonismo como contradicción, ya que “todos participamos en numerosos sistemas de creencias que son contradictorios entre sí y, sin embargo, ningún antagonismo surge de estas contradicciones”. (Laclau y Mouffe, 2004: 166). Es decir, el antagonismo tampoco podría caracterizarse como contradicción, ya que, tomando la crítica de Popper a la dialéctica hegeliana (la realidad como contradicción), existen contradicciones en la realidad las cuales no llevan necesariamente al surgimiento de antagonismos.²⁵

Tanto la oposición como la contradicción comparten una serie de aspectos de los que carece todo vínculo antagónico: ambos son relaciones objetivas entre objetos reales y entre objetos conceptuales y las identidades de los elementos que conforman la relación son plenas. En una relación antagónica, por el contrario, los elementos que la componen no poseen una identidad acabada y suturada ya que la presencia del Otro me impide ser yo mismo pero no por una contradicción lógica, ya que el Otro realmente existe; tampoco puede ser una oposición ya que por más de que ambos elementos de la relación existan, cada uno *es* en relación al otro. Laclau nos explica su concepción de antagonismo a través de un ejemplo utilizado en la teoría marxista, a partir del cual niega que las relaciones capitalistas de producción sean intrínsecamente antagónicas: de la relación entre el comprador y el vendedor de la fuerza de trabajo no se desprende lógicamente un antagonismo. Para que lo hubiera es necesario que el obrero –vendedor de la fuerza de trabajo- se *resista* al interés que conlleva el comprador de la fuerza de trabajo, es decir, la extracción de plusvalía basada en un cambio desigual. De la categoría vendedor fuerza de trabajo no se desprende automática y lógicamente la

²⁵ El mismo Laclau se autocorrige cuando aclara que gracias a los comentarios de Emilio De Ípola con respecto a esta temática cayó en la cuenta de que la concepción de antagonismo asimilado al de contradicción esbozada en un artículo titulado “Populist rupture and discourse” de 1980 era errónea. (Laclau y Mouffe, 2004)

existencia de una resistencia. Laclau no niega la existencia de conflictos entre los empresarios y trabajadores pero sí rechaza la idea de que la relación capital-trabajo sea considerada intrínsecamente antagónica ya que sostiene que esas categorías remiten, en última instancia, a categorías económicas. La identidad del trabajador no se desprende directamente de su posición en las relaciones de producción, es decir, como vendedor de su fuerza de trabajo. El antagonismo no tiene lugar al interior de la relación de producción sino entre la relación de producción y lo que el agente social es por fuera de ella, por ejemplo, un consumidor. Las relaciones de producción no son intrínsecamente antagónicas, por lo tanto, inclusive afirmando su primacía, no implica afirmar a priori la lucha de clases. Como explica Laclau,

“si tiene que existir antagonismo, su causa no puede ser interna a las relaciones de producción sino que se la debe buscar en algo que es el trabajador fuera de esas relaciones, algo que está amenazado por ellas: el hecho de que debajo de un cierto nivel de salario el trabajador no pueda llevar una vida decente y demás (...) la actitud del trabajador *frente* al capitalismo dependerá por entero de cómo esté constituida su *identidad* (...) no hay nada en las demandas de los trabajadores que sea *intrínsecamente* anticapitalista”. (Laclau, 2003b:204).²⁶

Con la aparición de *NRR*, publicado en el año 1990, Laclau profundiza en esta idea de antagonismo presentada en *HyES* (y luego “redefendida” por Laclau como vimos recientemente en *CHU*) pero en una dirección que dentro de nuestra exposición se remitiría al campo exclusivamente de lo sociológico ya que habilita a pensar el surgimiento de una pluralidad de antagonismos y sujetos sociales.

Si en *HyES* el antagonismo hacía referencia fundamentalmente a la dimensión instituyente del orden social mostrando la posibilidad y, simultáneamente la imposibilidad de la construcción de una totalidad social cerrada, en *NRR* presentará las

²⁶ Esta afirmación constituye la respuesta que Laclau elabora a la crítica realizada por Žižek acerca del status de la lucha de clases y su desestimación en la obra laclausiana, la cual será abordada más adelante.

condiciones de posibilidad de la emergencia de diversos antagonismos a partir de las relaciones de subordinación. En *HyES* el objetivo era deconstruir y subvertir la teoría marxista proponiendo una categoría de hegemonía, y por ende, de antagonismo, en clave negativa. En cambio, tal como sostiene Laclau, en *NRR*

“(...) el argumento es presentado en positivo (...) intenta presentar la *negatividad* inherente a todo antagonismo que impide fijarlo a priori en ninguna teorización positiva acerca de la objetividad de los agentes sociales, el terreno histórico de la proliferación de antagonismos en las sociedad contemporáneas”. (Laclau, 1993: 20-21).

La negatividad de la que habla se aleja de la dialéctica hegeliana, es decir, posible de ser reabsorbida o sintetizada en una unidad superior constituyendo el último movimiento de la dialéctica positivo. Al ser la negatividad constitutiva y reveladora del límite de la objetividad, no es por lo tanto, “dialectizable”. Como un punto de continuidad con lo propuesto en *HyES*, el antagonismo es entendido como la relación entre dos objetividades en la que una es negada por la otra. Laclau sobre el final del libro sostiene que ha utilizado el término “antagonismo” en singular para simplificar el argumento lo cual no significa que el antagonismo surja en un solo ámbito o a partir de *una* relación de subordinación, sino que cualquier posición en un sistema de diferencias en la medida en que es constituida como negatividad puede constituirse en locus de antagonismos. En palabras de Laclau,

“cuando hemos hablado de antagonismo lo hemos hecho hasta este punto en singular (...). Pero está claro que el antagonismo no surge necesariamente en un solo punto. Cualquier posición en un sistema de diferencias, en la medida en que es negada, puede constituirse en sede de un antagonismo. Está claro que hay una multiplicidad de posibles antagonismos en lo social, muchos de ellos de signo contrario. El problema importante es que las cadenas de equivalencia que habrán

de constituirse a partir de cada uno de ellos serán radicalmente distintas.”

(Laclau y Mouffe, 2004: 174).

Esta “simplificación” del argumento de la que habla Laclau creemos, por el contrario, que constituye un punto de complejidad en su teoría del antagonismo. Partimos del supuesto de que al hablar de antagonismo en singular, Laclau se estaría refiriendo al registro de lo ontológico, como límite de toda objetividad social, mientras que en *NRR* dicha categoría, al expresarse en términos plurales y concebir la posibilidad de múltiples antagonismos, realizará un desplazamiento hacia el registro sociológico y como veremos más adelante, al nivel de las identidades colectivas.

A raíz de las características que el capitalismo contemporáneo ha venido adquiriendo, Laclau sostiene que el espacio político se ha multiplicado y dividido en varios espacios y posiciones de subordinación, lo cual dificulta su articulación. La pregunta por el orden social que nos planteamos al comienzo del capítulo y a partir de la cual la noción de antagonismo operó como posibilidad/imposibilidad del mismo, nos lleva a preguntarnos por la constitución de los sujetos y la conformación de las identidades sociales ya que la misma lógica de posibilidad-imposibilidad, necesidad-contingencia, debe ser adoptada para pensar el surgimiento de procesos de subjetivaciones y la relación entre la “estructura” y el “agente”, tema tan estudiado por la teoría sociológica desde el siglo XIX en adelante. Según Laclau,

“En nuestro análisis (...) el lugar del sujeto es el lugar de la dislocación. (...)

Lejos de ser el sujeto un momento de la estructura, él es la resultante de la imposibilidad de constituir la estructura como tal-es decir como objetividad. (...)

Para nosotros (...) la posibilidad de una transformación socialista y democrática de la sociedad depende de una proliferación de nuevos sujetos del cambio, lo cual solo es posible si hay algo realmente en el capitalismo contemporáneo que

tiende a multiplicar las dislocaciones y a crear, en consecuencia, una pluralidad de nuevos antagonismos”. (Laclau, 1993: 57)

Cuanto más inestables sean las relaciones sociales, más puntos de antagonismo surgirán y más carecerán de una centralidad unívoca y de la posibilidad de establecer cadenas de equivalencias unificadas. Dichas posiciones de subordinación no tienen una primacía a priori unas sobre las otras, sino que son contingentes e históricas, proponiendo la articulación de las diversas demandas sociales, luchas y posiciones de sujeto con el objeto de lograr una democracia radical y plural. Al haber dejado de lado la concepción del antagonismo relacionado con las clases, es posible considerar la

“existencia de una multiplicidad de sujetos que disputen las relaciones de poder. En efecto, si en el orden de dominación contemporáneo los hombres están sujetos a muchas situaciones de subordinación, es factible que ellas sean escenarios de diversas luchas; algunas serán de clase, pero no necesariamente todas esas situaciones de posibles antagonismos llevarán el signo clasista” (Retamozo, 2006:4)

Aquí surge la temática de la constitución del sujeto ya que según Laclau, éste no es el productor de los antagonismos sino que es una consecuencia de éstos y de los procesos de subjetivación. La teoría del antagonismo requiere una conceptualización de las subjetividades colectivas involucradas en el proceso de resistencia y el abordaje del problema de los sujetos políticos. El desafío entonces es elaborar una teoría del sujeto que lo corra del lugar del actor o del productor del antagonismo e indagar en las condiciones de producción de los antagonismos sociales. Una teoría del sujeto debe ir necesariamente acompañada por una perspectiva que explique los procesos de identificación y por ende, la constitución de las identidades colectivas.

4- El antagonismo en el registro de las identidades colectivas

Si como mencionamos previamente el sujeto no es el agente que produce el antagonismo sino que se constituye como resultado de éste, o en palabras de Laclau,

“si por un lado el sujeto no es externo respecto de la estructura, por el otro se autonomiza parcialmente respecto de ésta en la medida en que él constituye el *locus* de una decisión que la estructura no determina (...) el sujeto no es otra cosa que esta distancia entre la estructura indecible y la decisión” (Laclau, 1993:47).

entonces debemos situar los procesos de constitución del sujeto y de las identidades colectivas como posteriores al antagonismo. La posibilidad que se abre a partir del antagonismo de cambiar el orden social y al mismo tiempo su imposibilidad de suturarlo completamente nos lleva a plantear el tema de la decisión en Laclau. El antagonismo, y por ende, la constitución identitaria del sujeto, no puede comprenderse por fuera del problema de la decisión.

En el prefacio a la segunda edición de *HyES* ya Laclau había afirmado que la hegemonía es una teoría de la decisión tomada en un terreno indecible, categoría proveniente de la filosofía derrideana. (Laclau y Mouffe, 2004). Lo político, para Laclau, es “decidirse entre”. El espacio que brinda la indecidibilidad estructural, es decir, la imposibilidad de cualquier estructura social de cerrarse como un sistema completo y autónomo, está surcado por una pluralidad de decisiones frente a las cuales lo político se constituye como elección-represión de alternativas. La hegemonía tal como hemos visto anteriormente constituye la relación que tiende a fijar parcialmente significados que modifican las relaciones de subordinación a la vez que instituyen el sentido con el que los hombres deben guiar sus prácticas, constituye un acto político asociado a la interrupción del orden, una decisión tal como la define Laclau. El autor afirma que cuanto más dislocada está una estructura, más se expandirá el campo de las

decisiones posibles de tomar y por ende, mayor será la posibilidad de rearticular la estructura.

A partir de los momentos de dislocación, la estructura empieza a resquebrajarse y sus grietas habilitan espacios de libertad. “Los sujetos, en lugar de condenados a la repetición, pueden abrir la diferencia, constituirse y expandir los efectos dislocatorios”. (Retamozo, 2009:114). A partir de la decisión, el sujeto se constituye y cobra existencia. Cuando habla de dislocación no está haciendo referencia a la idea de disfuncionalidad de una máquina cuyas piezas han sido desajustadas sino que se trata de una dislocación como resultado de fuerzas antagónicas. Laclau nos explica que

“la fuerza antagonizante cumple *a la vez* dos papeles cruciales y contradictorios: por un lado ella “bloquea” la plena constitución de la identidad a la que se opone –y en este sentido, muestra su contingencia- pero como, por otro lado, esta última identidad, como todas las identidades, es puramente relacional y no sería por lo tanto lo que es al margen de la relación con la fuerza que la antagoniza, esta fuerza es también parte de las condiciones de existencia de aquella identidad” (Laclau, 1993:38).

Arditi, en la misma línea, sostiene que

“el antagonismo con un ‘ellos’ no es simplemente el ‘afuera’ que viene a desestabilizar una identidad ya formada. Funciona como amenaza (...) pero también como un suplemento y como parte de nuestra identidad. Por eso Laclau dice que el conflicto es un ‘afuera constitutivo’ de todo sistema: es el ‘afuera’ en tanto momento de negatividad, pero es un afuera constitutivo por cuanto configura al sistema, al menos de manera parcial (...) El suplemento significa

que el conflicto funciona como un 'afuera constitutivo' de cualquier 'nosotros'.
(Arditi, 1995:12).²⁷

A partir de estas citas, vemos cómo la noción de antagonismo se desplaza paulatinamente hacia el registro de lo identitario. Ya no está haciendo referencia a una dimensión inherente al orden social sino a un aspecto que funciona como condición de posibilidad del surgimiento de las identidades colectivas. Las fuerzas antagonizantes, aquellas que emergen para bloquear la constitución plena y suturada de una identidad, al mismo tiempo posibilitan la emergencia de ésta. Según G. Barciela (2009), el antagonismo tal como lo presenta Laclau constituye el momento de la *suppléance*²⁸, de suplementariedad, el cual supone la inscripción de un elemento que suple la falta de la estructura precaria e incompleta, que socava y desestabiliza todo intento de unidad. Constituye un movimiento tropológico bajo la figura de la catacresis ya que nombra aquello que no tiene nombre, minando la objetividad.²⁹

En este punto podemos observar nuevamente la superposición de los registros de análisis. Si por un lado el antagonismo constituye el afuera del orden social y lo que lo posibilita, el antagonismo también es ese exterior que actúa como condición de posibilidad del surgimiento de las identidades. Esta dificultad de discriminar en qué registro se sitúa el antagonismo en determinados pasajes de Laclau, si en un plano sociológico o identitario, podría conjeturarse que se debe precisamente al isomorfismo de las estructuras del orden social y de las identidades colectivas: su imposible plenitud y contingencia.

²⁷ Este afuera constitutivo se acerca a la paradoja derrideana: lo que resulta condición de posibilidad de un sistema, que queda excluido, también es condición de imposibilidad de sutura del sistema. Los límites no son neutrales, implican una exclusión

²⁸ Término proveniente de Alan Badiou (1990).

²⁹ Veremos en el capítulo siguiente cómo la retórica es imprescindible en el análisis político. Laclau, en sus últimos trabajos, ha elaborado ciertas pautas con las cuales analizar los procesos sociales y políticos a partir de la retórica, entendida en un sentido particular.

Es en los límites de la formación discursiva donde aparecen los antagonismos, los cuales se ponen de manifiesto en el momento en que un proyecto deja de representar los intereses de un grupo determinado o intenta extenderse a un grupo que no se reconoce en el mismo. Las fuerzas antagonizantes actuarán en base a reclamos y demandas heterogéneas, las cuales algunas serán satisfechas pero otras tantas quedarán irresueltas y se convertirán en reclamos que se van acumulando.³⁰ El resultado sería una dislocación que cuestionaría la continuidad del proyecto y podría generar el surgimiento de discursos alternativos.³¹

La identidad de dichas fuerzas antagonizantes se constituye a partir de lo que Laclau llama *exterior constitutivo*.³² Este exterior no es unívoco ni esporádico, sino que es contingente, irreductible y radical. Contingente porque no se explica por ningún principio esencial ni racional como en el caso del marxismo según el cual el antagonismo viene indefectiblemente asociado a las relaciones de producción capitalistas (la relación trabajo-capital); irreductible porque tal como vimos toda identidad se instituye necesariamente en función de la negación con otro exterior y radical porque al ser inherente su negatividad, lo social nunca logrará constituirse plenamente como un orden objetivo, el desenlace de la lucha no está determinado de antemano, por ende, la contingencia de las identidades de las fuerzas antagonizantes también será radical. Este exterior bloquea la identidad del “interior” pero a la vez es condición de posibilidad para su existencia. En el antagonismo la negación no proviene del interior de la identidad sino que por el contrario, radica fuera. Durante el mismo, lo que se expresa es la fuerza que antagoniza y niega esa identidad, lo que imposibilita

³⁰ Esta idea de las demandas y reclamos serán analizadas en el próximo capítulo cuando abordemos en profundidad la temática del populismo.

³¹ La dislocación puede prevenirse a través de las dos operaciones hegemónicas ya estudiadas y que retomaremos en el siguiente capítulo: la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia. La predominancia de una u otra marcará la manera en que se resuelvan los antagonismos, si bien existen otras formas de canalización del antagonismo.

³² Tal como lo afirma Laclau, esta noción la emplea en el sentido derrideano.

constituirse como tal. Laclau enfatiza constantemente a lo largo de su obra la idea de que no hay identidad sin alteridad. El antagonismo presenta a la alteridad, al otro, como la negación inmediata de mi *ser*, impidiendo mi constitución plena: el otro es mi *síntoma*. Aquí vemos cómo el psicoanálisis lacaniano ha influido -nuevamente- en la construcción teórica de Laclau acerca del surgimiento de las identidades colectivas. La identidad de cada elemento se obtiene por la diferencia respecto de los restantes elementos.

“Si necesito identificarme con algo es, no sólo, y en primer término, porque no tengo una identidad completa, sino también porque todos mis intentos por adquirirla mediante la identificación con otro supuestamente completo resultan fallidos. La identificación se vuelve pensable sólo como resultado de la falta dentro de la estructura, la estructura del Otro social.” (Stavrakakis, 2007:71).

Este Otro social es lo que Laclau denomina exterior constitutivo, el cual constituye una de las condiciones de posibilidad del antagonismo así como la inexistencia de un sistema de reglas en común entre los polos antagónicos.³³ La subversión del orden social, el antagonismo, se lleva a cabo de diversas maneras y asume varias formas. Una de las maneras de expresarse es a través de la lógica de la equivalencia y de la diferencia que hemos mencionado en el capítulo anterior a partir de las cuales los elementos se articulan entre sí poniendo en suspenso, o para utilizar una frase husserliana, a partir de la práctica de la *epojé*, sus diferencias para expresar lo idéntico

³³ Es relevante hacer referencia a la categoría de adversario que Chantal Mouffe desarrolla como núcleo de su perspectiva teórica. Adiciona a esta visión “conflictiva” de lo político la cuestión de la hegemonía a partir de la una redefinición de la distinción política amigo/enemigo proveniente de Schmitt en una oposición nosotros/ellos la cual no conduce necesariamente a la negación del otro. Si el otro es visto y asumido como un “otro legítimo”, se vuelve posible “domesticar” la relación de antagonismo y convertirla en lo que ella llama agonismo. El Otro en el antagonismo es asumido como el enemigo que debe ser aniquilado y con el cual no se comparte ningún espacio simbólico ni sistema de reglas en común. A partir de la propuesta del agonismo, el Otro se vuelve *adversario*, no enemigo, evitando con ello que se destruya la asociación política. Asumiendo la lucha agonista se generen canales políticos legítimos para la disidencia y permita estructurar una institucionalidad democrática. En este sentido es que la autora plantea que la confrontación agonista es una condición de existencia de la vida democrática, pues sin negar el conflicto no permite la destrucción, como sí ocurriría en el caso del antagonismo.

que subyace a ellos, una referencia común a algo exterior a ellos: la negatividad frente a otros. La identidad se constituye entonces no en su positividad, sino en lo que no es, creando una frontera externa.

A través de la equivalencia, lo que el antagonismo logra es anular la positividad de los objetos/elementos y otorgarle entidad a la negatividad, la cual no es inherente a solo un polo de la relación sino a ambos, es decir, no se trata de que un polo sea definido como positividad y se enfrente a otro definido como negatividad: cada uno de ellos muestra lo que *no* es. Ni la equivalencia ni la diferencia logran constituirse como plenas. Cada nexo del polo antagónico necesita del otro-externo, siendo dicha alteridad intrínseca a cada uno de los extremos.

5- Repensando la noción de antagonismo

Luego de haber realizado este recorrido por la noción de antagonismo en la teoría laclausiana, podemos sostener que ésta constituye un elemento de la columna vertebral de la teoría política contemporánea. En contraposición a varias corrientes de pensamiento que excluyen al conflicto del orden social ya sea por considerarlo indeseable o ajeno al mismo, la teoría del antagonismo de Laclau lo sitúa en un primer plano y lo construye de manera tal que pueden identificarse varios registros sobre los que opera. Si Laclau se desprende del concepto de “conflicto” es precisamente para mostrar su distancia con respecto a la teoría marxista así como con aquellas que desestiman al conflicto como constitutivo de lo político.

En primer lugar, sostuvimos que el antagonismo constituye lo social, mostrando sus límites en tanto todo orden social es precario, inestable y contingente. Si el antagonismo lo constituye, al mismo tiempo lo desestabiliza, ya que también es considerado por Laclau aquel elemento que “revela” la contingencia y los orígenes de todo ordenamiento. El antagonismo, en este sentido, constituye lo político, es decir, la

posibilidad misma de todo ordenamiento social así como de la constitución de los sujetos.

Asimismo, indagamos acerca de cómo surge el antagonismo, si está dado a priori o son necesarias ciertas condiciones que lo posibiliten y en este sentido, dejamos planteado el interrogante acerca de la relación del antagonismo con la falla inherente a todo ordenamiento. Si por un lado la falla o dislocación del orden sienta las bases para el surgimiento de diversas luchas y posibilitan la instauración de nuevos órdenes sociales, por otro lado el antagonismo en sí mismo podría constituir dicha falla.

En segundo lugar, dicha noción fuerte de antagonismo como el límite de toda objetividad se desplaza en la obra de Laclau a un plano sociológico-óntico. Desde el momento en que piensa al antagonismo -o precisamente a los antagonismos en plural- con un potencial para el surgimiento de diversos sujetos subalternos –no sólo el sujeto eminentemente clasista- a partir de los cuales se desatan una serie de luchas, no sólo económicas, el antagonismo cobra otro sentido al visto anteriormente, adquiriendo un significado menos ambicioso pero igualmente sugerente ya que posibilita a pensar la constitución de los sujetos sociales. Esto conduce a Laclau a preguntarse acerca del status del antagonismo y revisar los modos en que el marxismo planteó la cuestión: la relación entre contradicción, lucha y oposición.

En este sentido, como hemos analizado, el antagonismo también podría leerse en una clave identitaria. Las fronteras antagónicas constituyen una de las condiciones de posibilidad del surgimiento de las identidades colectivas, pues el “otro” marca mi identidad. La alteridad es el elemento frente al cual me identifico, pero negándolo. Esta negación no ocurre de una vez y para siempre, sino que se va modificando. Laclau no indaga en profundidad la historicidad de las identidades, es decir, no establece los rasgos de una identidad en un momento histórico determinado porque al desplazarse constantemente toda frontera antagónica, las identidades también lo hacen. Según

Laclau, al reconocer posiciones subalternas de sujetos, no existiría una primacía, un fundamento a priori, de alguna identidad en particular. Esta afirmación deja un vacío en lo que respecta al estudio de las condiciones de posibilidad de las diversas identidades que pueden surgir en una sociedad en un momento determinado. Sin embargo, al introducir el análisis de la identidad popular específicamente, Laclau nos ofrece ciertas pistas para intentar comprender, al menos inicialmente, el surgimiento de un tipo determinado de identidad.

Si bien las críticas y debates que surgieron en torno a la noción de antagonismo laclausiano no terminan de dilucidar esa brecha en el planteamiento de Laclau, a continuación, repasaremos algunos de ellos para dejar planteados ciertos interrogantes que permitan a la teoría social contemporánea repensar el status de los conflictos sociales y su relación con las identidades colectivas.

6- Debates y controversias en torno al antagonismo laclausiano

La teoría del antagonismo elaborada por Laclau ha generado una serie de debates y discusiones tanto al interior de la teoría post-estructuralista como por fuera de ella. Así como la teoría de la hegemonía generó críticas y disputas en torno a sus aspectos teóricos y epistemológicos y a dimensiones políticos-ideológicas, la teoría del antagonismo ha corrido la misma suerte. A continuación, intentaremos bosquejar aquellos que han planteado más seriamente la cuestión.

En primer lugar, debemos tener en cuenta la perspectiva que desarrolló Žižek en relación a la constitución del sujeto a partir de un artículo publicado en *NRR* en el que plantea algunos puntos de discusión en relación a la teoría del antagonismo propuesta inicialmente en *HyES* y luego desarrollada en *NRR*. Reconociendo el aporte de Žižek, Laclau sostiene que su perspectiva “ha enriquecido nuestra teoría de los antagonismos sociales señalando su relevancia para varios aspectos de la teoría lacaniana”. (Laclau,

1993:112). Žižek reconoce como punto fuerte de esta concepción el concepto de “Antagonismo social” elaborado por Laclau, el cual constituye, en opinión de Žižek, el mayor logro de *HyES* al concebir al campo socio-simbólico como estructurado alrededor de una imposibilidad, una fisura que no puede ser expresada a través del lenguaje. Lo Real lacaniano vuelve a aparecer en el análisis de Žižek para asimilarlo a la categoría de antagonismo propuesta por Laclau y Mouffe. Sin embargo, según Žižek, la debilidad de dicha perspectiva reside en dos aspectos: la concepción “estrecha” de antagonismo y la de sujeto social.

Con respecto a la primera dimensión, Žižek sostiene que con la noción de antagonismo propuesta por Laclau, el post-marxismo estaría aniquilando el concepto de lucha de clases y con ella neutralizando y omitiendo toda posibilidad de cambio radical al otorgarle prioridad a las diversas -y dispersas- demandas sociales.³⁴ Žižek, a partir de la distinción entre lucha de clases y “política posmoderna de la identidad” está cuestionando el hecho de que el posmodernismo (haciendo referencia a la perspectiva laclausiana) politiza una serie de ámbitos anteriormente desatendidos y considerados apolíticos por las teorías del conflicto social, lo cual constituye un mérito de éste, pero despolitiza el campo económico, el cual constituye, para el filósofo esloveno, el punto desde el cual deberían partir todas las demás luchas sociales. Laclau responde en un artículo del año 2006 que “para Žižek los datos socioeconómicos siempre indican el resultado de una lucha ‘política’-es decir, si hay una transición lógica de los datos económicos al resultado político, lo político es simplemente una categoría interna de la economía-. Quizás no sea un epifenómeno, en el sentido de que sus estatus ontológico no es meramente el reflejo de una realidad substancial sino parte de ella, pero precisamente por eso carece de toda autonomía. Mientras mi análisis conduce a una

³⁴ Desde el marxismo, fue la crítica de Žižek al planteamiento de Laclau una de las más contundentes e iterativas en el ámbito de la teoría política contemporánea. Es por esta razón que sólo nos focalizamos en ésta.

‘politización’ de la economía, el de Zizek termina en una ‘economización’ de la política”. (Laclau, 2006:20) Tal como él se pregunta, “¿no hay siempre una lucha que, aunque parezca funcionar como una en la serie, efectivamente provee el horizonte de la serie como tal?” (Zizek, 2003, 105). Laclau, en la misma compilación de artículos en donde Zizek esgrime su crítica, se defiende de ésta sosteniendo que constituye un fetiche despojado de significación hacer resucitar a la “lucha de clases” como la forma de lograr la emancipación de la dominación capitalista. “Los antagonismos (resultantes de la lógica capitalista) no están necesariamente vinculados con localizaciones particulares dentro de las relaciones de producción” (Laclau, 2003b: 205), no existe un punto en particular dentro del sistema que goce de privilegio como usina de antagonismos. Para Laclau es necesario entonces entender a la lucha de clases como uno de los tantos antagonismos posibles en el capitalismo contemporáneo. Zizek, según Laclau, utiliza de manera acrítica y anacrónica los conceptos provenientes de la teoría marxista. Laclau sostiene que el problema con la noción de lucha de clases es que

“tiende a sujetar el momento de la lucha y antagonismo a la identidad sectorial de un grupo, mientras que toda lucha significativa trasciende cualquier identidad sectorial y se transforma en una “voluntad colectiva” complejamente articulada” (Laclau, 2003b: 211).

Este trascender de una identidad aferrada a un principio a priori creemos que constituye una potencialidad de la perspectiva laclausiana al brindar herramientas para comprender no sólo las condiciones de posibilidad de los diversos conflictos que emergen en las sociedades contemporáneas sino también las formas de constitución de los sujetos sociales a partir del conflicto.

Con respecto a la segunda dimensión que fue objeto de crítica por parte de Zizek, éste está de acuerdo con la noción de antagonismo en tanto relación imposible entre dos términos, que no puede ser simbolizada, pero no coincide en que esto se deba a cada

uno de los términos del vínculo impida al otro constituirse plenamente. Aquí es donde reside la diferencia. Žižek invierte el ejemplo acerca del cual el capitalista impide al proletario realizar su pleno potencial humano bloqueando su desarrollo y por ende, eliminando a ese enemigo, el proletario finalmente podrá alcanzar su propia y plena identidad. Žižek altera esa noción y afirma que no es el enemigo externo el que impide al otro alcanzar la identidad consigo mismo, sino que cada identidad ya está bloqueada/tachada inherentemente, marcada por una imposibilidad intrínseca y el enemigo es la pieza sobre la que externalizamos o proyectamos esta imposibilidad de plena constitución e identidad.

Esta idea se basa en “La Dialéctica del amo y el esclavo”, explicada por Kojève, la cual, según Žižek, es pasada por alto en la lectura marxista. El amo es una invención del esclavo, un modo del éste de autobloquear su deseo, de cederlo, proyectando la razón de la imposibilidad de hacer realidad su deseo en la represión del amo. Žižek, basándose en la teoría de Freud, sostiene que hay un obstáculo radical e intrínseco para el instinto/deseo y la existencia de una autoridad externa y de su fuerza impide ver que el obstáculo proviene del autoimpedimento del otro, no de esa autoridad. Por lo tanto, Žižek plantea el antagonismo como un autoobstáculo ya que cuando el esclavo logra la victoria frente al amo, es decir, cuando experimenta que éste solo encarna el autobloqueo del deseo, el esclavo se da cuenta de que en realidad nunca tuvo deseo, nunca poseyó deseo. Esto es la “pérdida de la pérdida”, según Hegel, es decir, la experiencia de darse cuenta de que nunca se tuvo aquello que se cree que se había perdido. Este antagonismo es denominado por Žižek Antagonismo Puro o Radical. La consistencia de la posición de un sujeto no reside en la negación de la posición del otro, y viceversa, sino en su propia negación y autoimpedimento. La diferencia con la perspectiva de Laclau es que según éste cada elemento de la relación constituye una negatividad debido al otro, ahí reside su positividad. En cambio, para Žižek, cada

elemento del vínculo antagónico es la encarnación positiva del autobloqueo del otro. ¿Qué vinculación hay entre esta propuesta de antagonismo y al constitución de los sujetos?

Aquí reside la otra crítica fuerte al planteamiento de Laclau. Zizek sostiene que hay una regresión en lo que concierne a la concepción del sujeto laclausiano ya que lo conciben de modo “post-estructuralista”, los autores han avanzado muy rápido con el concepto de hegemonía pero no lo han traspolado a una concepción del sujeto acorde a dicho avance. Al querer atacar la concepción esencialista del sujeto según la cual éste domina todo el proceso social y no es producido por la contingencia del proceso discursivo, han propuesto la categoría de “posiciones de sujeto” que no están fijadas a priori y se modifican según cómo estén articuladas en la serie de equivalencias, son completamente contingentes. Según Zizek, la ausencia de una referencia al carácter histórico de la producción de antagonismo/s puede llevar a pensar que Laclau se sitúa en un a-historicismo. Laclau no ignora la historicidad de las posiciones subalternas, pero no desarrolla una teoría fuerte acerca de las condiciones de posibilidad de los diversos antagonismos. Además, según Zizek, esta propuesta se ha olvidado de incorporar los aportes lacanianos y ha pasado por alto la imposibilidad inherente a todo sujeto de constituir plenamente su identidad. No es eliminando al otro desde mi posición que finalmente realizaré mi pleno potencial humano, realizarme completamente es una falla constitutiva del sujeto, inherente a todo sujeto, independientemente de la posición que ocupe. Vemos como la noción de Antagonismo Puro se relaciona con la noción lacaniana de sujeto: el sujeto, intrínsecamente, está bloqueado, posee un límite interno que impide la realización plena de la identidad. Para evitar esta “experiencia traumática” el sujeto necesita recurrir a la fantasía social como un modo ideológico de encubrir el antagonismo y la fallida constitución del sujeto. En palabras de Zizek, “el sujeto es el correlato de su propio límite, el elemento que no puede ser subjetivizado; él

es el nombre de vacío que no puede ser llenado por la subjetivización: el sujeto es el punto de fracaso” (Zizek, 1993:262).

Veltmeyer, como hemos visto anteriormente, critica la postura teórica de Laclau catalogándola de reduccionista en un sentido discursivo. En relación al concepto de antagonismo, discute con Laclau el hecho de querer superar el “antagonismo primario”, es decir, el esbozado en la teoría marxista, negando la realidad. Afirmar que los antagonismos que Marx había identificado a raíz del sistema capitalista, entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas, son meramente discursivos, sin anclaje en la realidad, dice Veltmeyer, es tirar por la borda toda una tradición intelectual que marcó a la teoría social desde el siglo XIX. En palabras de este autor,

“La conclusión es clara: los aspectos contradictorios del capitalismo son convertidos, vía el discurso post-estructuralista, en un problema de semiótica, una cuestión de lenguaje, de expresión de una idea. Es un error asociar al marxismo con una idea de predestinación o inmanencia en la cual los resultados ya están prefigurados y predeterminados. (...) Marx, al contrario que Hegel, no tomó el “antagonismo primario” de Laclau como pre-dado o resoluble en el pensamiento mediante su derivación de un discurso lógico como Laclau busca hacer”. (Veltmeyer, 2006:6).

Según el autor, la incomprensión de Laclau reside en ignorar que las luchas históricas de los pueblos y las clases contra la opresión y la explotación, por lo general, preceden a la aparición de un discurso teórico pertinente (explicativo) o a un discurso ideológico (políticamente movilizador). Vemos cómo el autor le adjudica a Laclau el caer en el reduccionismo que tanto él cuestionó. Asimismo, Veltmeyer y siguiendo con una crítica al “idealismo” de Laclau, ataca la perspectiva laclausiana acerca del paso de la situación de subordinación a una de opresión, iniciada en *HyES* y continuada en *NRR*. Laclau sostiene que

“Es claro por qué las relaciones de subordinación, consideradas en sí mismas no pueden ser relaciones antagónicas: porque una relación de subordinación simplemente establece un conjunto de posiciones diferenciales entre los agentes sociales, y sabemos que un sistema de diferencias construye todas las identidades sociales (...) no sólo no puede ser antagónico sino que combina las condiciones ideales para eliminar cualquier antagonismo (...) ‘Siervo’, ‘esclavo’, etc., en sí mismos no designan posiciones antagónicas, tan sólo es así en términos de la formación de un discurso diferente, como por ejemplo, es por los ‘derechos humanos primordiales’ que la posibilidad diferencial de estas categorías puede ser subvertida y la subordinación construida como opresión” (Laclau y Mouffe, 2004:172-173).

Para que una relación sea opresiva es necesario que los agentes involucrados en la relación sean conscientes de la subordinación en la que están sumidos y quieran resistir a ésta.

Veltmeyer, en sintonía con la crítica de Borón (1996), le cuestiona Laclau el hecho de considerar que estos agentes (esclavo, siervo) “ignoraban” su relación de opresión con los señores feudales y las condiciones de subordinación en las que estaban sumidos. Borón (1996), en un tono irónico, sostiene que la historia no ha registrado demasiados casos de esclavos y siervos felices con su situación o “afortunados en la vida”.

Urs Stäheli cuestiona la idea laclausiana de la inherencia a todo orden social de los límites antagónicos. A partir del interrogante acerca de si el antagonismo constituye la estructura general de todos los límites o si sólo algunos tipos particulares de límites son antagónicos, Stäheli sostiene la necesidad de indagar en las condiciones que hacen posible el surgimiento de los antagonismos. La idea sobre la que basa su crítica a Laclau es que el antagonismo no es previo a la constitución del orden social, sino que éste es el resultado histórico, contingente, que se da con posterioridad a la fundación

diferencial de un “sistema”. Sí coincide con Laclau en hacer la distinción entre dislocación y antagonismo pero precisamente para resaltar, según Stäheli, que toda estructura está “potencialmente” dislocada, no antagonizada. Según el autor, pareciera que Laclau hubiera caído en un círculo vicioso al superponer las nociones de dislocación y antagonismo y al afirmar que el exterior constitutivo es una amenaza antagónica para lograr el cierre total de toda estructura. Si el antagonismo es el que produce un efecto totalizador sobre el orden, ¿dónde se ubica la dislocación? La dislocación, según el autor, fue definida por Laclau como la condición de posibilidad de toda identidad que esta dislocada en la medida en que depende de un exterior que la niega, por lo tanto, ¿el antagonismo es constitutivo o no del orden social y de las identidades sociales? Según Stäheli, este interrogante permanece inconcluso y para poder hallar alguna respuesta aproximativa es necesario partir de la idea de que

“El antagonismo se convierte en un acontecimiento discursivo que debe ser explicado y que no podemos presuponer. Lo político queda ubicado simultáneamente antes y después del antagonismo. Dado que los antagonismos naturales no existen, la construcción del antagonismo se convierte en una sede potencial de lo Político” (Stäheli, 2008: 296-297).

En esta misma línea, Thomassen (2005) cuestiona dos principios explícitos de la teoría del antagonismo laclausiano: que las identidades sociales necesariamente estén constituidas a partir de fronteras antagónicas y que el antagonismo sea definido como el límite de toda objetividad.

Con respecto al primer principio, Thomassen sostiene la necesidad de revisarlo con el fin de abrir el abanico de posibilidades de la constitución de las identidades en el sentido de que no todas surgen necesariamente de fronteras antagónicas. Si los significantes tienden al vaciamiento y la equivalencia no puede subvertir completamente las relaciones de diferencias, el exterior antagónico tampoco será claro y estable. Habrá

antagonismos tendenciales, fronteras e identidades más o menos antagónicas que serán posibles de ser rearticuladas, es necesario hablar de diversos *grados* de antagonismos. El autor intenta relativizar la noción de antagonismo propuesta por Laclau para hacer referencia a éste como *una* de las posibles respuestas discursivas a la dislocación, y no como el presupuesto ni la finalidad teleológica de la constitución identitaria. El análisis de la hegemonía propuesta por Laclau no permite, según el autor, identificar la pluralidad de antagonismos ya que no provee las herramientas con las cuales indagar en los contextos históricos de surgimiento de los mismos.

Con respecto al segundo principio, el autor sostiene que el antagonismo ya constituye una forma de inscripción discursiva de algo más primario, que desde *NRR* en adelante pasaría a denominarse dislocación. No todas las dislocaciones necesitan ser construidas de una manera antagónica. El error consiste, según el autor, en asimilar el antagonismo con una exclusión radical. Lo que hace el antagonismo es dicotomizar el espacio social pero ambos lados de la relación antagónica son necesarias en el sentido de que crean un único espacio de representación.

CAPITULO III: POPULISMO

1- Repensando la categoría de populismo

La categoría de populismo ha sido una preocupación recurrente en las ciencias sociales y ha constituido el eje de recientes discusiones y debates teóricos. Pese a que diversas líneas de investigación han analizado en profundidad la noción de populismo (Viguera, 1993; Vilas, 1995a y 1995b, Mackinon y Petrone, 1998; Aboy Carlés, 2003 y 2005), la polisemia e indefinición del concepto continúan siendo características de aquél. Su uso generalizado tanto en debates académicos como en ámbitos de comunicación masiva ha conducido a distorsionar la categoría, relacionándola en muchos casos con una definición peyorativa.

El objetivo del presente capítulo será elaborar una reconceptualización de la categoría en la obra teórica de Laclau, tal como apareció expuesta en sus iniciales escritos como “*Hacia una teoría del populismo*” incluido en *PITM* (1977)³⁵ hasta sus recientes trabajos, como “*Populismo, ¿qué nos dice el nombre?*” (2004) y su póstuma obra *LRP* (2005), en donde a partir del andamiaje conceptual desarrollado en *HyES*, refina su teoría del populismo desde una perspectiva post-estructuralista y post-marxista. Asimismo, discutiremos las potencialidades analíticas y heurísticas que provee la noción para abordar las problemáticas latinoamericanas contemporáneas, estando alertas, al mismo tiempo, de las críticas y discusiones que generó su planteamiento.

Así como hemos estudiado al antagonismo desde tres posibles registros de análisis sobre los que operaba dicha categoría, observaremos que la noción de populismo también evidencia rasgos y usos en esos tres campos en tanto posibilita pensar lo político, lo sociológico y la constitución de las identidades colectivas. En este sentido, la abordaremos en el sentido analítico expuesto en el capítulo anterior siguiendo estos

³⁵ Nosotros utilizaremos la versión de *PITM* traducida al español que corresponde al año 1978.

tres campos, dejando de lado el orden cronológico de aparición en las obras laclausianas.

2- Lo ontológico: entre la política-como-populismo y el populismo como una posibilidad presente

El registro de lo político sobre el que opera la categoría de populismo puede ser identificado en su mayor expresión en su reciente obra *LRP*. En ésta, Laclau termina de complejizar el tema del populismo ya introducido en sus primeras obras a partir del andamiaje conceptual-analítico esbozado previamente en *HyES*. Como parte de su obsesión por erradicar todo reduccionismo de la teoría social y política contemporánea, Laclau, sin intentar clarificar la definición vaga del populismo ni llenar su vacío conceptual, se propone desarrollarla sin encorsetarla a ciertos contenidos sociales específicos como ha hecho la mayoría de desarrollos y análisis teóricos, quienes la definieron como un régimen político, movimiento social, estilo de liderazgo político, ideología o un tipo de política social.³⁶

A raíz de los aciertos y errores de los estudios revisados, Laclau formulará su propia concepción de populismo afirmando que

³⁶ Laclau realiza una revisión bibliográfica de algunos estudios basados en el populismo. Con respecto al trabajo de Peter Wiles (1969) "*Un síndrome, no una doctrina: algunas tesis elementales sobre el populismo*", Laclau lo retoma precisamente para ejemplificar, con un tono irónico, la vaguedad e imprecisión con las que se ha definido al populismo, al detectar aquel autor veinticuatro características propias de todo fenómeno que se denomine populista y al mismo tiempo una profusión de excepciones. Por otro lado, Laclau retoma los trabajos de M. Canovan (1981) quien ha tenido el mérito, según Laclau, de no reducir la categoría de populismo a un contenido social en particular como lo había hecho Wiles. Si embargo, la autora termina enfatizando dos características como inherentes a todo populismo: la interpelación al pueblo y el antielitismo. Por último, uno de los trabajos sobre los que mayormente se basó Laclau y del cual rescató la *forma* y no el contenido atribuido al populismo es el de Peter Worsley (1969). De este autor rescata tres elementos: la consideración de todo contexto cultural performativo en el que operan las ideas, la percepción del populismo como una dimensión de la cultura política capaz de estar presente en cualquier movimiento social, con exclusión de la ideología que la represente y el rechazo a la lucha de clases basada en una dimensión socio-económica como estrategia viable en los países tercermundistas y a la condena ética atribuida al populismo.

“su significado no debe hallarse en ningún contenido político o ideológico que entraría en la descripción de las prácticas de cualquier grupo específico, sino en un determinado *modo de articulación* de esos contenidos sociales, políticos e ideológicos, cualesquiera ellos sean”. (Laclau, 2004a:53).

La forma de articulación, independientemente de sus contenidos, produce efectos estructurantes que se manifiestan principalmente en el nivel de los modos de representación (Laclau, 2005). Las críticas efectuadas por Laclau a los estudios con los que ha elaborado su propia definición de populismo ha recibido también sus “contra-críticas”, de las cuales dos han sido analizadas y objetadas por Laclau en profundidad: la vaguedad e imprecisión del término y su uso meramente retórico.

Con respecto a la primera, Laclau ha tomado una decisión teórica al considerar la vaguedad e imprecisión que la literatura le atribuye al populismo como inherentes a la realidad social, de allí su complicidad ontológica. Si el populismo es una noción indefinida, se debe precisamente a que asume aspectos, también indefinidos y precarios, de la realidad social. La imprecisión conceptual se corresponde con la indefinición social del orden, es decir, la vaguedad de la noción tiene su correlato en el orden social impreciso y contingente. Es por esta razón que el autor pone en cuestión los trabajos que la abordaron como una categoría peyorativa que debiera ser excluida de la teoría política. Laclau les responde que la imposibilidad de atribuirle significados conclusos se debe a las condiciones de (im)posibilidad de una totalidad social acabada. Como consecuencia, Laclau propone tomar al populismo como una posibilidad *siempre*³⁷ presente de estructuración de la vida política (Laclau, 2005). Como afirma Retamozo, “las supuestas tragedias del populismo en cuanto a su vaguedad conceptual y la falta de un referente que le dé contenido le servirán como elementos para indagar en la

³⁷ La cursiva es mía.

ontología de la política” (Retamozo, 2006:8). De esta manera, vemos cómo Laclau estaría analizando la categoría en cuestión en un nivel ontológico.

Con respecto a la segunda crítica, el atributo meramente retórico que le atribuyen sus críticos, Laclau sostiene que su definición de la retórica no se basa en una concepción tradicional. Para él, la retórica constituye un proceso de desplazamiento en el que un término literal es sustituido por uno figural. Las categorías y relaciones exploradas por el análisis lingüístico pertenecen al campo de una ontología general. En este sentido, vemos la importancia que Laclau le atribuye a la retórica en tanto elemento instituyente. Ésta no es un adorno del lenguaje sino que afecta los contenidos que transmite y constituye el mecanismo que está en la base de todo intento de totalizar el orden social que, como vimos anteriormente, siempre termina por ser un intento fallido. Laclau sostiene que

“cualquier sutura será retórica: una determinada particularidad asumirá un rol de significación ‘universal’, sin dejar de ser particular” (...) Catacresis=retoricidad=la posibilidad misma de la significación” (Laclau, 2006:7).

La catacresis se refiere a un término figural para el cual no existe un término literal que lo pueda expresar. La necesidad de nombrar a un objeto para el cual no existe un término adecuado y sería imposible hallarlo, conduce a la necesidad de utilizar la catacresis, la cual es asimilada por Laclau a la retoricidad tal como la definimos recientemente. La catacresis no se explica por la existencia de una mayor cantidad de objetos y la escasez de posibles palabras con las cuales nombrarlos, sino que se debe a que

“uno inscribe en el lenguaje algo que constitutivamente es innombrable. Es decir, un objeto al cual no corresponde, por definición, ningún término, porque

hay un proceso de nominación que va más allá de lo que es, estrictamente hablando, nombrable” (Laclau, 2003a:1).

Esta imposibilidad de nombrar a un objeto por su inherencia innombrable trasladada al análisis político es lo que ocurre en todo intento de representación. En toda representación de lo social propia de lo político, afirma Laclau, opera este desplazamiento en el que una parte se erige como representante del todo nombrándose de una manera. Cualquier intento de representación conlleva un movimiento retórico. Ya veremos cómo las nociones de catacrexis y sinécdoque no constituyen meras figuras retóricas sino que expresan y ejercen funciones ontológicas en la constitución del populismo. La retórica es, pues, constitutiva de lo político y su condición de posibilidad. El autor sostiene que “la retórica no es algo epifenoménico respecto de una estructura conceptual autodefinida, ya que ninguna estructura conceptual encuentra su cohesión interna sin apelar a recursos retóricos” (Laclau, 2005: 91)

A partir de las respuestas que Laclau ofrece a las críticas que ha recibido, reafirma su postura del populismo, afirmando, como ya hemos mencionado, “esa posibilidad siempre presente de estructuración de la vida política” y “*la*³⁸ vía real para comprender algo relativo a la constitución ontológica de lo político como tal” (Laclau, 2005:91) y al mismo tiempo como un “modo de articulación” y de “construir lo político” (Laclau, 2005:11) ¿Qué implica considerar al populismo como *la* vía para adentrarnos en el estudio de institución de lo social así como paralelamente *un* modo de institución/articulación de lo social a partir de lo político que puede estar siempre presente a la hora de estructurar el orden? Este interrogante constituye un punto importante a tener en cuenta ya que expresa cierta tensión en el planteamiento de Laclau en el cual pareciera que se desplazara en un continuo entre un registro ontológico y otro registro óntico.

³⁸ La cursiva es mía.

Considerarla como una *lógica o modo* conlleva priorizar la forma que adquiere dicha institución de lo social, y no el contenido. Esto no significa que se excluya del análisis el conjunto de contenidos que en un contexto y período determinados acapara una lógica populista, por el contrario, la indagación de esta temática debe ser tomada en cuenta en la teoría política contemporánea. Esta lógica de articulación de los contenidos es lo que Laclau denomina populismo y dichos contenidos son considerados por el autor no como los han definido los estudios teóricos recientes, relacionados con un estilo de liderazgo, un movimiento social o ideología como mencionamos anteriormente, sino con unidades mínimas de análisis que Laclau denomina *demandas sociales*, las cuales serán el eje del siguiente apartado. En *CHU*, Laclau entiende por lógica un tipo de relaciones entre entidades que posibilita que un sistema de reglas funcione en la práctica, siendo el status de una lógica ontológica (Laclau, 2003:285). Una lógica social es aquella que se instituye a partir del seguimiento de ciertas reglas que establecen qué se excluye y qué no dentro del campo de la representación, mientras que una lógica política es en sí misma la institución de lo social y se origina a partir de las demandas sociales. El carácter de una lógica política será populista en la medida en que logre construir una cadena de significados a partir de la división del espacio social en dos campos, aspecto que profundizaremos en el siguiente apartado.

Sostener que en la teoría de populismo de Laclau hay un desplazamiento desde el contenido hacia la forma favorece una serie de ventajas (Laclau, 2004a). Una de ellas consiste en que el populismo nos permite analizar hasta qué punto un movimiento es populista (y no preguntarnos si es o no es). En este sentido, un discurso será más o menos populista según el grado en que sus contenidos estén articulados por lógicas equivalenciales. (Laclau, 2004a). Esto significa que no existe ningún movimiento político que esté enteramente exento de populismo (Barros, 2006). Este punto fuerte esgrimido por Laclau y subrayado por Barros nos lleva a pensar en una radicalización

de la noción de populismo, en un registro ontológico. Es decir, a partir de la noción laclausiana de populismo, todo intento de institución del orden llevaría implícita una lógica populista. Sin populismo sería difícil poder hablar de discurso político, o precisamente, de política *tout court*. Pensar al populismo como la lógica de la política contemporánea tal como propone Laclau nos conduce a asumir que dicha noción constituye de una importancia vertebral para la teoría y análisis de la política contemporánea. De esta manera, el teórico argentino estaría radicalizando su concepción de populismo al plantearlo como la anatomía por excelencia de lo político. En *LRP*, ya habiendo delineado las principales variables teóricas necesarias para conceptualizar al populismo, sostiene que

“si la sociedad lograra alcanzar un orden institucional de tal naturaleza que todas las demandas pudieran satisfacerse dentro de sus propios mecanismos inmanentes no habría populismo, pero, por razones obvias, tampoco habría política” (Laclau, 2005:149).

Así, la política y el populismo, aparecen como dos conceptos que se necesitan mutuamente pero a la vez queda desdibujada esta relación al parecer ambos conceptos como sinónimos. Es decir, Laclau estaría sosteniendo que sin populismo no hay política, no hay instancias de institución de lo social. Enrique Dussel, en este sentido, sostiene que en *LRP* Laclau

“intenta rescatar el sentido positivo de la denominación ‘populista’ desde una teoría de la hegemonía, en la que reivindica que la razón política en cuanto tal o es “populista” –es decir, responde a los requerimientos del consenso mayoritario- o no es propiamente razón política. Es decir, la razón política es siempre razón populista y no otra cosa.” (Dussel, 2007:5).

La asociación estrecha existente entre política y populismo en la obra de Laclau ha tenido implicancias, a su vez, para una comprensión clara de la relación entre

hegemonía y populismo. Laclau afirma al comienzo de *LRP* que entiende al populismo como una “posibilidad distintiva y siempre presente de estructuración de la vida política” (Laclau, 2005:27), a la cual se le puede aplicar la misma lógica que operaba para la hegemonía a partir de una “retoricidad generalizada”, entonces aquí surge el interrogante de hasta qué punto las categorías de hegemonía y populismo pueden ser diferenciadas y superpuestas al mismo tiempo. La hegemonía ya no sería *la* categoría para entender el orden social, o al menos, no la única como parecía centellar a lo largo de sus escritos.

Las otras ventajas que Laclau identifica de su planteamiento del populismo nos remiten a un nivel de análisis distinto del que veníamos estudiando. Por un lado, Laclau sostiene que no es necesario localizar al populismo en algún punto de la estructura socio-económica ya que el populismo es en sí *un* modo de articular contenidos, demandas. Por otro lado, definir al populismo más por su forma que por sus contenidos nos permite entender cómo circulan, entre movimientos de signo político opuesto, ciertos significantes que se van autonomizando de las formas de articulación originales.

“el referente del populismo se vuelve borroso, pues muchos fenómenos que tradicionalmente no fueron considerados como populistas, en nuestro análisis caen dentro de esta calificación (...) nuestro intento no ha sido encontrar el *verdadero* referente del populismo, sino hacer lo opuesto: mostrar que el populismo no tiene ninguna unidad referencial porque no está atribuido a un fenómeno delimitable, sino a una lógica social cuyos efectos atraviesan una variedad de fenómenos. El populismo es, simplemente, un modo de construir lo político.” (Laclau, 2005:11).

Así, Laclau logra invertir teóricamente el populismo: de un fenómeno aberrante y denigrante como la mayoría de estudios políticos lo ha tratado, el autor argentino lo transforma en *una* lógica de construcción de lo político. En este sentido, el énfasis que

Laclau venía otorgando al populismo como *la* forma que adquiere toda articulación política, se ve desdibujado cuando asume que el populismo constituiría (también) un modo, entre otros posibles, de estructuración de la realidad social. De esta manera, de pensar al populismo como la forma de articulación que adopta toda lógica política en tanto dinámica de institución del orden social, es decir, en un nivel ontológico, Laclau se desplaza al registro sociológico-óntico.

Así vemos cómo la definición de populismo de Laclau en un registro ontológico pareciera que por momentos se deslizara desde una definición del populismo como *la* lógica de lo político, es decir, como *la* racionalidad de lo político, el populismo como sinónimo de lo política a *un* modo de construcción de lo político, entre varios. Para comprender este desplazamiento a otro nivel de análisis, es necesario remitirnos a los conceptos de pueblo y demandas sociales los cuales constituyen los elementos con los que Laclau operacionalizó la noción de populismo y lo planteó como una forma que puede adquirir una lógica política así como una identidad colectiva. Marchart llega a la conclusión de que Laclau en *LRP* pareciera

“argumentar que, si bien populismo es el nombre de la política *tout court* en el sentido de que toda política es populista en algún grado, por otra parte se pueden construir cadenas de equivalencias alrededor de muchos significantes vacíos diferentes, no sólo en torno al nombre del pueblo –lo que implica la posibilidad hipotética de populismo sin ‘el pueblo’–.” (Marchart, 2006:42)

3- Lo sociológico-óntico: la constitución del actor político “pueblo”.

Como hemos mencionados en el capítulo anterior, en el trabajo de 1977 ya comienza a bosquejarse difusamente la ruptura que Laclau finalmente llevaría a cabo en *HyES* con respecto al reduccionismo y determinismo de clase del marxismo, si bien dicho trabajo

presenta un tinte fuertemente marxista. En éste, el desarrollo de la teoría del populismo está planteado en dos niveles de análisis, uno teórico y otro político.

Con respecto al primer nivel, al proponerse como objeto de estudio el análisis del populismo desde la forma y no el contenido, es decir, como un resultado de una articulación discursiva a partir de la cual surgiría el binomio contradictorio pueblo-bloque de poder –oligarquía-, Laclau proponía articularlo a la lucha de clases en un discurso clasista. El populismo surge en un campo caracterizado por la doble articulación del discurso político, es decir, entre el pueblo y las clases, los cuales constituyen dos polos de contradicciones diferentes.

Por un lado, la contradicción de clases es la que le provee al discurso el principio articulador, mientras que la contradicción en la que está inmerso el pueblo es un momento abstracto que puede existir articulada a diversos discursos de clase. Vemos cómo, aún con una marcada influencia marxista, Laclau incorpora a su análisis otra veta. Las nociones aisladas de proletario y burgués no podían dar cuenta de la articulación hegemónica que se había dado en ciertos regímenes considerados por Laclau populistas ya que ambas nociones estaban imbricadas entre sí en un “bloque de poder”.

¿Pero a qué se refiere Laclau con la noción de pueblo? El actor colectivo “pueblo” al que Laclau dedica prácticamente toda su obra *LRP* es esencial para comprender la noción de populismo. Ya en sus obras iniciales Laclau sostenía que “la referencia al ‘pueblo’ ocupa un lugar central en el populismo” (Laclau, 1978:192) y no constituye “un mero concepto retórico, sino una determinación objetiva, uno de los polos en la contradicción dominante al nivel de una formación social concreta” (Laclau, 1978:193). Las clases no podrían constituirse en hegemónicas a menos que incorporaran a su discurso de una manera específica -populista- al pueblo. La relación que desarrolla Laclau entre clase y pueblo consiste en considerar a la primera como el principio

articulatorio de una ideología populista. En la medida en que la clase incorpore a su discurso más interpelaciones populares -las demandas del “pueblo”- es que se volverá hegemónica.

El populismo, para Laclau, constituye más que un fenómeno: es un discurso que puede estar presente en diversos fenómenos políticos. Y es gracias a esta definición del populismo en tanto discurso que articula a las clases con el pueblo de una forma peculiar que

“es posible calificar de populistas a la vez a Hitler, a Mao o a Perón (...) porque en los discursos ideológicos de todos ellos las interpelaciones populares aparecen presentadas bajo la forma del antagonismo y no solo de la diferencia”.

(Laclau, 1978:203).

La producción discursiva del pueblo no se realiza necesariamente interpelando a lo subalterno, lo cual permite pensar en la existencia de un “populismo de los sectores dominantes”, es decir, que el discurso se dirija a articular a los sectores dominantes. Aunque esta idea no había sido muy desarrollada a lo largo de su obra, en trabajos recientes Laclau sostiene que

“En el sentido usual y restringido del término, cuyos matices peyorativos lo asocian a la demagogia pura, sin duda los movimientos de derechos civiles no pueden ser considerados populistas. (...) Mi argumento es que la construcción del ‘pueblo’ como un actor colectivo requiere extender la noción de ‘populismo’ para cubrir muchos movimientos y fenómenos que tradicionalmente no han sido considerados como tales” (Laclau, 2006:31).

Siguiendo a Althusser, Laclau observa que todo discurso político constituye a los “destinatarios” en sujetos específicos según la forma en que los interpela y articula. Hay que tener en cuenta que el concepto de articulación esgrimida en 1977 tiene un tinte althusseriano del cual Laclau expresará algunos años más tarde:

“la noción de articulación que desarrolló el althusserianismo se limitó principalmente a los contenidos ónticos que participan en el proceso de articulación (...) la posibilidad de plantear una ontología de lo social estaba estrictamente limitada desde el comienzo” (Laclau, 2004a:52-53).

El acento puesto por la escuela althusseriana a los contenidos de un discurso denominado populista obstaculizaba la posibilidad de pensarlo como un discurso instituyente del orden social tal como vimos en el apartado anterior. Podría tomarse como una hipótesis el hecho de que Laclau recién comenzara a bosquejar al populismo en un registro de lo ontológico algunos años más tardes con la publicación de *HyES*, a partir del andamiaje teórico construido desde una matriz post-marxista.

La dimensión política desde la cual fue pensado el populismo por Laclau también cumple un rol importante. El contexto político desde el cual escribe signado por el peronismo requerirá que se pensara a nivel teórico, y práctico, en una articulación que aglutinara no sólo al pueblo, es decir, al polo de una contradicción que estaba dirigida a oponerse a la oligarquía, al poder, sino también a sectores de esta clase. Laclau sostiene que

“no es la mera presencia de interpelaciones popular-democráticas en un discurso lo que transforma a éste en populista, y si, sin embargo, sabemos que el populismo está directamente ligado a la presencia del ‘pueblo’ en ese discurso, debemos concluir que lo que transforma a un discurso ideológico en populista es *una peculiar forma de articulación* de las interpelaciones popular-democráticas al mismo”. (Laclau, 1978:201).

Sin embargo, Laclau sostiene que la mera referencia al pueblo no constituye a un discurso en populista. Este modo específico de articular las interpelaciones al que refiere Laclau estaba íntimamente relacionado con el peronismo. No bastaba con sólo

aglutinar los intereses de las clases subalternas para que el peronismo pudiera ser hegemónico.³⁹

Como afirma Álvarez Junco,

“el primer acierto de Laclau es, sin duda, su renuncia a hacer del populismo la expresión política e ideológica de una clase social determinada, principal obstáculo con que se había encontrado desde el principio el marxismo. Había que superar el «reduccionismo clasista», tanto por razones *empíricas* (dado el notorio apoyo del movimiento (...) que abrazaba por igual al proletariado y a la burguesía nacionales) como por razones *teóricas* (ya que al centrarse en sus bases sociales se «reduce» el fenómeno)” (Álvarez Junco, 1988:12).

Este rechazo del reduccionismo de clase al que Laclau aspiraba, termina por consumarse en *HyES* en donde una de sus principales tesis consiste en la idea de que en las sociedades contemporáneas los conflictos sociales actuales se producen a partir de relaciones de subordinación que no se acotan en una dimensión del orden, sino que las mismas pueden basarse en diversos nodos de dominación basados en el género, raza, etnia, sexualidad, etc. El orden social contemporáneo provee condiciones para el surgimiento de diversos antagonismos, los cuales no necesariamente surgen a raíz de relaciones sociales de subordinación basadas en la “clase”, sino que están basados en una amplia variedad de demandas sociales, no sólo económicas-clasistas. Como

³⁹ Sin embargo, Laclau afirmará en su escrito de la década del 70 que sólo el socialismo, en opinión de Laclau, podría representar en un grado máximo la posibilidad de pleno desarrollo y superación de la contradicción pueblo/bloque de poder. Es en el socialismo donde confluye la forma más desarrollada del populismo en tanto existe un sector con intereses de clase cuyo objetivo es la supresión del Estado y por ende, se eliminarían radicalmente los conflictos de clase. “No hay socialismo sin populismo, pero las formas más altas de populismo sólo pueden ser socialistas” (Laclau, 1977:231). De Ípola y Portantiero (1981) criticaron fuertemente esta relación de continuidad necesaria entre populismo y socialismo. Estos autores sostenían que toda forma política que se denomina populista si bien al comienzo realiza una ruptura, en el sentido laclausiano de que las interpelaciones populares-democráticas presentan una oposición al orden existente, termina por degenerar en un transformismo al estilo gramsciano en el que dicha ruptura inicial se ve opacada y se vuelve al comienzo, es decir, a un estado de dominación de unas clases por otras. En este sentido, transformismo y socialismo no tendrían nada que ver, y lo que estaría ocurriendo en el contexto político en el que estos autores escriben, según su opinión, sería un proceso de institución de un régimen “transformista” más que uno socialista como pretendía Laclau.

sostuvimos en el capítulo precedente, las sociedades contemporáneas generan las condiciones para el surgimiento de una pluralidad de demandas sociales, no solo aquellas basadas en el aspecto económico, es decir, estrictamente de “clase” en sentido marxista.

En este sentido, Laclau toma una decisión teórica y metodológica al mismo tiempo al poner en el centro de su argumento la noción de demanda social. Teórica al considerar a las demandas sociales como el único medio de dar contenido material al concepto de pueblo y metodológica en el sentido de concebirlas como la unidad mínima de análisis desde la cual debe partir todo estudio acerca del populismo.

Varios teóricos (Zizek, 2006) le han cuestionado que tome como unidad mínima de análisis a las demandas y no a los grupos que las construyen y expresan. Al postular a las demandas como las categorías a partir de las cuales debería partir todo análisis del populismo, Laclau está presuponiendo la heterogeneidad de todo grupo social. Éste se establecería a partir de la articulación de demandas que son heterogéneas entre sí. Las demandas sociales en la teoría laclausiana podrían ser tratadas desde tres perspectivas íntimamente relacionadas: una abordada desde la sociología, otra influenciada por el psicoanálisis lacaniano y la última con un tinte filosófico, siendo la primera la más desarrollada por Laclau.

Desde la primera perspectiva, las demandas sociales adquieren dos dimensiones. Al principio, las demandas comienzan a partir de *peticiones* a las autoridades sobre algunas cuestiones de amplia variedad, desde un reclamo por obtener una mejor calidad de vida a partir de la instalación del sistema de agua potable en el barrio hasta un reclamo por una modificación radical del sistema económico. Cuando dichas peticiones no encuentran una respuesta institucional, se convierten en *reclamos* que pueden ir acumulándose. El término “demand” en inglés utilizado en los escritos de Laclau puede traducirse como petición y reclamo al mismo tiempo y no es casual que Laclau emplee

dicha noción ya que el tránsito de aquella a éste constituye una de las características definitorias del populismo. La metamorfosis a partir de la cual una petición se constituye en un reclamo ocurre a partir de la intervención de la lógica de la equivalencia tal como la habíamos definido anteriormente. ¿En qué sentido esta lógica constituye a los reclamos y los aglutina? Los reclamos que quedan insatisfechos, se convierten en demandas *populares* (demandas anti-sistémicas), mientras que aquellos que quedan aislados los ubica dentro de las demandas *democráticas* (demandas intra-sistémicas)⁴⁰. La frustración de una serie de demandas sociales hace posible el pasaje de las demandas democráticas aisladas a las demandas populares equivalenciales, las cuales no pueden ser absorbidas por los canales institucionales legitimados. Laclau sostiene que “cuando ese proceso rebasa los aparatos institucionales mas allá de cierto límite, comenzamos a tener el pueblo del populismo”. (Laclau, 2006:10). Como sostiene Carassale,

“Laclau al plantear la demanda como unidad mínima de análisis, renueva el estudio del populismo y de los procesos hegemónicos, pues la constitución del sujeto populista pasa a través de un tipo particular de demanda (democrática) a otra (popular) para establecer el lugar de quién demanda y qué demanda (...) la demanda es el significado previo, incipiente y aislado, mientras la populista es el posterior, como su ampliación y potenciación significativa” (Carassale, 2007:143).⁴¹

⁴⁰ Es necesario aclarar que el calificativo de “democrático” atribuido a ciertas demandas no se refiere a una noción del mismo relacionado con un régimen político, sino a dos aspectos: al destinatario que está dirigida la demanda (al sistema institucional) y al status del enunciador de la demanda (el excluido del sistema).

⁴¹ Sin embargo, es preciso resaltar la crítica que Carassale realiza a Laclau en relación al status de las demandas democráticas. Aquel sostiene que los rasgos que Laclau le atribuye a las demandas populares no son exclusivas de ésta sino que las democráticas también conllevan esas características. El error de Laclau, según Carassale, proviene de la incorrecta interpretación que Laclau realizó de la retórica de Paul De Man la cual lleva a Laclau a desestimar el análisis de cómo surge una demanda democrática, qué sujeto se constituye a partir de ésta y qué papel juega en la institución de lo político. (Carassale, 2007). Asimismo, sostiene que si bien Laclau reconoce la existencia de otras formas de institución política, “su

La falla de “la política”, en el sentido esgrimido en el primer capítulo como espacio de administración y gobernabilidad del orden es decisiva y sale a la luz cuando las instituciones vigentes no pueden absorber las demandas democráticas. En este sentido y retomando la noción de dislocación esgrimida en el capítulo sobre antagonismo, la falla de la política-la dislocación-es la precondition para la existencia de lógicas populistas. Las demandas populares, a diferencia de las democráticas, tienen, según Laclau, tres características específicas: constituyen actos de habla que construyen “algo”, se articulan en una pluralidad a partir de su equivalencia con un significante y por ende, constituyen una subjetividad más amplia que aquellas que articuló. Esta subjetividad más amplia se debe a que precisamente una lógica populista divide al terreno social en dos campos antagónicos. Como Laclau había sostenido en *HyES*,

“hablaremos de *luchas democráticas* en los casos en que éstas supongan una pluralidad de espacios políticos y de *luchas populares* en aquellos otros casos en que ciertos discursos construyen *tendencialmente* la división de un único espacio político en dos campos opuestos” (Laclau, 1985:181).

Esta división del campo social en dos terrenos a partir de una frontera antagónica será una de las condiciones esenciales para que se pueda empezar a hablar del populismo y del pueblo como su expresión. Marchart adiciona un aspecto a esta condición que nuevamente entrañará una tensión en el planteamiento de Laclau. En palabras de este autor,

“Laclau descubre que la simplificación dicotómica del espacio político, una característica común de la movilización populista, no debe ser considerada como una mera secuela de la política populista. Ella es la condición misma de toda

análisis da por sentado los procesos de constitución de la demanda democrática, desconociendo precisamente la subjetividad que realiza la mala ejecución y que condiciona a la populista. Podemos afirmar que en su perspectiva hay una despolitización de la demanda democrática, en la que no se trasunta ninguna constitución de sujeto, desconociendo que ésta conforma el espacio de contingencia de lo social, de expresión de heterogeneidad que es inherente a cualquier práctica política” (Carassale, 2007: 99).

acción política, la forma concreta de la racionalidad política”. (Marchart, 2006: 40).

De esta cita se desprende nuevamente la tensión irresoluble de la que hablábamos anteriormente entre un registro ontológico y otro óntico: que toda acción política necesite indefectiblemente de la dicotomización del campo político, por ende, de una lógica populista, lleva a asimilar las nociones de lo político y el populismo.

En *LRP* Laclau modifica su concepción originaria del populismo del año 1977 en tanto lo entendía como una contradicción entre pueblo y bloque de poder, sosteniendo ahora que el espacio dividido en dos campos pasa a denominarse “nosotros-pueblo” y “ellos-poder”. Este proceso de constitución del populismo se lleva a cabo en un sentido discursivo, entendido éste tal como lo explicamos en el capítulo acerca de la teoría de la hegemonía. Los críticos de Laclau han malentendido y tergiversado la noción de discurso de Laclau con el objeto de considerar a la teoría del populismo propuesta como una herramienta de ejercicio demagógico del poder. Cuando Laclau hace referencia al populismo como una articulación discursiva se está refiriendo al proceso de articulación de elementos/demandas, no definidos a priori ni preconstituidos, el cual se dirige a la constitución de una totalidad relacional.

A partir de la articulación de las demandas populares, surge una determinada subjetividad social⁴², relacionada con el pueblo. Sin embargo, en un pasaje de HyES Laclau y Mouffe parecieran enfatizar las demandas democráticas por sobre las populares, al sostener que

“está claro que el concepto fundamental es el de ‘luchas democráticas’, y que las luchas populares sólo constituyen coyunturas específicas, resultantes de una multiplicación de efectos de equivalencia entre las luchas democráticas” (Laclau y Mouffe, 2004: 181)

⁴² Como sostiene Retamozo (2006), uno de los déficits que se le podría atribuir a la teoría de Laclau constituye el escaso desarrollo que ha realizado de la categoría de subjetividad.

Esta relación se invertirá en *LRP* al proclamar Laclau el populismo como la lógica de institución de lo político por excelencia en el mundo contemporáneo.

Asimismo, podríamos analizar la temática de las demandas sociales desde una perspectiva influenciada por el psicoanálisis lacaniano en lo que respecta a la noción de deseo. Los conceptos de lo imaginario y lo simbólico nos permitirán comprender a qué apunta la noción de demanda social. Según Lacan, el sujeto se constituye en y por un semejante, por la imagen en el espejo que le devuelve la dimensión del otro. Lo imaginario es el registro de la identificación que se inicia con el estadio del espejo a partir del cual el sujeto se constituye e identifica en otro. Pero es necesario el registro de lo simbólico encarnado en el lenguaje para que se genere la reflexión comunitaria acerca de la constitución del sujeto y éste pueda ser integrado a los otros, a la cultura. Es gracias al lenguaje que el sujeto se termina de constituir, mediante su inserción en el orden simbólico y a partir de la materialización de su deseo en un discurso. Stavrakakis nos explica que “si necesito identificarme con algo es, no sólo, y en primer término, porque no tengo una identidad completa sino porque todos mis intentos por adquirirla mediante la identificación con otro supuestamente completo resultan fallidos” (Stavrakakis, 2007:71). Esto se debe a que el Otro también está atravesado por la falta de *jouissance*, es decir, el goce real, el cual nunca será alcanzado desde el momento que entramos en el registro simbólico del lenguaje, a partir del cual lo Real es postulado como un objeto externo prohibido. El sujeto sólo puede existir con la condición de que acepte las leyes de lo simbólico. El Otro es incapaz de ofrecer una identidad estable, de suturar la falta en el sujeto. Este estado de frustración lleva al sujeto al campo de la fantasía, del *objet petit a*. La fantasía constituye una construcción que promete recubrir la falta en el Otro y eliminarla, aún sabiendo que esto es imposible, pero al menos intenta que el sujeto pueda hacer más soportable la falta en el Otro. La fantasía, en palabras de Laclau “se convierte en un argumento imaginario que encubre la división o

‘antagonismo’ fundamental en torno al cual se estructura el campo social”. (Laclau, 2005a: 13).⁴³ “Debemos al hecho de la constitutividad de lo simbólico en la vida humana que la necesidad se convierta en demanda y el instinto se convierta en pulsión y luego en deseo” (Stavrakakis, 2007:61). El sujeto tiene la necesidad de demandarle al Otro –a través del lenguaje- para poder constituirse completamente aún sabiendo que esto es imposible. Las demandas explicadas por Laclau podrían ser pensadas como una analogía con el deseo lacaniano en tanto promueven la acción del sujeto, una búsqueda incesante de satisfacción del deseo-las demandas sociales.

Por último, se puede abordar la cuestión de las demandas sociales desde una perspectiva filosófica a partir del análisis que realiza A. Kojève de la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel. Como mencionamos recientemente, Kojève sostiene que es a partir del lenguaje, de la palabra, cuando el sujeto toma conciencia de sí expresando su demanda hacia el Otro. La demanda elaborada como deseo se orienta al otro, interpelando a la alteridad. Sin el otro no puede existir el deseo/demanda. Desde esta perspectiva la demanda hacia el otro no sería otra cosa que la demanda por el reconocimiento del otro. Con la demanda no se intenta satisfacer un aspecto particular planteado en el contenido de la demanda, sino ya el sólo planteamiento de la demanda, sin interesar su contenido, conlleva una demanda de reconocimiento. No es el deseo mismo, sino el valor deseado por esta demanda el verdadero objeto de deseo. Toda demanda conlleva la necesidad del reconocimiento del otro, es decir, que el otro me atribuya el valor que estoy esperando. La demanda vale por sí misma en tanto se erige como demanda de reconocimiento. Como afirma E. Castro, “no es el problema

⁴³ La fantasía lacaniana podría pensarse desde las nociones de “mito” e “imaginario” esbozados por Laclau como posibles alternativas, además de la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia, de canalización de las demandas. Con mito Laclau está haciendo referencia a los intentos de ocultar las fracturas/grietas en las formaciones discursivas o recomponer los sistemas dislocados mediante la rearticulación de elementos-demandas. Los mitos se convierten en imaginarios cuando tienen éxito en movilizar a aquellos a quienes interpela. Los imaginarios solo presentan la ilusión de clausura del sistema discursivo y pasarán a competir con otros mitos, lo cual pondría en riesgo su existencia.

cognitivo del reconocimiento, sino el problema ético o político del reconocimiento. El hombre se vuelve hombre queriendo ser reconocido en la lucha por el reconocimiento” (Castro, 2006) En palabras de Kojève, “sólo siendo “reconocido” por otro, por los otros, y, en su límite, por todos los otros, un ser humano es realmente humano tanto para él mismo como para los otros” (Kojève, 1999: 17). El que gana en esta historia es el esclavo porque es aquel que no es reconocido como humano por el señor pero tiene en sí mismo la idea de lo humano y va a luchar mediante su trabajo para alcanzar esa idea. Aquí vemos cómo nuevamente al igual que en la perspectiva influenciada por el psicoanálisis lacaniano, el plantear una demanda suscita una instancia de acción, una voluntad de institución, si bien la misma no pueda ser satisfecha en su plenitud, pero el sólo hecho de esgrimirla, promueve en el sujeto la voluntad de acción y por ende, la construcción de una identidad.

De estos tres modos posibles de abordar las demandas sociales, podemos sostener pues que éstas, en tanto peticiones que se convierten en reclamos y por ende, permanecen insatisfechas, son dirigidas hacia Otro al que se le reclama reconocimiento. Este deseo de ser tenido en cuenta por el Otro ya entraña una imposibilidad constitutiva. El pedido de que se satisfaga la demanda se convierte en el deseo de ser reconocido, de “ser”, de constituirse en un sujeto. Hay algo de las demandas que es irreductible e imposible de articular en una cadena equivalencial y al mismo tiempo, hay algo que es compartido con otras demandas, esto es, el ser negadas por el sistema.

Esta afirmación es eminentemente sociológica y en todo caso puede ser construida como una hipótesis de investigación. Lo cierto es que a partir de esta dimensión vemos cómo la noción de demanda social opera en un registro sociológico-óntico en tanto los reclamos, al permanecer insatisfechos, se articulan entre sí para erigirse como una totalidad. Asimismo, también observamos cómo las demandas en el planteamiento de

Laclau conllevan una dimensión subjetiva que se relaciona íntimamente con la constitución de los sujetos y las identidades, las cuales se construyen a partir de la oposición a un “otro” que obstaculiza la concreción de su objetivo. El psicoanálisis lacaniano y la filosofía de influencia hegeliana, por su parte, nos habilita a pensar a la demanda en tanto deseo que, dirigido a un otro a través del lenguaje, constituye al sujeto aunque de manera incompleta. Esta precariedad de la constitución del sujeto lleva a éste a una búsqueda constante de su institución plena, del reconocimiento del Otro, aún reconociendo la imposibilidad de esta acción. De esta manera, observamos la superposición de registros en el estudio de las demandas, lo cual amerita un desarrollo teórico en profundidad de estos dos campos de análisis, el sociológico y el identitario.

La acumulación de demandas que han permanecido insatisfechas por parte del orden, del otro, de la alteridad, se articulan en un bloque. Es aquí cuando Laclau habla de “ruptura populista”. Laclau sostiene que “la condición ineludible es que haya tenido lugar una dicotomización del espacio social, que los actores se vean a sí mismos como partícipes de uno u otro de dos campos enfrentados” (Laclau, 2006a: 1). La construcción del pueblo va a ser el intento de dar un nombre a la plenitud de uno de los campos, una plenitud que será imposible. Esta promesa de plenitud que encarna el populismo constituye la promesa de que todas las demandas articuladas serán satisfechas. Ese nombre no se refiere necesariamente el nombre de un líder, de una persona en particular, sino a cualquier objeto, imagen o símbolo. Sin esta ruptura inicial de algo en el orden social no hay posibilidad de una frontera antagónica y por ende, de la constitución de la subjetividad popular. Horizontalidad y verticalidad se interceptan en el sentido de que primero se expande la cadena de equivalencia través de la articulación de demandas -lógica de la diferencia- y al mismo tiempo una demanda intenta suturar la diversidad encarnando el nombre del pueblo -lógica de la equivalencia-.

La lógica populista implica el surgimiento de una frontera interna en el sentido de que la parte que se reivindica como pueblo no abarca a la totalidad de los ciudadanos. En este punto es necesario remitirnos a la dicotomía *plebs* – *populus*. Con el primer término Laclau hace referencia a la parte que encarnaría el todo, es decir, el *populus*. La *plebs* –pueblo- se asume como *populus*. Una relación hegemónica presupone que el todo siempre se encontraría encarnado, de modo precario, por una parte.⁴⁴ Esta parte en tanto objeto parcial, encarna la totalidad mítica, provocando un efecto, una ilusión, de totalización parcial y presentándose como la plenitud ausente al interior de la comunidad política. El *demos* de Ranciere constituiría un sinónimo del pueblo laclausiano al no ser una categoría social definida a priori, es el nombre de los parias, aquellos a los que se le niega una identidad.

Aquí podemos hacer referencia al papel que juega la retórica en el análisis del populismo. Por medio de la figura retórica llamada sinécdoque, la parte dañada, los excluidos, “la parte de los que no tienen parte”, la *plebs*, se presenta como el todo, como el *populus*. Para que se constituya la categoría de pueblo es necesario la existencia de una frontera a partir de la cual quede excluida alguna parte, no todos los ciudadanos conforman el pueblo. Este mecanismo por medio del cual una particularidad (*plebs*) asume la representación del universal (*populus*) es lo que precedentemente habíamos denominado como hegemonía. Por ende, la construcción del populismo pareciera ser una construcción hegemónica.

Nuevamente, vemos cómo reaparece la tensión anteriormente esgrimida acerca de la relación entre la hegemonía y populismo, llegando a aparecer en la teoría de Laclau sino

⁴⁴ La parte que se reivindica como pueblo excluye a otra parte que es denominada por aquel como “poder”. Tal como vimos anteriormente, el pueblo laclausiano podría identificarse como “la parte de los que no tienen parte” según Ranciere. De todas maneras, hay que tener en cuenta que según Laclau, puede existir una demanda democrática que provenga de sectores dominantes, los cuales pueden sentirse amenazados por el avance de los sectores subalternos. Es decir, la dicotomía nosotros-ellos seguiría vigente pero en este caso el nosotros no necesariamente sería el pueblo, podría ser la oligarquía. El nombre no va asociado a priori a un sujeto particular.

como sinónimos, como categorías que compartieran un cierto grado de analogía. La hegemonía es el medio a través del cual el populismo se despliega y, como veremos, por momentos es difícil diferenciar entre una y otro, debido a que comparte cierta gramática.

4- El campo de las identidades colectivas: la identidad popular laclausiana

La primera idea con la que el lector se encuentra en el prefacio de LRP se refiere a la centralidad que adquiere el estudio de la formación de las identidades colectivas en el tratamiento del populismo. Una de las posibles identidades político-colectivas es aquella que Laclau denomina populista. ¿Cuál es el proceso mediante el cual se constituye una identidad popular? ¿Cuál es la diferencia entre ésta y otras no-populares? ¿Éstas existen, en última instancia? Estos son algunos interrogantes por los que atraviesa la obra de Laclau y a los cuales intentaremos aproximarnos en el siguiente apartado.

El concepto clave que media entre la relación entre el populismo y la constitución de las identidades populares es la noción de demandas sociales detalladas extensamente en el apartado anterior. Laclau se pregunta qué relación habría entre las identidades populares y las demandas e identifica tres posibles alternativas con respecto a la construcción de las identidades.

La primera, concebida como un tipo-ideal en el sentido weberiano, se orienta hacia la constitución de una instancia de un alto grado de institucionalización en la cual las demandas no se extienden más allá de la mera petición ya que todas ellas son reabsorbidas por el sistema.⁴⁵ Las demandas no se agrupan a través de foros matriciales, sino que tienden a plantearse separadamente las unas de las otras. La segunda alternativa se caracteriza por la existencia ya de un conflicto entre las demandas y la

⁴⁵ Esto se aproxima a lo que Rancière (1996) llama policía que es el orden natural dado por la lógica de contar y asignar lugares diferenciales a la población. En un orden policial toda demanda es una instancia del régimen administrativo-institucional. Este tipo de orden se distingue claramente de la lógica populista que desarrollamos en el primer apartado.

capacidad y/o voluntad del sistema para satisfacerlas, convirtiéndose las peticiones en reclamos los cuales cuestionan al sistema. La tercer y última posibilidad que concibe Laclau, la cual constituye el tema de *LRP*, se refiere a la división del campo social en dos esferas, los de arriba y los de abajo, a partir de los cuales se constituye una cadena equivalencial, la cual articulará una serie de demandas heterogéneas y radicalizadas de las cuales saldrá un significante que se vaciará de contenido para representarlas en una totalidad significativa. Este es el escenario que lleva a la formación de la identidad popular, del actor denominado por Laclau “el pueblo”.⁴⁶ En esta última posibilidad que construye Laclau, hay explícito tres variables que es necesario desentrañar al momento de analizar al populismo.

Para adentrarnos en el registro identitario del populismo, es necesario remitirnos nuevamente a las nociones explicadas en los capítulos anteriores que constituyen los tres campos imprescindibles a tener en cuenta al momento de analizar al populismo: la heterogeneidad constitutiva irreductible a una lógica dialéctica, los significantes en todos sus niveles y las fronteras antagónicas (Laclau, 2005: 197), estando las tres imbricadas íntimamente, no es posible pensar una sin remitirnos a la otra.

Tal como vimos en el capítulo de antagonismo, en *LRP* Laclau termina de introducir la noción de heterogeneidad social. Laclau, para el análisis del populismo, añade una segunda clase de heterogeneidad, estableciendo a la vez una distinción y una vinculación entre ambas: la heterogeneidad que excede el marco de lo simbolizable en una sociedad determinada –lo Real–, explicada precedentemente y la heterogeneidad al interior del campo simbólico, expresada a partir de las diversas demandas. Si la primera corresponde al resto o exceso de una estructura discursiva dada, es decir, a un nivel ontológico, la segunda remite a la singularidad irreductible de cada demanda, que resiste

⁴⁶ Es necesario aclarar que Laclau sostiene que “todo régimen viable tiene que combinar de alguna manera en distintas proporciones el institucionalismo y el populismo (...) un populismo extremo en el cual no hubiera ninguna forma de institucionalidad mínima tampoco es una solución. Eso lleva puramente al caos social” (Laclau, 2009: 826)

a la homogeneización total por parte de la cadena equivalencial. La dimensión de universalidad (parcial) -resultante del carácter incompleto de las identidades diferenciales- no puede ser eliminada, en la medida en que la comunidad no es enteramente homogénea.

A partir de esta doble heterogeneidad es que toda identidad estará dislocada permanentemente en la medida en que depende de un exterior que al mismo tiempo que la niega, es su condición de posibilidad. La heterogeneidad inherente a las articulaciones sociales se refleja en la estructuración de las identidades sociales, lo cual indica la primacía que tiene lo político sobre lo social y lo identitario. La ruptura de lo homogéneo por parte de lo heterogéneo es lo que lleva a la formación de una identidad popular. Laclau sostiene que “en un mundo heterogéneo, una acción política significativa solo es posible si la identidad sectorial se concibe como núcleo y punto de partida en la constitución de una voluntad popular más amplia” (Laclau, 2006:30). Es decir, estaríamos remitiéndonos nuevamente a la categoría de hegemonía mediante la cual una particularidad asume el rol de la universalidad, de esa voluntad más amplia.

Ésta constituiría el campo popular, uno de los polos que llevaría a la constitución de la identidad popular. Para que se logre esto es necesario un primer momento que consiste en la equiparación de demandas en una cadena que se constituye a partir de significantes vacíos. Toda identidad popular surge necesariamente a partir del antagonismo en su registro óptico tal como desarrollamos en el capítulo precedente. No es posible pensar en ella sin tener en cuenta la constitución de una frontera antagónica que establezca una relación de negación entre dos objetividades, entre dos posiciones que están inmersas en un sistema de diferencias. Laclau sostiene que “el ataque del enemigo”, para referirse precisamente al antagonismo que surge entre dos elementos, es la condición necesaria para que surja una identidad de índole popular.

“Las metas de cualquier grupo que esté empeñado en una lucha por el poder solo pueden alcanzarse si ese grupo actúa hegemónicamente sobre fuerzas más amplias que el mismo; fuerzas que, a su vez, cambiaran la subjetividad de ese grupo”. (Laclau, 2006:30).

Toda identidad es construida a partir de tensión insuperable entre la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia explicadas anteriormente. En el populismo, la primacía de la lógica de la equivalencia por sobre la diferencia se explica desde el momento en que toda identidad, independientemente de que sea denominada popular, necesita que un elemento se constituya en el representante de la totalidad (imposible). alguna particularidad proveniente de uno de los campos en los que se dividió el terreno social asumirá la función de totalizadora a partir de la lógica hegemónica. En este sentido, es el significante amo tal como desarrollamos en el capítulo de la teoría de la hegemonía de Laclau, el que encarnará ese rol dentro de un campo discursivo determinado. Ese significante privilegiado no modificará por completo su identidad sino que articulará de una manera particular los demás significados, creando una identidad *sui generis*. Como lo expresa Laclau, “la unificación simbólica del grupo en torno a una individualidad (...) es inherente a la formación de un pueblo” (Laclau, 2005:130), es decir, al constituirse una totalidad significativa a partir de una cadena equivalencial en donde uno de los vínculos asume el rol de condensar los otros en su nombre, la singularidad es la que cobra relevancia. Esta singularidad que asume un nombre lleva a que el grupo se identifique con él y termine por constituirse en el fundamento de la cosa misma, es decir, del pueblo. Ya veremos en el siguiente apartado las críticas que ha suscitado esta postura laclausiana de la identificación de los sujetos con ciertos símbolos. A partir de este nombre, el cual podríamos denominar significante vacío en el sentido expresado en el capítulo acerca de la teoría de la hegemonía, la significación de

un campo antagónico se condensa en alguna palabra o imagen, a pesar de sus diferencias las cuales permanecen como particularidades, y se identifica con aquél.

Como sostiene Laclau, es necesario tener en cuenta que

“en este proceso de condensación debemos diferenciar dos aspectos: el rol *ontológico* de la construcción discursiva de la división social, y el contenido *óntico* que, en ciertas circunstancias, juega ese rol”. (Laclau, 2005:114-115),

es decir, el significante que se vacíe de contenido para asumir la función hegemónica de representación no está definido a priori, es contingente y varía de un proceso a otro pero el hecho de que algún significante deba asumir ese papel es necesario para la institución de lo político: el papel ontológico es inherente a toda lógica política.

Laclau se pregunta en *LRP* qué ocurriría si algún significante de uno de los campos intenta una “jugada” hegemónica para construir una cadena equivalencial que absorba algunos de estos eslabones de la cadena popular pero al mismo tiempo rechace otros. En ese caso la demanda estará sometida a la presión estructural de dos proyectos hegemónicos diferentes, entonces en lugar de hablar de significantes vacíos, Laclau formula la noción de significante flotante ya que constituye uno que permanece indeciso entre varias formas de absorción política.

El rol de condensación que juega un determinado significante es necesario, no así el significado que adquiere un determinado significante. El acto de nombrar es esencial ya que funciona como la denominación de la plenitud imposible y explicar por qué ciertos significantes tienden al vaciamiento nos obliga a remitirnos al contexto particular de cada proceso. La condición de dicho nombramiento es la existencia de demandas preexistentes a la cadena equivalencial. Marchart afirma que en la teoría laclausiana

“un agente social existe solamente en la medida en que él/ella es nominado. La política (...) debe ser entendida como el proceso mismo mediante el cual un grupo asume su nombre. De esta forma, Laclau reformula la teoría de la

hegemonía como una teoría del acto de nominar (...). Lo único que mantiene unido el grupo será el nombre que surja de ese proceso. Por consiguiente, el nombre «no expresa la unidad del grupo, pero se convierte en su base» (ibíd., p. 231).

El *point de capiton* desarrollado por Žižek y esbozado en el capítulo sobre hegemonía hacía referencia a la palabra que articula un determinado campo antagónico y por ende, promueve la constitución de una identidad. Laclau a partir de este enfoque concluye que es el acto de nombrar el que instituye y fundamenta una identidad, por ende, y volvemos a la misma idea, este proceso hegemónico a partir del cual el nombre se erige como representante de una universalidad, conlleva una lógica retórica.

“La totalización del campo popular solo puede tener lugar si un contenido parcial adopta la representación de una universalidad que es incommensurable con él (...) esta articulación entre universalidad y particularidad que es constitutivamente inherente a la construcción de un ‘pueblo’ (...) se sedimenta en prácticas en instituciones” (Laclau, 2005:137-138).

Y por otro lado, planteado de manera inversa, Laclau explica

“no hay hegemonía sin la construcción de una identidad popular a partir de una pluralidad de demandas democráticas. Por lo tanto, vamos a situar la identidad popular dentro del complejo relacional que explica las condiciones tanto de su surgimiento como de su disolución” (Laclau, 2005:124).

Entonces, si como se desprende de la primera cita, la hegemonía -relación entre universal y particular- es inherente a toda lógica populista y de manera inversa, si la presencia de una identidad populista es la condición para que una lógica hegemónica pueda desplegarse, ¿cuál sería la relación entre hegemonía y populismo? Vemos ahora cómo lo ontológico y lo identitario sino se identifican, llegan a superponerse: una identidad puede surgir sólo si se articulan hegemónicamente en una cadena

equivalencial elementos heterogéneos –lo cual constituye la hegemonía tal como ha sido definido por Laclau y al mismo tiempo uno de los requisitos para denominar populista a una articulación/discurso, por ende, hasta aquí podríamos pensar que hegemonía=populismo.

Pero de esta cita se desprende además que cualquier identidad es popular, precisamente porque toda identidad necesita de una construcción hegemónica y popular. Si toda identidad es política, y la política es hegemonía, y a la vez toda lógica hegemónica es populista, entonces se deduce que toda identidad es populista. Toda identidad será política, pero como la política es hegemónica y la hegemonía es populismo, toda identidad será populista.

5- Disputas alrededor del populismo

La noción de populismo desarrollado en la obra de Laclau ha suscitado diversas críticas y al mismo tiempo estimulado una serie de debates que serán expuestos a continuación. El populismo laclausiano entendido en un nivel ontológico ha generado las mayores críticas, las cuales se han orientado a cuestionar la tensión que ya hemos introducido entre el nivel ontológico y el nivel óntico. Frente a la frase de Laclau según la cual

“si el populismo consiste en la postulación de una alternativa radical dentro del espacio comunitario (...) ¿no se convierte el populismo en sinónimo de política? (...) Populismo significa cuestionar el orden institucional mediante la construcción de un pueblo como agente histórico (...) pero esto es equivalente a lo político” (Laclau, 2004a:68-69).

Benjamin Arditi (2004), retomando la tesis de Oakeshott acerca de la ambigüedad del léxico político, sostiene que si bien toda política tiene una orientación populista, no está de acuerdo con Laclau en utilizar dos conceptos distintos para hacer referencia a un

mismo fenómeno, esto es, la ruptura del espacio comunitario en dos campos. Política y populismo aparecen como sinónimos en la teoría y si bien Laclau es renuente a otorgarle contenidos a priori al populismo, en el fondo, según Arditi, lo termina haciendo al atribuir las características propia de la política a una lógica que podría denominarse populista. En ese sentido, se pregunta,

“¿por qué se necesita dos nombres, populismo y política, para describir el mismo tipo de fenómeno —fundamentalmente la construcción del “pueblo”— o por qué Laclau escoge “La razón populista” como título de su libro si el tema de estudio es la razón política o, por lo menos, la razón que opera en las variantes radicales de la política? (Arditi, 2010:6).

Este cuestionamiento que realiza Arditi ya lo habíamos anticipado cuando abordamos al populismo en su registro ontológico: ¿toda política es entonces populista? Este interrogante no es abordado explícitamente por Laclau ya que en su última obra oscila entre una y otra definición y, parafraseando a Arditi, Laclau se desliza en su obra en una concepción de “la política-como-populismo”. Asimismo, y retomando la pregunta acerca de la relación entre hegemonía y populismo, Arditi sostiene que

“Las fronteras entre hegemonía, política y populismo son borrosas dado que *LRP* aborda su objeto de estudio con bloques conceptuales que son similares y a menudo idénticos a los que Laclau usó para desarrollar su teoría postgramsciana de la hegemonía” (Arditi, 2010:5).

En este sentido, Arditi sostiene que al replicar el esquema utilizado para desarrollar la teoría de la hegemonía, la obra laclausiana termina por equiparar a las tres nociones principales en la teoría de Laclau: si la política consiste en una lógica según la cual una particularidad asume la función de representar a una totalidad sin logarlo completamente, entonces la política es hegemonía en los términos que Laclau la define. Pero al mismo tiempo,

“(…) en *LRP* es el populismo el que se entremezcla con la política (o por lo menos con la política radical) a través del lenguaje y la práctica de la hegemonía. El populismo se convierte aquí en la verdad de lo político o en el camino privilegiado para entenderlo (…) el populismo funciona menos como un tema de estudio que como telón de fondo o incluso como instigador implícito de su pensamiento político” (Arditi, 2010: 5)

Por lo tanto, tal como indica el título del artículo escrito por Arditi, política=hegemonía=populismo, esta sinonimia queda expuesta en la teoría de Laclau y Arditi parte de la sospecha de que desde el momento en que Laclau comenzó a desarrollar su teoría de “la política-como-hegemonía” estaba pensando en el populismo y su teoría del populismo constituirá una adaptación ad hoc a la teoría de la hegemonía. Algunos autores defienden a Laclau de adjudicarle esta sinonimia reduccionista entre política, hegemonía y populismo porque

“si bien Laclau presenta un argumento de la contaminación (en este caso, entre política y populismo), esto no lo lleva necesariamente a perder de vista ciertos rasgos característicos de cada concepto. Para Laclau, el concepto de política y el de populismo no poseen el mismo estatuto. Si bien ambos implican una relación hegemónica (de allí la contaminación entre uno y otro), Laclau establece la especificidad del populismo a través de dos elementos clave: la figura de un pueblo (que dicotomiza el espacio social) y la figura de un líder en el lugar del ideal” (Biglieri y Perelló, 2007: 18)

Esta idea de la sinonimia desarrollada por Arditi que al principio se presenta menos como una crítica que como pista a partir de la cual comprender el análisis laclausiano, sí se deslizará en el artículo de Arditi hacia un cuestionamiento de la pretensión de Laclau de situar al populismo en un nivel ontológico y en este sentido, contradiría la sinonimia

entre política (o lo político)⁴⁷ y populismo. Si lo político es el momento de institución de lo social, del orden, y no necesita de ningún fundamento a priori para poder realizarse, ¿por qué el populismo necesita como condición de posibilidad la existencia previa de una coyuntura crítica en donde un conjunto de demandas hayan permanecido insatisfechas? De esta manera,

“lo político queda subordinado a las coyunturas críticas y su estatus es derivativo antes que constitutivo. Si lo político tiene un papel estructurante primordial, entonces también debe ser capaz de desencadenar la desinstitucionalización del orden existente en lugar de depender de la presencia de una crisis para poder generar sus efectos subversivos y reconstructivos” (Arditi, 2010:8)

Una crítica que podría dirigirse al andamiaje metodológico con el que Laclau construye su teoría del populismo se refiere al hecho de que al final de *LRP*, según Arditi, Laclau elige a discreción ciertos ejemplos con el objetivo de “comprobar” su teoría del populismo y de manera tal que bajo este concepto puedan caber diversos fenómenos y procesos. Arditi argumenta con respecto a esta idea:

“Soy renuente a concluir que esto hace que el razonamiento de Laclau padezca de tautológico, pero sí se puede decir que cosas como ésta —y también otras, como su apresurada caracterización del maoísmo como populismo— alimenta la creencia de que hay una veta autorreferencial en su trabajo” (Arditi, 2010:10)

Algunos aspectos de esta crítica fueron anticipados por Aníbal Viguera (1993) en su referencia a la amplitud de la noción de populismo tal como es desarrollada por Laclau en *PITM*, en donde el populismo está asociado más que a un tipo de régimen político, a determinadas bases sociales a partir de las cuales se definiría o a un tipo de liderazgo político, cierta dimensión ideológica, que luego será un tanto modificada en *LRP*, a

⁴⁷ Si bien Arditi en otros escritos ha tenido en cuenta la distinción entre “lo político” y “la política”, en el texto sobre el que estamos trabajando los emplea indistintamente.

partir de la cual posibilita a Laclau a incluir bajo la noción de populismo a una variedad de experiencias políticas. Al definir al populismo como un tipo de ideología, la noción termina siendo tan general que su utilidad pierde sentido. En palabras de Viguera,

“si observamos la interpretación de Laclau, esta se basa en un rasgo tan formalizado y general que le permite abarcar sin problema casos tan dispares como los de Fidel Castro y Hitler pasando por Perón: la definición es coherente con los ejemplos, pero ¿qué es lo que nos permite observar o explicar?” (Viguera, 1993:58).

Atilio Borón también dirige su crítica a Laclau al considerar a la mayoría de fenómenos como populistas pero Borón, a diferencia de Viguera, le adjudica este “error” al no concebir la realidad en términos dialécticos, déficit propio del post-marxismo. En palabras de Borón,

“No hace falta ser un erudito en historia política comparada para apreciar el gigantesco desatino de cualquier conceptualización que coloque a Hitler, Mao y Perón en un mismo casillero teórico. Pero el pensamiento lineal y mecánico es muy mal consejero y es incapaz de dar cuenta de la historia real que, como es bien sabido, no se desenvuelve de acuerdo a sus cánones metodológicos” (Borón, 1996:21).

Esta lógica mecánica que Borón le atribuye y critica a Laclau es precisamente el elemento que éste cuestiona al marxismo ortodoxo y a partir de la cual desarrolla su teoría de la hegemonía, y posteriormente, del populismo. En esta misma línea de análisis, Vilas (2003) adjudica dicho déficit al considerar al populismo como un tipo de discurso político despojándose de aspectos tales como una determinada configuración social en un momento determinado como de referentes de clase. Es por ello que Vilas denomina a la teoría del populismo laclausiana como “la variante académica más elaborada del reduccionismo”. Pero es necesario tener en cuenta que las críticas de

Viguera, Borón y Vilas se han basado en el trabajo de Laclau “Hacia una teoría del populismo” escrito en 1977⁴⁸, postura de la cual el mismo Laclau se ha distanciado y reformulado en HyES.

Esteban Vergalito (2007), por el contrario, si bien elabora su crítica en los años recientes, allí donde Viguera ve un déficit en la teoría laclausiana de 1977 por encorsetarla a una dimensión ideológica, aquel autor ve la necesidad de retornar a “esa” teoría del populismo en la cual el peso otorgado a la influencia de ciertos elementos tradicionales y de contenidos ideológicos que se mantenían con cierta fuerza a lo largo del tiempo. Éstos posibilitaban pensar la construcción del populismo sin tener que recurrir a la capacidad performativa de la nominación como parece terminar haciéndolo Laclau al final de *LRP*, a partir de la cual parecería no tener en cuenta ni la agencia de los individuos para construir y cambiar la realidad social ni la influencia de la dimensión cultural-ideológica en el surgimiento de ciertos procesos políticos. Vergalito se pregunta,

¿no conviene recuperar aquella primigenia intuición laclausiana de fines de los años setentas, dar estatuto teórico a la noción de tradición y explorar su vínculo con la política? ¿Y no conllevaría una indagación de este tipo un progreso para la teoría de la hegemonía y del populismo? (Vergalito, 2007:6).

De este interrogante parece desprenderse la idea que recorre la obra de Laclau del populismo como una lógica hegemónica. En este sentido, Gerardo Aboy Carles, a diferencia de Arditi, sí cuestiona el hecho de que Laclau entienda al populismo como la política *tout court* ya que aquel constituye uno de los modos, entre otros posibles, de negociar la tensión entre lo particular y lo universal de la que da cuenta la teoría de la hegemonía y por ende, la política. Para este autor, existen otras formas de negociar la

⁴⁸ Nosotros utilizaremos la versión de PITM traducida al español que corresponde al año 1978.

tensión entre el todo y la parte, entre lo universal y lo particular, como por ejemplo, una guerra civil o la eliminación de plano del adversario.

Barros (2006) en esta misma línea de análisis, concibe no sólo otras formas de la política que no sean denominadas populistas, sino otros tipos de identidades políticas, más allá de las populares. Influenciado por la propuesta de Rancière en lo que respecta al peso otorgado al populismo como un “espectro” que aunque no esté siempre presente, sí está latente como una amenaza a la institucionalidad plena, Barros lo define como una forma específica de romper con la institucionalidad de un sistema a partir de la dicotomización del espacio social de la cual una parte irrumpe del exterior a éste para reclamar para sí el reconocimiento e inclusión en la comunidad. Esta constituiría la especificidad de una articulación populista pero reformulando la noción de “los de abajo” utilizada por Laclau. Al considerar toda demanda proveniente de una parte de la comunidad que se denomina “los de abajo” –*underdog* en términos de Laclau, se estaría perdiendo la especificidad del populismo ya que no se le estaría otorgando algún contenido. Barros sí propone atribuirle un contenido a “los de abajo” al sostener que éstos son los excluidos de la comunidad –la parte que no es parte, la víctima, en términos rancieranos-. Por ende, un discurso será populista en la medida que interpele radicalmente a la parte de la comunidad que no es incluida ni reconocida en la sociedad, aquella que demanda porque ha sido dañada en algún aspecto, de manera tal que se haga visible explícitamente la parte que hasta ese momento no era tenida en cuenta. No cualquier interpelación al pueblo será una articulación populista, según Barros, existe la posibilidad de pensar en formas alternativas de articulación. En palabras de Barros,

“el populismo no sería entonces solamente la articulación equivalencial de reivindicaciones, sino que sería una consecuencia de la irrupción de ciertas partes no contadas con pretensión de serlo. Populista sería el discurso que logra funcionar como el nombre para esa inclusión de lo no representado. Así creemos

que el populismo gana en especificidad, sumándole a la lógica equivalencial de Laclau una idea de inclusión radical que provoca la ruptura de un orden institucional” (Barros, 2006: 72)

Asimismo, el autor sostiene que los elementos que Laclau adjudica al populismo como la existencia de significantes vacíos a partir de los cuales surge relaciones equivalenciales, significantes flotantes que se desplazan entre las fronteras antagónicas y una heterogeneidad inherente son propios de cualquier identidad política, no solo de una populista. La tensión entre equivalencia y diferencia se puede observar en cualquier identidad. Para este autor, la agudización de la tensión entre elementos incluidos y excluidos del sistema es lo que constituiría una “verdadera” identidad populista. El déficit de la definición de Laclau, según Aboy Carles, es que al momento de redondear su concepción de populismo deja afuera de la misma la relación entre *plebs* y *populus*, central en su libro *LRP*. Así, el autor sostiene que

“El concepto de populismo (...) tiende a diluirse en sus definiciones y así en diversos pasajes se asocia como equivalentes las nociones de política, hegemonía y populismo: la razón populista sería “la razón tout court” de la política y lo político se habría convertido en sinónimo de populismo. (...) Laclau ha obviado la relación que el populismo establece con la comunidad global, esa constante negociación entre el pasado y el futuro que se opera a través del sistema de inclusiones y exclusiones del campo adversario y que es la garantía de supervivencia de su imposible aspiración a representar globalmente a la comunidad” (Aboy Carles, 2005a:16).

Aboy Carlés parte del supuesto de que Laclau asimila hegemonía y política y comparte esta idea ya que ambas instituyen lo social, no está de acuerdo con asimilar ambas nociones al populismo afirmando que

“éste es una forma específica de sobredeterminación de la formación política por la lógica equivalencial, mientras que serían posibles otras diversas formas alternativas de negociación entre diferencia y equivalencia, entre la representación de la parte y el intento de alcanzar una representación comunitaria (Aboy Carles, 2005a: 17).

Esta relación entre la parte y la comunidad es desarrollada por Enrique Dussel (2007) quien propone diferenciar estrictamente las nociones de “pueblo”, “lo populista” y “lo popular”, alegando que tienen significados distintos y en la obra de Laclau parecieran emplearse indistintamente. Está de acuerdo con Laclau en que el populismo es una categoría teórico-política que no se refiere a la mera comunidad política, a un todo indiferenciado y a una clase en el sentido marxista en relación a la posición en las relaciones de producción, sino a una parte, la plebs - los de abajo, diría Laclau - y Dussel habla de “el bloque de los oprimidos y excluidos” que se escinde de la comunidad desde el momento en que surge una crisis de legitimidad y hegemonía a lo gramsciano. A partir de esta situación, sostiene Dussel, el pueblo percibe a la situación que vive como insoportable y siente la necesidad de reivindicar al poder, es decir, “demandar” al sistema institucional. Aquí es cuando comienza la diferencia con el planteamiento de Laclau en el sentido de que para Dussel una demanda o reivindicación diferencial no se articula en una cadena equivalencial a partir de un significante que estaría por encima de las restantes demandas. Para él, se puede hablar de lo populista cuando el pueblo empieza a confundirse con toda la comunidad política, por ejemplo, con la Nación, es decir, cuando ya no hay una clara diferenciación entre el “nosotros-pueblo” y el “ellos-poder”. El populismo –“lo populista” en términos dusselianos- no constituirá una lógica a partir de la cual una parte de la comunidad se reivindica como el “populus” sin llegar a serlo jamás, sino una lógica que permitiría finalmente representar a toda la comunidad. En palabras de Dussel,

“lo “popular” es lo propio del “pueblo” como plebs, como actor colectivo (no como “substancia” (...) omnipotente e infalible (...)) Lo “popular” y el “pueblo” no son la totalidad de la comunidad política, sino que es un sector de la población que Giorgio Agamben, en su sugestiva obra *“El tiempo que resta”*, denomina semitadamente como “el resto”. (...) Toda la comunidad cubana, argentina o mexicana es considerada el “pueblo” cubano, argentino o mexicano por el “populismo”, incluyendo a las clases, sectores de clase y grupos que constituían el bloque histórico en el poder que sería necesario derrocar”. (Dussel, 2007: 11).

Con respecto a la noción de pueblo como sujeto emancipatorio, ha surgido un intenso debate entre Laclau y Žižek que ha conducido a la aparición de varios artículos en los cuales ambos autores han planteado sus cuestionamientos y sus respectivas “defensas”. Los puntos principales acerca de los cuales han debatido son: la constitución del sujeto emancipador en el capitalismo contemporáneo, la lógica hegemónica subyacente al populismo y la conformación de la identidad populista. En uno de los primeros artículos escritos por Žižek titulado “Mantener el lugar”, incluido en *CHU*, realiza una fuerte crítica a la teoría de Laclau en relación a la constitución de las subjetividades políticas y a su proyecto político de emancipación. Si bien Žižek reconoce la proliferación de una serie de subjetividades en las sociedades contemporáneas las cuales están basadas en diversas luchas y demandas pero el autor esloveno no coincide con Laclau en otorgarles a todas las luchas un peso similar. Žižek sostiene que es la lucha de clases la que ha dado origen a las demás luchas y por ende, a las diversas subjetividades. En palabras de Žižek,

“no acepto que todos los elementos que entran en la lucha hegemónica sean en principio iguales: en la serie de luchas (económicas, política, feminista,

ecologista, étnica) siempre hay *una* que, si bien es parte de la cadena, secretamente sobredetermina el horizonte mismo” (Zizek, 2003a: 321).

En este sentido, la crítica zizekiana se dirige hacia el contenido que asume la cadena equivalencial en la teoría de Laclau. La lucha de clases, es decir, surgida a partir de la posición de los sujetos en las relaciones de producción, es el particular por excelencia, según Zizek, que universaliza los demás contenidos, las demás luchas y demandas. En *LRP*, Laclau no niega la centralidad de los procesos económicos en las sociedades contemporáneas pero no puede coincidir en que aquellos constituyen el fundamento autodefinido de lo social. El filósofo esloveno descarta la importancia de las luchas parciales que no son estrictamente económicas, como las antisexistas, antirracistas y multiculturales por considerarlas internas, y por ende, integrables al sistema capitalista. Laclau sostiene que la centralidad que adquiera cualquier lucha no dependerá de un contenido particular de la demanda que esté en la base de la lucha sino del modo en que se articule con otras en una totalidad, es por esto que para Laclau es el actor central de toda política es el pueblo al referirse éste a una instancia de negatividad no dialectizable y no la clase como pretende Zizek.

Luego, otro artículo escrito por Zizek más polémico que el anterior titulado “*Against the populist temptation*” (2006) que se dirige directamente a cuestionar la teoría propuesta en *LRP*, profundiza en las críticas ya esbozadas anteriormente. Zizek sostiene que Laclau “ha optado” por el populismo en detrimento de la lucha de clases como si fueran entidades “entre las cuales uno tendría que elegir tal como cuando uno decide ser miembro de un partido político o un club de fútbol” (Laclau, 2006:2). Nuevamente, Laclau sostiene que el populismo como él lo entiende es una forma de concebir la constitución de las identidades políticas en las sociedades contemporáneas la cual no es compatible con la noción marxista de lucha de clases al presuponer ésta un actor político privilegiado, no como producto de una lucha hegemónica. En este sentido, la

identidad popular, según Laclau, surge con posterioridad al surgimiento de fronteras antagónicas. No es que el populismo una vez constituido construye al enemigo, como Zizek asume que Laclau piensa al antagonismo al “reificar” en una positividad al Otro, sino el proceso inverso. Con respecto a la noción de demanda clave en el planteamiento laclausiano, Zizek le cuestiona el hecho de que una demanda no puede interpretar cuál es la naturaleza del antagonismo y asimismo, una demanda, como su nombre, lo indica se dirige a reivindicar algo a otro cuando de lo que se trata, según Zizek, es de destruirlo:

“El término demanda implica una entera escena teatral en la cual un sujeto está dirigiendo su demanda a Otro predispuesto a hacerle frente. Un buen revolucionario o un acto político emancipatorio, ¿no se mueve más allá de este horizonte de demandas? El sujeto revolucionario ya no actúa en el nivel de demandar algo de aquellos que están en el poder; él quiere destruirlos.” (Zizek, 2006:558) ⁴⁹

Laclau sostiene que es necesario construir discursivamente al “enemigo” a partir de la articulación de las demandas y en ese proceso equivalencial y hegemónico no sólo se transformará la identidad que se constituye sino también al enemigo al cual estaba dirigida la lucha. Las demandas heterogéneas articuladas no tienen porqué tener una connotación pasiva como Zizek pretende atribuirle. Según Laclau, “la radicalización de los reclamos puede conducir a una reconfiguración del orden institucional como un todo” (Laclau, 2006:12). Cuando aquellas rebasan cierto punto al no ser satisfechas, surge el pueblo como actor central que se dirigirá contra el orden instituido. Destruyendo al enemigo, como pretende Zizek, no hará más que acabar también con el actor central de la lucha: para Zizek es la clase, para Laclau, el pueblo. Zizek concibe como única acción legítima la confrontación directa y violenta con el enemigo. Según

⁴⁹ Traducción propia.

Laclau, “para Žižek esa lógica (lógica arraigada a partir de las demandas) no existe: él concibe a los sujetos emancipadores como criaturas ya maduras que surgen sin ningún tipo de proceso genético” (Laclau, 2006: 12).

Si, según Laclau, el planteamiento de Žižek peca por “fundamentalista” al otorgar a un determinado actor-la clase- el privilegio de constituirse en el sujeto universal, M. Hardt y A. Negri no incurren en dicho “error” al sostener la posibilidad de pensar en una variedad de luchas sociales, reconociendo la heterogeneidad social. Los autores sostienen la tesis del surgimiento en las sociedades modernas de un bloque compacto, total y dominante sin un centro determinado al cual denominaron Imperio, al cual se le opone una “multitud” que consistiría en la unificación espontánea, sin mediación política alguna, de los diversos puntos de rechazo a dicho bloque, al sistema que constituye el poder. Muchos autores han asimilado la “multitud” con el “pueblo” de Laclau pero éste ha marcado algunas diferencias. Esa unión espontánea, la multitud, debe su existencia, según los autores, al rechazo natural del explotado al sistema, presuponen la unidad de los actores en la lucha anticapitalista. Según Laclau, “el único principio que asegura la unión de la multitud alrededor de un objetivo común es lo que nuestros autores denominan ‘estar en contra’: se trata de estar en contra de todo, en todas partes.” (Laclau, 2005:299). El momento de institución de lo político pareciera no tener cabida en el planteamiento de los autores al plantear algo similar a una tendencia natural a la rebelión. Laclau sí observa un punto destacable en los autores al momento de desechar la idea de un actor social histórico homogéneo, unificado y necesario como pensaba –piensa- el marxismo a la clase trabajadora. Pero dicho agente es pensado independientemente de toda articulación, como si surgimiento proviniera automáticamente que produciría efectos por el solo hecho de surgir. De esta manera, a partir de este planteamiento simplificado y poco realista el proceso político quedaría despolitizado y se eclipsaría el origen de los antagonismos sociales.

Las críticas hacia la categoría de populismo en clave laclausiana que recientemente revisamos constituyen el reflejo de los diversos usos y registros de análisis a partir de los cuales fue pensada la noción de populismo de Laclau.

Por un lado, las críticas de Arditi y Aboy Carlés se orientan hacia el cuestionamiento del uso de la noción de populismo en un sentido ontológico. Si por un lado, el populismo constituye la forma por excelencia de institución de lo social, por ende, es asimilable a la lógica hegemónica laclausiana y a lo político. Por otro lado, el no otorgarle un peso específico a alguna demanda en particular y por ende, constituir una noción tan amplia de populismo, promueve las críticas de Viguera, Borón y Zizek al cuestionarle que bajo la noción de populismo pueden ser subsumidos un sinnúmero de fenómenos políticos. Laclau, como bosquejamos previamente, respondería a estas críticas haciendo una analogía entre la indeterminación del populismo y la indefinición de todo orden social, su imposible sutura. Por último, las críticas efectuadas en torno a su proyecto político, como la de Zizek, también se explica por el planteamiento del populismo en términos de discurso articulador de diversas demandas, no sólo económicas, el cual no descarta la posibilidad de cuestionar al sistema capitalista desde el momento en que los sectores subalternos pueden y -deben- según Laclau articular sus intereses –demandas insatisfechas- para interpelar al orden instituido.

Capítulo IV: Reflexiones finales

Luego de haber realizado un recorrido por la obra de Ernesto Laclau con el objetivo de avanzar en la discusión de las categorías de hegemonía, antagonismo y populismo, plantearemos algunas pistas analíticas que pueden contribuir a una mejor comprensión de los procesos políticos de institución del orden social y los conflictos sociales. El análisis de dichas nociones se remonta a los orígenes de las ciencias sociales y han sido objeto de debate y crítica durante varios años en la teoría política contemporánea para reflexionar acerca de los fenómenos del mundo social y político.

Nuestro objetivo no constituyó evaluar las categorías desarrolladas por Laclau sino indagar críticamente en los diversos usos que el teórico político realizó de ellas para problematizar el campo de las ciencias sociales y abrir al abanico de modos alternativos de pensar la realidad social.

Con respecto a la hegemonía, fuimos analizando su paulatina construcción a lo largo de los escritos de Laclau de los cuales pudimos identificar diversos usos. Por un lado, y en un plano político-ontológico, la hegemonía constituiría aquella práctica de articulación que instituiría la totalidad social. El orden social entendido como un discurso a partir del cual se articulan algunos elementos mientras que otros quedan indefectiblemente por fuera y por lo tanto, la imposibilidad de sutura total es inherente a la lógica de lo político, nos allana el camino para pensar en la posibilidad de órdenes alternativos. Como el orden social es contingente y depende de prácticas y decisiones hegemónicas, la lucha por diversos tipos de institución de la realidad social constituirá siempre un rasgo a tener en cuenta al momento de analizar la lógica de funcionamiento de una sociedad.

Gracias al desarrollo de la teoría de la hegemonía de Laclau la cual se nutrió del aporte de diversas disciplinas tales como el post-estructuralismo (el rasgo de indecibilidad de todo ordenamiento), el psicoanálisis lacaniano (la imposibilidad de

sutura del orden) y la teoría política (la noción de “conflicto” y la tradición política del concepto de hegemonía) es que podemos pensar a lo político en un lugar de primacía por sobre lo social. Restituir a la político su autonomía y relevancia para la construcción de lo social es posible si lo pensamos desde la noción de hegemonía laclausiana desde el momento en que si una particularidad (significante) asume el papel de representante de la universalidad y en esa operación el orden social queda instituido, entonces lo político no podría desentenderse de una lógica hegemónica. En *HyES* lo político pareciera quedar identificado con la hegemonía desde el momento en que todo proceso político requiere de una operación hegemónica a partir de la cual un significante (elemento-imagen-símbolo) asume dicha función de representante de la “sociedad”. Al realizarse esta operación, la identidad de los elementos intervinientes se verían modificados aunque la particularidad de ellos no sería trastocada. Si bien Laclau sostiene que “sólo en las sociedades contemporáneas hay una generalización de la política en forma hegemónica” (Laclau, 2003b: 202), reconoce la existencia previa a ellas de lógicas no necesariamente hegemónicas tal como él las define.

Asimismo, la noción de hegemonía cumple un rol importante en lo que hace al registro sociológico-óntico, el terreno de la lógica de la política, o “lo social” laclausiano. Toda lucha hegemónica se orienta a fijar sentidos, darle un ordenamiento y dominar la realidad dislocada. Asimismo constituye una práctica que intenta constantemente producir el olvido, el cómo, de la constitución del orden, volverlo natural. Si por un lado la lógica hegemónica es la práctica por excelencia que en la actualidad se impone, y por ende, la política es entendida como hegemonía, también es posible pensar en luchas, prácticas y estrategias hegemónicas -en plural- constantes y simultáneas traducidas en discursos políticos que intentan, cada uno de ellos, erigirse en el fundamento del orden.

Esto nos remite a pensar a la hegemonía en su estrecha relación con la constitución de las identidades colectivas y los sujetos políticos. En este punto podemos visualizar la influencia del psicoanálisis lacaniano en lo que respecta a la falla constitutiva en todo intento de constituir una totalidad cerrada o un sujeto completo: a partir de la articulación de elementos –significantes- y la representación por parte de uno de ellos de la totalidad es que se constituyen las identidades de los sujetos. La frontera antagónica que dividirá a la totalidad es vital para comprender por qué toda identidad es susceptible de transformarse, y por ende, es precaria y parcial ya que siempre cabe la posibilidad de que uno de los elementos articulados a una identidad –significante flotante- sea articulado por otra identidad -o discurso-. La identidad popular, como estudiamos en el último capítulo, se constituye a partir de la lógica de la equivalencia a partir de la cual los elementos se unen en un bloque (pueblo) en tanto se identifican a partir de una negatividad: su diferenciación con el “otro” (poder). La tarea de pensar la teoría de la hegemonía en relación al problema de las identidades colectivas y los sujetos exige la introducción de la noción de antagonismo.

Consideramos que la categoría de hegemonía como hemos visto a lo largo de este trabajo constituye una herramienta con un fuerte potencial heurístico para el análisis político. En tal sentido, su utilización en diferentes registros analíticos –lo político, lo social y lo identitario, tiene el efecto de plantear nuevos interrogantes y ordenar la discusión de los procesos de constitución y desinstitución del orden social.

Con respecto a la teoría del antagonismo, ésta intenta plantear al conflicto, tema clásico tan estudiado por las ciencias sociales, en clave contemporánea. Por un lado, en *HyES* el antagonismo se presenta en un plano ontológico como el límite de la objetividad, es decir, muestra el carácter contingente del ordenamiento. El antagonismo tiene una función revelatoria de la estructura social, es decir, de desentrañamiento de los orígenes que la “fundaron” y es por esta tarea que podemos considerar al antagonismo

como poseyendo un carácter instituyente del orden y de esta manera, muy cercano a la noción de hegemonía. La presencia de antagonismos, lo cual es inevitable, imposibilita la sutura completa de un ordenamiento. Sin embargo, cuando analizamos la realidad política de un gobierno, la noción de antagonismo como límite de toda objetividad podría oscurecer el hecho de que cuando a partir de una práctica hegemónica, una particularidad logra erigirse como el representante de la totalidad (por ejemplo, un gobierno político), el antagonismo previo parece verse opacado o debilitado ya que dicha particularidad deberá actuar representando a “todos” no obstante haber recibido sólo el apoyo de la “plebs”, una parte de la comunidad.

En *NRR* Laclau avanza en otro plano, el social-óntico, a partir del cual pone sobre el tapete la posibilidad de pensar en las sociedades contemporáneas en una pluralidad de locus de luchas sociales y posiciones de subordinación, no sólo clasistas. Entonces, si por un lado, en el primer registro, el antagonismo aparecía como lo externo que venía a develar la contingencia del orden, en el plano óntico, por el contrario, los antagonismos se presentan como elementos internos a la estructura social los cuales se enfrentan entre sí y se disputan la función hegemónica de la representación de la totalidad. Un punto fuerte de este planteamiento radica en las pistas que ofrece para pensar en la conformación de sujetos distintos a los de clase y superar ciertas anomalías de la teoría marxista que sólo explica el surgimiento de un actor social –la clase proletaria–.

Sin embargo, al no identificar la primacía de algún tipo de antagonismo sobre otros, la teoría de Laclau nos lleva a preguntarnos por la identidad de los sujetos. Si los sujetos son producto de los antagonismos, y no anteriores a éstos y éstos a su vez se articulan como consecuencia de prácticas hegemónicas contingentes, ¿cómo podemos arribar a explicar la constitución y el carácter de las identidades colectivas? Además, si es sólo la resistencia, y no la mera subordinación, de los actores la que conduce al surgimiento del antagonismo en la esfera política (Laclau, 1993), y por ende, el sujeto se auto-

constituye en la resistencia, ¿no se estaría reduciendo el surgimiento de los sujetos a un elemento unicausal –la resistencia- y por ende, cayendo en el esencialismo del que Laclau quiso distanciarse inicialmente? Al menos queda planteada la necesidad de avanzar en una teoría de la subjetividad social en la que se esbocen las múltiples condiciones de posibilidad de los antagonismos y por ende, de los sujetos políticos.

Por último, Laclau sintetiza los desarrollos teóricos iniciados en 1977 en *PITM* con su elaboración de la teoría del populismo expresada en *LRP*. Lo interesante de la propuesta de Laclau es que intenta desprender al populismo de elementos esencialistas y rasgos considerados inherentes por diversas teorías sociales, como la de la modernidad, desarrollista y funcionalista, que lo asociaban con una determinada estructura social, políticas sociales específicas o una relación afectiva entre el líder y las masas. Al proponer al populismo como una forma de articulación de demandas sociales que brota a raíz del surgimiento de una frontera antagónica que dicotomiza al espacio social en dos esferas contrapuestas –pueblo y poder-, gran variedad de procesos políticos contemporáneos caben bajo la noción de populismo. Esta amplitud de la noción constituye una virtud si la articulamos con una teoría de la hegemonía y del antagonismo desde el momento en que podemos explicar el surgimiento del “pueblo” como una articulación hegemónica de elementos a partir de la cual un significante amo-pueblo- logró asumir un papel representativo de la universalidad –hegemonía- intentando anular los potenciales antagonismos, inherentes a todo orden social. No obstante, si la hegemonía es el medio a través del cual el populismo se despliega, ¿cuál es la diferencia ontológica entre ambas nociones? Como ya bosquejamos en el último capítulo, y siguiendo el sugestivo título de Ardit (2010), parecería que la teoría del populismo laclausiano llevaría implícita una teoría de la hegemonía al punto de llegar a asimilarse. Y si ambas se identifican, entonces la política también entraría en dicha

sinonimia, ya que la política contemporánea, según Laclau, es eminentemente hegemónica.

Para dilucidar esta aparente dificultad, es necesario remitirnos al registro de lo social-
óntico en la teoría del populismo. Si en el plano ontológico, el populismo es *la* lógica
por excelencia de la política contemporánea, en el plano óntico constituiría *una* forma,
entre otras, del ejercicio de la política y por ende, un modo posible en el que cristalizaría
una identidad colectiva: la popular. El pueblo sería aquel actor político que ha logrado
articular las demandas insatisfechas –populares, en contraposición a las democráticas-
provenientes de diversas fuerzas. Dicha particularidad, la plebs, se reivindica a sí misma
como la encarnación de la comunidad política en su totalidad y es esta práctica la que
lleva necesariamente al tema de la retórica ya que ésta, según Laclau, constituye aquella
lógica de desplazamiento a partir de la cual un término literal es sustituido por un
termino figural. El pueblo, el término figural, es inherentemente innombrable. No puede
reconocer explícitamente que constituye la plebs, una parte de la comunidad, sino que
debe presentarse como la encarnación de la totalidad que a su vez es imposible, es lo
Real lacaniano ya que se resiste a toda simbolización. De esta manera, podemos
observar claramente cómo la práctica hegemónica forma parte de la política populista
siendo su hilo conductor la lógica retórica y antagonística de la política. Sin la
existencia de una frontera antagónica que divida al campo heterogéneo en dos espacios,
no sería posible ningún intento de discurso hegemónico y por ende, la lógica de la
equivalencia no tendría elementos -demandas- que articular. Por ende, sin hegemonía y
antagonismo, desde la teoría populista de Laclau, no podría hablarse de una “razón
populista”, entonces cabría preguntarse, ¿qué habría? Pero, inversamente, si Laclau
termina por identificar a la hegemonía como la anatomía de lo político, y si éste es
inherente a todo orden social ya que constituye su institución a partir de un

antagonismo, ¿no estarían siempre dadas las condiciones para el surgimiento del populismo?

Este interrogante pareciera estar intermitente a lo largo de la obra de Laclau y contribuye a reflexionar acerca de las categorías de las teorías políticas contemporáneas que brinden las mejores potencialidades para poder realizar una comprensión de algunos fenómenos contemporáneos.

Las categorías de hegemonía, antagonismo y populismo, que constituyen pilares del andamiaje teórico de Ernesto Laclau, han contribuido a desarrollar el debate en vistas a comprender procesos políticos contemporáneos. En este sentido, la revisión que hemos realizado a lo largo de este trabajo muestra las complejidades del entramado teórico del autor así como diferentes críticas que ha suscitado. La distinción de los campos ontológico, óntico- sociológico e identitario puede contribuir a ordenar algunos de los debates y así superar ciertos entuertos críticos, producto de superponer campos de interés. En esta perspectiva, tanto las potencialidades de la propuesta del autor así como la superación de alguna de sus limitaciones pueden encontrar en esta distinción un puntapié para el desarrollo de nudos conceptuales relevantes para la teoría política contemporánea con la mirada puesta en abordar algunos de los principales procesos políticos que se dan lugar en América Latina

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aboy Carlés, Gerardo (2003): “Repensando el populismo”, Política y gestión, núm. 4.
- Aboy Carlés, Gerardo (2005) “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación”, Estudios Sociales, Revista Universitaria Semestral, Año XV, núm. 27, primer semestre.
- Aboy Carlés, Gerardo (2005a) “La democratización beligerante del populismo”. Ponencia presentada al VII Congreso Nacional de la SAAP, Córdoba, noviembre
- Álvarez Junco, José. (1988) “Algunos problemas teóricos alrededor de los populismos” En: Revista del Centro de Estudios Constitucionales, Núm. I.
- Anderson, Perry (1981). Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente. Barcelona, Distribuciones Fontamara SA.
- Arditi, Benjamín (1995) “Rastreando lo político”, Revista de Estudios Políticos, No. 87, Madrid, pp. 333-351.
- Arditi, Benjamín (2004) “El populismo como espectro de la democracia: una respuesta Canovan” En:
<http://www.politicas.posgrado.unam.mx/Revistas/191/Art-Arditi.pdf>
- Arditi, Benjamín (2005) “El devenir-otro de la política: Un archipiélago post-liberal” En: Arditi, Benjamín (ed.), ¿Democracia post-liberal? El espacio político de las asociaciones, Barcelona, Editorial Anthropos, pp. 219-248.
- Arditi, Benjamin. (2007). “Post-hegemonía: la política fuera del paradigma post-marxista habitual”. En: Contemporary Politics, Vol. 13, N° 3.
- Arditi, Benjamin (2010). “Populismo es hegemonía es política? La teoría del populismo de Ernesto Laclau”. En: Revista Constellations, Vol. 17, No. 2.
- Arendt, Hannah (1997) ¿Qué es la política? Barcelona. Paidós,, I.C.E-U.A.B.
- Badiou, Alan (1990). El ser y el acontecimiento. Buenos Aires, Manantial.

- Balibar, Etienne (1995). Lugares y nombres de la verdad. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Barciela, Gonzalo. (2009). "Hegemoní(a). Variaciones en torno a la política y los afectos." Instituto de Investigación Social, Económica y Política Ciudadana (ISEPCi).
- Barros, Sebastián (2005) Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista. Estudios Sociales. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2006. vol. XVI p.145-162 ISSN 0327-4934.
- Barros, Sebastián (2006). "Inclusión radical y conflicto en la constitución del pueblo populista". En: Revista Confines, Enero-mayo, año/vol. 2, numero 003, Instituto tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, México, Pp. 65-73.
- Biglieri, Paula y Perelló Gloria (2007) "En el nombre del pueblo. El populismo kirchnerista y el retorno del nacionalismo" En: Documento de trabajo N°15, Universidad Nacional de San Martín, Escuela de Política y Gobierno.
- Borón, Atilio y Cuéllar, Óscar (1983) "Apuntes críticos sobre la concepción idealista de la hegemonía", En: Revista Mexicana de Sociología, Año XLV. Vol. XLV. N° 4, México.
- Borón, Atilio (1996). ¿Posmarxismo? Crisis, recomposición o liquidación del marxismo en la obra de Ernesto Laclau. En: Revista Mexicana de Sociología, México. vol. 58, núm. 1, enero-marzo.
- Buenfil Burgos, Rosa Nidia (2005) Incompatibilidades, diferencias y equivalencias en dos analíticas de discurso: Foucault y Laclau. http://www.uv.mx/iie/coleccion/N_2728/pagina_n12.htm
- Butler, Judith, Laclau Ernesto y Zizek, Slavoj. (2003) Contingencia, hegemonía y universalidad. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica
- Caletti, Sergio. (2006) Marxismo, psicoanálisis, comunicación. Discusiones althusserianas. Proyecto Ubacyt S813. Buenos Aires.

- Carassale, Santiago (2007). “La demanda de la demanda. La mirada del espectro”. En: Aibar, Julio (Comp.) *Vox populi. Populismo y democracia en América Latina*. México. Flacso.
- Castoriadis, Cornelius (2007) La institución imaginaria de la sociedad. Buenos Aires. Tousquest.
- Castro, Edgardo. <http://www.descartes.org.ar/etexts-castro.htm>. Consultado el 3/11/10.
- Colletti, Lucio. (1975) “Marxism and the dialectic”, en *New Left Review*, septiembre-octubre, nro.93, pp.3-29.
- Critchley, Simon y Marchart, Oliver (Comp.) (2008). Laclau. Aproximaciones críticas a su obra. Buenos Aires, Fondo de cultura económica.
- Dallmayr, Fred (2008)” Laclau y la hegemonía. Algunas advertencias (pos) hegelianas” en Chrtichley y Marchart (comp). Laclau. Aproximaciones críticas a su obra. FCE, Buenos Aires.
- De Ípola, Emilio y Portantiero, Juan Carlos (1981) “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes”. En: Vilas, Carlos (comp.) La democratización fundamental. El populismo en América Latina, Conaculta, México.
- De Ípola, Emilio (2007). Althusser. El infinito adiós. Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- Derrida, Jacques. (1995). Espectros de Marx: El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional. Madrid, Ediciones Trotta.
- Derrida, Jacques (2001) “Sobre el marxismo. Diálogo con Daniel Bensaïd”. En: Staccato, programa televisivo de France Culturel, del 6 de julio de 1999; traducción de Cristina de Peretti y Francisco Vidarte en: ¡Palabra!, Trotta.
- Dussel, Enrique (2007) “Cinco tesis sobre el ‘populismo’”. México: Iztapalapa.
- Geras, Norman. (1987) “Post-marxism?” En: *New Left Review*, 163, Mayo-Junio.

- Hall, Stuart (1984) “Notas sobre la deconstrucción de lo popular”, en Samuels, Raphael, Historia popular y teoría socialista, Barcelona, Crítica.
- Hillis Miller, Joseph (2008). “Hacerse cargo de una tarea”. Momentos de decisión en el pensamiento de Ernesto Laclau. En: Critchley, Simón y Marchart, Oliver (2008). Laclau. Aproximaciones críticas a su obra. Buenos Aires, Fondo de cultura económica.
- Howarth, David (2008) “Hegemonía, subjetividad política y democracia radical” En: Critchley, Simón y Marchart, Oliver (2008). Laclau. Aproximaciones críticas a su obra. Buenos Aires, Fondo de cultura económica.
- Kohan, Néstor (2004). Gramsci y Marx. Hegemonía y poder en la teoría marxista. Cátedra Libre Antonio Gramsci; UBA.
- Kohan, Néstor (2005) “La herencia del fetichismo y el desafío de la hegemonía en una época de rebeldía generalizada”. En: Revista Utopía y Praxis latinoamericana. Abril-Junio, año/vol 10, número 29, Universidad del Zulia, Venezuela.
- Kojève, Alexandre. (1999). La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel. Bs. As. Ediciones Fausto.
- Laclau, Ernesto (1978) Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo. Madrid, Siglo Veintiuno.
- Laclau, Ernesto (1993) Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Laclau, Ernesto. (1993a) “Discurso”. En: Revista Topos y Tropos, Córdoba.
- Laclau, Ernesto (1996). Emancipación y diferencia, Buenos Aires, Ed. Ariel.
- Laclau, Ernesto (1996), “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”, En Emancipación y diferencia, Buenos Aires, Ed. Ariel.
- Laclau, Ernesto (2003). “Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas”. En: Butler, Judith, Laclau Ernesto y Žižek, Slavoj. Contingencia, hegemonía y universalidad. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

- Laclau, Ernesto (2003a) “Catacresis y metáfora en la construcción de la identidad colectiva” en Phrónesis – Revista de filosofía y cultura democrática; año 3; número 9; verano http://www.geocities.com/epai_insti/Catacresisymetafora.doc
- Laclau, Ernesto. (2003b). Estructura, historia y lo político. En: Butler, Judith, Laclau Ernesto y Zizek, Slavoj. Contingencia, hegemonía y universalidad. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2004). Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto (2004a) “Populismo: ¿qué nos dice el nombre?” En: Panizza, Francisco. El populismo como espejo de la democracia. Buenos Aires. Fondo de cultura económica.
- Laclau, Ernesto (2005). La razón populista. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto (2005a), “Prefacio”, en: Zizek, Slavoj (2005). El sublime objeto de la ideología. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto (2006) “¿Por qué construir un pueblo es la tarea principal de la política radical?”. En: Cuadernos del Cendes, año 23, n°62, Universidad Central de Venezuela, pp.1-36.
- Laclau, Ernesto (2006a) “La deriva populista y la centro izquierda latinoamericana” En: Revista Nueva Sociedad, 205:56-61.
- Laclau, Ernesto (2006b) “Consideraciones sobre el populismo latinoamericano”. En: Cuadernos del Cendes, año 23, N° 62, pp. 115-120.
- Laclau, Ernesto. (2008) “Atisbando el futuro” En: Critchley, Simon y Marchart, Oliver (Comp.) (2008). Laclau. Aproximaciones críticas a su obra. Buenos Aires, Fondo de cultura económica.

- Laclau, Ernesto (2009) “Laclau en debate: post-marxismo, populismo, multitud y acontecimiento” Entrevista realizada por Ricardo Camargo. Publicada en: Revista de Ciencia Política, vol. 29, N° 3, pp.815-828, Santiago de Chile.
- Lefort, Claude (1991) Ensayos sobre lo político. Guadalajara. Ediciones Universidad de Guadalajara,
- Marchart, Oliver (2006) “En el nombre del pueblo. La razón populista y el sujeto de lo político” CDC, vol.23, no.62, p.39-60. ISSN 1012-2508.
- Marchart, Oliver (2009) El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Meiksins Wood Ellen (1986). The Retreat from Class. A New ‘True’ Socialism, Londres: Verso, 1ª edic.
- Muñoz, María Antonia (2006). “Laclau y Ranciere: algunas coordenadas para la lectura de lo político”. En: Revista Andamios, Vol. 2, Número 4. Pp.119-144.
- Norris, Andrew. (2002). “Against Antagonism: On Ernesto Laclau’s Political Thought” En: Constellations. Vol.9, No 4.
- Panizza, Francisco (2009). El populismo como espejo de la democracia. Buenos Aires. Fondo de cultura económica.
- Petras, James. (1990) “Los intelectuales en retirada”. En: Nueva Sociedad, Pp.92-120.
- Ranciere, Jacques (1996) El desacuerdo. Filosofía y política, Buenos Aires. Nueva visión.
- Retamozo, Martín (2006). “Populismo y teoría política: de una teoría hacia una epistemología del populismo para América Latina”. En: Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales. Mayo-agosto. Año/vol. 12, Número 2, Universidad Central de Venezuela. Pp.95-113.
- Retamozo, Martín (2006a). “Reseña de “La razón populista” de Ernesto Laclau. En: Revista Sociedad hoy, primer semestre, número 10, Universidad de Concepción, Chile, pp. 225-229.

- Retamozo, Martín. (2010) *Tras las huellas de Hegemón. Usos de hegemonía en la teoría política de Ernesto Laclau*, Buenos Aires, Mimeo.
- Retamozo, Martín. (2009). *Las Demandas Sociales y el Estudio de los Movimientos Sociales*. En: *Revista Cinta de Moebio*. Pp.110-127.
- Ricoeur, Paul. (1990) “La paradoja política”. En: *Historia y verdad*, Madrid, Encuentro.
- Rush, Alan (2001) “Marxismo y Posmarxismo. Polémica Laclau-Mouffe vs.Geras”, *Herramienta*, Núm. 18.
- Schmitt, Carl (1998) *El concepto de lo político*. Madrid, Alianza.
- Serrano, Enrique (1998). *Consenso y Conflicto. Schmitt, Arendt y la definición de lo político*. México, Cepcom.
- Soage, Ana (2006) “La teoría del discurso de la escuela de Essex en su contexto teórico”, en *Círculo de lingüística aplicada a la comunicación*. 25: 45-61 URL: <http://www.ucm.es/info/circulo/no25/soage.pdf>. Consultado el 5/11/2010.
- Stäheli, Urs (2008). “Figuras rivales del límite. Dispersión, transgresión, antagonismo, indiferencia” En: Chirchkey Simón y Marchart Oliver. *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*. Buenos Aires, Fondo de cultura económica.
- Stravakakis, Yannis (2007) *Lacan y lo político*. Buenos Aires, Prometeo.
- Thomassen Lasse (2005). “From antagonism to heterogeneity: discourse analytical strategies”. En: *Essex Papers In Politics and Government. Sub-Series In Ideology and Discourse Analysis*, No. 21.
- Veltmeyer, Henry (2006). “El proyecto post-marxista: aporte y crítica a Ernesto Laclau”. *Revista Theoria. Estudios sobre sociedad, naturaleza y desarrollo*, número 14.
- Vergalito, Esteban (2007) “Devenires de la teoría del populismo: marxismo, postestructuralismo y pragmatismo”. Ponencia publicada en Lértora Mendoza, Celina (coord.) *Evolución de las ideas filosóficas: 1980-2005*. XIII Jornadas de pensamiento filosófico argentino, Buenos Aires, FEPAI, pp. 36-46.

- Viguera, Aníbal (1993). "Populismo y neopopulismo en América Latina". En: Revista Mexicana de Sociología, 3/93, pp.49-66.
- Vilas, Carlos (1995a). "Entre la democracia y el neoliberalismo: los caudillos electorales de la posmodernidad", En Socialismo y Participación, 69, México, Consejo nacional para la Cultura y las Artes.
- Vilas, Carlos (1995b). La Democratización Fundamental. El Populismo en América Latina, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Vilas Carlos (2003) ¿Populismos reciclados o neoliberalismos a secas" En: Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, vol. 9, nº 3, pp.13-36.
- Wiles, Peter. (1969) "A Syndrome, Not a Doctrine", p.171 en: G. Ionescu, E. Gellner, eds., Populism, London, Weindenfeld and Nicolson.
- Williams, Raymond (1997) Marxismo y literatura. Barcelona: Península, Biblos.
- Worsley, Peter (1969) El concepto de populismo, en: Ionescu / Gellner (comps.), op. cit. (nota 1), pp.258-304, pp. 293-294.
- Zizek, Slavoj (1993). "Más allá del análisis del discurso". En: Ernesto Laclau Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Zizek, Slavoj (2003). "¿Lucha de clases o posmodernismo? ¡Sí, por favor! En: Butler, Judith, Laclau Ernesto y Zizek, Slavoj. Contingencia, hegemonía y universalidad. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Zizek, Slavoj (2003a). "Mantener el lugar"- En: Butler, Judith, Laclau Ernesto y Zizek, Slavoj. Contingencia, hegemonía y universalidad. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Zizek, Slavoj. (2005) El sublime objeto de la ideología. Buenos Aires, Editorial Siglo Veintiuno.
- Zizek, Slavoj (2006). "Against the Populist Temptation". En: Critical Inquiry, 32 (3).